

**NOE CASADO**  
PORQUE TÚ  
LO VALES



zafiro

# Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Epílogo 1

Epílogo 2

Nota de la autora

Biografía

Referencias a las canciones

Créditos

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Compa**

## Sinopsis

Me llamo María Asunción Peralta de la Merced y Luengo Medina. ¿A que es un nombre elegante? Como no podía ser de otro modo, en mi círculo social todos tenemos nombres similares, aunque cuando cumplí los quince elegí uno más abreviado e igual de elegante: Sun.

Hay gente que piensa que haber crecido en una familia adinerada, sin tener que trabajar y con la vida resuelta, es una maldición. ¡Ja, ja, ja! Yo considero que es lo mejor que te puede pasar.

Disfruto de las comodidades de las que dispongo, recibo una sustanciosa asignación de la empresa familiar, en la que no tengo que poner un pie porque la dirige mi padre, y sólo me preocupan dos cosas: mis amigas y el hombre de mis sueños.

A las primeras las tengo siempre a mi lado; sus consejos y compañía son imprescindibles.

El segundo se me está resistiendo, la verdad. Llevo más de diez años persiguiendo a Gaudioso; sí, ése es su nombre, no os echéis a reír. Yo, nada más conocerlo, suspiré por él y empecé a llamarlo Gaudi, mucho más glamuroso, dónde va a parar. Es el mejor amigo de mi hermano y sé que tarde o temprano estaremos juntos.

Y en breve tendré la oportunidad definitiva para que por fin se dé cuenta de que soy la mujer que necesita.

# PORQUE TÚ LO VALES

Noe Casado

zafiro 

## Capítulo 1

Ser una niña rica y mimada no siempre es una ventaja...

¿Qué opináis?

Todo depende de cómo se mire y hay suficientes ejemplos de personas que han nacido teniéndolo todo y después han acabado mal. Por ese motivo no siempre resulta beneficioso disponer de cuanto se te antoje con tan sólo chasquear los dedos. Sin mirar la etiqueta del precio. Así de simple. Hay psicólogos que se forran con gente así y cualquier especialista en conducta recomendaría no dar todos los caprichos a los hijos, porque puede trastornarlos y convertirlos en imbéciles. Eso no es nada recomendable.

Tururú. Claro que lo es. Vaya que sí.

Desde que tengo uso de razón, sólo he tenido que sonreír, poner carita de niña buena y mis deseos se hacían realidad. Os pondré un ejemplo. Cuando alguien llega a la mayoría de edad, se le organiza una fiesta, se le regala ese coche viejo del abuelo o se le paga el viaje de fin de estudios. Pues en mi caso no fue así. Mis padres reservaron un complejo de lujo en el Caribe para toda la familia y algunos amigos. Un resort en el que muchos no podríais alojaros ni pidiendo un préstamo al banco. Quince días de ensueño y lujo. Cuando regresé a casa, me encontré un deportivo, pese a que aún no me había sacado el carnet de conducir. Por supuesto, nadie se opuso a que condujera sin carnet. Otro día os contaré cómo fue mi puesta de largo, aunque os adelanto que un famoso diseñador creó el vestido en exclusiva para mí y que por supuesto no regateamos el precio. Sí, aún se hacen esas cosas. Es lo que tiene haber nacido en una familia rica y además con solera.

Os voy a hacer un pequeño resumen:



Mi tatarabuelo no sólo era un potentado con una fortuna a buen recaudo y miles de hectáreas, sino un visionario que a finales del XIX, en vez de vivir de las rentas y comprar un título nobiliario para darse más importancia, decidió invertir parte de sus caudales en abrir una empresa. Muchos lo llamaron loco, otros, traidor, y por supuesto vaticinaron su quiebra. Pues no, gracias a él mi familia vive en la opulencia desde hace generaciones.

La empresa de mi abuelo se llamaba Dulces y Confituras Faustino Peralta e Hijos S. A. ¿A que no parece nada comercial?

En efecto, por eso, hace unos cinco años, mi hermano decidió que debíamos buscar un nombre más moderno, sin embargo, mi padre, actual dueño, lo mandó a paseo, porque: uno, las ventas seguían siendo considerables, y dos, era un sacrilegio eliminar el nombre del fundador.

¿Y yo qué pinto en todo esto? Más bien nada, pues ni me consultan ni me interesa conocer el rumbo de la empresa. Me entero de algunos detalles cuando se comentan en reuniones familiares. A mí, mientras me llegue puntualmente mi asignación, me da igual lo que hagan con la empresa.

Por cierto, me llamo María Asunción Peralta de la Merced y Luengo Medina.

¿A que es rimbombante y largo?

Como tiene que ser. En los ambientes en los que me muevo nadie se llama Pepito Pérez y punto. Todos tenemos nombres largos, compuestos y después los resumimos. En mi caso, cuando cumplí los quince, hice una especie de reunión con mi mejor amiga y, tras una ardua selección, me decidí por Sun. Nadie, a excepción de mis padres cuando quieren hablar en serio conmigo, se atreve a llamarme de otro modo.

Hay quien diría que no tengo oficio ni beneficio. Cierto. Abandoné los estudios en secundaria, porque ¿qué necesidad tenía de hincar los codos cuando disponía de un patrimonio familiar tan abultado?

Cada mes recibo una generosa asignación de la empresa y nunca he de poner un pie en las oficinas y mucho menos en la fábrica. A no ser que se

celebre alguna fiesta o presentación importante a la que acudimos todos para dar así imagen de empresa familiar y tradicional. ¿Entendéis por qué no me preocupa lo más mínimo si le cambian el nombre o no?

Muchos pensaréis que me paso el día mano sobre mano. Pues no, os equivocáis. Cada jornada tengo una ocupación, que procuro cumplir a rajatabla. La vida de niña rica no es tan sencilla como algunos piensan. Nada mejor que poner un ejemplo para que lo entendáis. Cada temporada he de estar al tanto de las tendencias. Eso me roba mucho tiempo, primero viajando para ver *in situ* los desfiles de los principales diseñadores, nacionales y extranjeros, y después seleccionar prendas que se adecúen a mi estilo. No todo vale y siempre hay que lograr un equilibrio. Conjuguar moda y originalidad no es fácil, pero con esfuerzo yo lo consigo cada año. El *dress code* para ocasión hay que respetarlo a rajatabla. Y soy igual de exigente con cualquier detalle de mi persona. Voy cada semana a la peluquería; jamás dejo que asomen las raíces. No hay nada más desagradable que un pelo mal teñido o mal hidratado, con las puntas abiertas, o un peinado desfasado.

También visito con regularidad centros de belleza, donde me someto a las técnicas más innovadoras para cuidar mi piel, no sólo la parte que se ve, sino cada centímetro de mi cuerpo. No me importa probar cada nuevo tratamiento que me proponen. Y, que conste, he visitado los mejores centros del mundo. Sé de lo que hablo. Ni que decir tiene que vigilo cada alimento que ingiero. Jamás me salto la estricta dieta que me prepara mi nutricionista.

Vivo en una urbanización exclusiva, donde nadie dice lo que cuesta el metro cuadrado, por educación y porque muy pocas personas pueden pagarlo. Una de ellas es la familia de mi amiga María del Pilar, nadie la llama así, claro, como todas nosotras tiene su nombre glamuroso, que en su caso es Mapi. Ahora están pasando por un mal momento económico, porque su padre está en la cárcel por malversación, pues desvió fondos de una ONG para gastos poco justificables. Aun así, mantienen el tipo y, si bien se cotillea sobre

ellos en privado, en público se los sigue recibiendo y sonriendo. De no ser así, a la madre de Mapi le daría un soponcio.

Y hace unos diez años se mudó a esta urbanización mi otra amiga: Gema Hernández. Su caso es bien distinto. Pertenece a una familia de nuevos ricos y, por mucho que se esfuercen y paguen las cuotas de mantenimiento puntualmente, todos los siguen mirando por encima del hombro. En los noventa, el padre de Gema pegó un pelotazo urbanístico en la Costa del Sol y pasó de ser un albañil simplón a un constructor multimillonario. Se rumorea que, cuando se construyó la urbanización en la que vivimos, trabajó en ella como peón, de ahí que luego comprara una parcela de las más grandes. Sin embargo, nadie ha podido probar esa historia.

Gema se unió a Mapi y a mí hace ya diez años. Al principio le hicimos el vacío, pues la niña pretendía jugar con nosotras sin tener pedigrí. Admito que fuimos crueles. Quedábamos con ella y no aparecíamos. Si se celebraba alguna fiesta de cumpleaños le decíamos mal el día y la hora para que hiciera el ridículo. Uff, fuimos unas perras. Pero un día, a pesar de todas las putadas, nos salvó el culo. Mapi y yo llegábamos tarde a casa, con un pedo del quince y oliendo a maría. Las chicas de buena familia no fuman porros ni beben más de la cuenta.

Nos iba a caer una buena bronca, amén del escándalo, si se enteraban en la urbanización de nuestro desliz. Gema nos dejó ir a su casa y llamó a nuestros padres diciéndoles que íbamos a organizar una fiesta de pijamas. De esa forma, Mapi y yo pudimos dormir la mona sin que nos pillaran.

Y sin más aceptamos a Gema en nuestro grupo. Ella no tiene nombre abreviado ni nada, aunque Mapi y yo hemos insistido en que se busque uno, pero se niega en redondo. Dice que no quiere ser tan pija como nosotras.

Lo curioso no es sólo que acabáramos haciéndonos amigas, sino que tanto la madre de Mapi como la mía nos regañaron por juntarnos con «esa gente». Nuevos ricos, dijo mi madre de manera despectiva, pero pese a todo, al final aceptaron a regañadientes a la familia de Gema.

Y es que mi madre es una señora muy particular. Veréis, doña Mercedes Luengo Medina se crio y educó para ser la esposa perfecta de un hombre de negocios. Oír, ver y callar en lo que a las decisiones de su esposo se refería, ahora bien, disfrutaba de un pequeño virreinato y ése era el ámbito doméstico. En casa sólo ella toma decisiones. Desde las más simples, como elegir los menús, a las más delicadas, como seleccionar personal. Nunca he visto a mi padre implicarse en asuntos de puertas para dentro. Como mi madre dice en más de una ocasión, ella es la anfitriona perfecta, siempre sabe cómo llevar la casa y cómo organizar reuniones, cenas y otros eventos para aumentar el prestigio de la familia. Una simbiosis casi perfecta. Él gana dinero (mucho) y ella lo gasta adecuadamente.

Algo que yo debo ir aprendiendo para ocupar un puesto similar cuando me case. ¿A que suena arcaico? Y lo es, sin embargo, estoy preparada para ello. Si bien es cierto que a mis progenitores no les gustó que dejara los estudios, están convencidos de que me casaré con un hombre acorde con mi apellido. Y sí, hay algún que otro candidato que agradaría a mis padres. Ya sabéis, eso de unir apellidos y fortunas siempre resulta atractivo, aunque jamás aceptaré a ninguno de los propuestos, pues desde que cumplí los dieciocho mi corazón pertenece a otro.

¿Demasiado cursi?

Probablemente, pero es la verdad.

En algún momento os hablaré del hombre de mi vida, el futuro padre de mis hijos, el amante (eso espero) ideal. El compañero al que cuidar y dar lustre. Pero ahora toca presentar a mi pretendiente oficial: Enrique Doncel de la Gándara. Hijo de unos amigos de mis padres desde hace años. Su familia tiene varias refinerías repartidas por el país, traducido, son incluso más ricos que los Peralta de la Merced, que ya es decir. Nos hemos criado juntos, casi como hermanos hasta que cumplimos los dieciséis y nuestra relación cambió un poco.

Quique era un chaval tirando a feúcho y con poco éxito entre las chicas. Y

todas sabemos el drama que eso puede suponer en la adolescencia. No era mi caso, pues yo sí tenía chicos detrás, pero ninguno me gustaba lo suficiente como para decidirme y eso que Mapi ya me había hablado de las bondades del sexo, así que mi amigo y yo acordamos perder la virginidad juntos.

Puede parecer una estupidez, una decisión típica de críos, pero no, fue todo un acierto y me ahorré el mal trago. Fue divertido a la par que decepcionante, Sin embargo, ambos nos esforzamos por mejorar y vaya si lo hicimos. De hecho, de vez en cuando seguimos acostándonos. Un acuerdo que nos beneficia mutuamente. Si me encuentro depre, lo llamo y Quique me alegra la noche. Y viceversa. Existe tal confianza entre nosotros que a veces hasta hemos pensado hacer pública nuestra relación. Noticia que gustaría mucho a nuestras familias, pero que dudo que llegue a producirse, ya que nos tenemos cariño, cierto, aunque no le quiero. Ese lugar lo ocupa otro hombre.

Para hablaros de mi amor, de ese maravilloso hombre al que idolatro, antes debo hacerlo de mi hermano Juan José Peralta de la Merced y Luengo Medina. Juanjo para todos. Él sí estudió, es licenciado en empresariales y en teoría iba a ocuparse de suceder a mi padre cuando llegara el momento. En cambio, estaba en desacuerdo con las directrices marcadas, empezando por el nombre de la empresa, por lo que decidió montar la suya propia junto con un compañero de universidad.

Hace ya cuatro años que fundaron mimaskotadeluxe.com, una web especializada en productos de lujo para animales. ¿Os sorprende? A mí no. Conozco a gente que se gasta un dineral cada mes en ropa para su perrito. O que pide un peluquero a domicilio para su mascota. Alimentación *gourmet*, por supuesto. También ofrecen psicólogos, adiestradores y cualquier otro servicio para que la gente rica gaste su dinero (mucho) en productos que sus animales no necesitan. Y no podían faltar las vacaciones para las mascotas, complejos hoteleros exclusivos, donde sí permiten alojar animales.

Mi padre montó en cólera, como no podía ser de otro modo, y se armó una buena, pues en teoría nadie puede osar romper la tradición familiar. También

le suspendió la asignación. En aquel momento yo vi peligrar la mía o, peor aún, que en vista de la decisión de Juanjo me tocara a mí asumir su puesto. De eso me libré, pues mi madre logró que las aguas volvieran a su cauce. Convenció a mi padre para que dejara a Juanjo seguir con su negocio siempre y cuando no descuidara sus obligaciones en Dulces y Confituras Faustino Peralta e Hijos S. A.

Mi hermano, cinco años mayor que yo, trajo un día a casa al que es su socio. Voy a decir su nombre, no os echéis a reír: Gaudioso Fernández. Sí, os estáis riendo. Lo sé, a mí me pasó lo mismo cuando me lo presentaron. Sin embargo, cuando aquella jovencita que acababa de llegar a la mayoría de edad consiguió dejar de reírse y lo saludó con dos besos, supo que se había enamorado.

Y pensaréis que son cosas de la edad, que con el tiempo le olvidaría, que encontraría a otro. Pues no, al revés, a medida que han ido pasando estos años me ido convenciendo de que es el hombre perfecto. Sólo tenía un defecto y se lo corregí en el acto. Ahora es Gaudi, hasta él me agradeció con una sonrisa la idea. Ya nadie lo llama por su nombre completo.

Ahora os estaréis preguntando cómo me va con él, pues con todo el dolor de mi corazón os seré sincera: fatal.

Al principio mi timidez e inexperiencia hicieron que apenas le hablara. Yo seguía acostándome con Quique y adquiriendo experiencia, porque al ser Gaudi cinco años mayor que yo, me llevaba ventaja y no quería decepcionarlo en la cama, pues los espiaba a él y a mi hermano y sí, hablaban de chicas.

De acuerdo, conocer la vida sexual de Juanjo era desagradable, digamos que las palabras «follar» y «hermano» en la misma frase me daban ganas de vomitar. Ya sé que como hombre tiene sus necesidades, pero yo prefiero ignorarlas. Sin embargo, hacía de tripas corazón con tal de obtener información sobre Gaudi.

Sé qué tipo de mujeres le gustan y me esforcé por ser una de ellas. Dejé de usar tanto maquillaje. Sí, lo sé, renunciar de repente a la base correctora

supuso un gran trauma, pero cualquier sacrificio era pequeño con tal de conquistarlo. También dejé de teñirme el pelo y empecé a usar ropa más barata.

Veréis, Gaudi creció en una familia humilde. Su madre se quedó viuda muy joven con tres hijos a su cargo y una pensión de viudedad ridícula, porque su padre, camionero de profesión, trabajaba sin contrato. Por lo que Gaudi procura llevar, pese a ganar dinero con la empresa *online*, una vida modesta. Los trajes que lleva, por ejemplo, están bien, pero no son de diseñador, se los compra en unos grandes almacenes muy conocidos. Es algo que cambiaré cuando por fin nos casemos. Lo tengo todo pensado. Tras la boda nos trasladaremos al ático que me regalarán mis padres, situado en una urbanización exclusiva. Gaudi seguirá ganando dinero con la web, mientras yo consigo que, además de guapo, tenga estilo.

El primer paso será su vestuario, nada de confección masiva. Después su coche. Es incomprensible que siga conduciendo un vehículo que tiene más de diez años. Y no sólo eso, la marca, por ejemplo. ¿Quién va a respetarte si vas por el mundo con un Dacia Sandero?

Yo, por mi parte, me comportaré como la esposa que se dedica en exclusiva a la promoción de su esposo, tal como he visto hacer a mi madre.

Como veis, tengo un plan estupendo. Llevo años dándole vueltas, puliendo detalles. Y aprendiendo de los errores. Tengo una agenda con todo anotado, paso a paso. Podría considerarse un plan de negocios y sí, lo es, porque el matrimonio es algo muy serio y no se pueden dejar cabos sueltos.

Abandoné la etapa de ser la mujer que él supuestamente buscaba, ya que así no iba a ningún lado y pasé a ser más agresiva. Volví a mis orígenes, convencida de que ser yo misma jugaría a mi favor.

Cada vez que Gaudi se acercaba a casa, yo me paseaba delante de él con, digamos, el modelito más sexy de que disponía. En verano, por supuesto, era el bikini más minúsculo o la túnica más transparente.

Tampoco funcionó, pues me seguía viendo como la hermana de su mejor

amigo.

Consulté con Mapi y Gema a ver si entre las tres encontrábamos la solución y surgieron ideas, unas más estrafalarias que otras, para que por fin Gaudi se diera cuenta de que yo era la mujer de su vida y me declarase su amor, porque, por supuesto, él tendría que dar el paso, una vez que viera la luz.

Y en esto he ocupado principalmente los últimos once años de mi vida, pues faltan apenas tres meses para mi cumpleaños. Treinta. Y me he puesto esa fecha como tope. Por eso he de esforzarme al máximo y en menos de treinta días tendré la oportunidad perfecta para llevar a cabo el plan definitivo.

Mi hermano se casa, sí, va a dar el gran paso. Con una mujer tan insulta y pavisosa como adecuada. Eleonora (qué nombre tan antiguo), que, como todos en nuestro círculo, tiene otro más corto. Nora es hija de un coronel retirado, es decir, de buena familia. A mí me trae sin cuidado quién va a ser mi cuñada, aunque mi madre está entusiasmada, pues Nora es la típica chica con estudios, licenciada en farmacia, que va a dejar su trabajo al casarse.

¿Entendéis por qué yo no trabajo? ¿Qué sentido tiene dejarse la piel sacando una carrera para abandonarla después?

Bien, a mí lo que me interesa es estar al tanto de los preparativos de la boda. No es solidaridad fraternal, me importa un pimiento, es por la oportunidad sin igual que supone tener acceso a todos los detalles. Mi madre, ni que decir tiene, se mostró encantada de tenerme como aliada en la organización, y Nora, con tal de llevarse bien con su futura familia y al no tener madre, no puso objeción.

Vamos a lo que importa.

La gente como nosotros no se casa en una iglesia cualquiera ni celebra el convite en un salón simplón. Eso sería una catástrofe sin precedentes. Para la boda de Juanjo y Nora disponemos de carta blanca, así que mi madre ha elegido un complejo de lujo en la sierra, en el que nos alojaremos sólo los invitados. Un gasto más que justificado que para las finanzas de mi familia tampoco supondrá una gran merma.



Y os preguntaréis, ¿cómo voy a aprovechar yo esto en favor de mi causa?

Muy fácil.

Seguid leyendo.

## Capítulo 2

He reunido lo que podría denominarse un comité de expertas.

Ya os he hablado de ellas, aunque de forma vaga. Supongo que cuando tenga tiempo os daré más detalles. Ahora vamos a lo que me preocupa. Mi vida sentimental depende de esto y no puedo fallar.

Mapi, Gema y yo nos hemos reunido en un restaurante al que vamos con asiduidad. El Cien Fuegos. No os voy a engañar, Aparte de recrearnos la vista con el encargado, podemos disfrutar de buena comida y a mí no me ponen pegas cuando solicito un plato especial. Ya sabéis lo mucho que cuido mi alimentación.

Acabamos de hacernos la última prueba de nuestros vestidos. Un asunto fundamental en una boda de postín. Ya sé que la novia ha de brillar por encima del resto de las invitadas, pero eso no quiere decir que para que mi futura cuñada sea la más guapa, las demás tengamos que ir hechas unos adefesios. Claro que, si de Nora dependiera, nos vestía con ropa de abuela, seguro, porque algo me dice que no vamos a ser amigas. Se contiene porque le interesa, pero estoy segura de que en cuanto mi hermano firme el acta de matrimonio, ésta enseña sus cartas.

Con Gema hemos tenido una pequeña discusión sobre el vestido que ha elegido y al final Mapi y yo nos hemos rendido. Mira que lo intentamos, pero le sale la vena choni. No digo que el traje sea feo, pero aun así creo que es demasiado barato. Hemos ido a una *boutique* exclusiva, pero Gema se ha empeinado en comprarse el conjunto en una tienda digamos que yo no hubiera pisado nunca. Os preguntaréis cómo es que ellas vienen a la boda. ¿Os sorprende? ¡Por supuesto que mis amigas están invitadas! En una boda de este

calibre, con casi quinientos invitados, ellas no se podían quedar fuera. Sin olvidar que las necesito a mi lado.

Sólo faltan tres días para el enlace y mañana a primera hora saldremos las tres juntas en mi coche hacia el hotel. Les he explicado punto por punto todos los pasos y ellas más o menos están de acuerdo.

—Parece un buen plan —dice Mapi, tras escucharme atentamente.

—No sé yo... —opina Gema, torciendo el gesto.

Ella siempre haciendo de abogada del diablo.

Las dos están al tanto de mis desvelos por Gaudi y en más de una ocasión me han visto llorar de desesperación, por ejemplo, cuando me enteraba de que salía con alguna. Por suerte, rara vez cuajaba y casi siempre está soltero y sin compromiso.

Gema, que para esto es un poco más bruta, llegó a insinuar que era maricón perdido, gay para el resto de la población que no ha crecido en una barriada social. Estuve una semana sin hablarle por insinuar semejante herejía. Aunque lo cierto es que me hizo reflexionar, ya que ningún hombre puede permanecer tanto tiempo inmune a mis encantos.

Menos mal que las suposiciones de mi amiga y mis temores fueron infundados. Me enteré que se había liado con una camarera. Un trago agrisulce, pues por un lado descartaba la posibilidad de que fuera homosexual, pero por otro estaba con otra.

—Pues yo le veo muchas lagunas —murmura Gema.

Yo hago una mueca de disgusto y bebo un buen sorbo de mi agua mineral sin gas.

—Dímelas —le pido, porque a lo mejor Gema ha caído en la cuenta de algo que a mí, con la emoción, se me ha pasado.

—¿Y si liga con otra invitada en la fiesta?

—Joder, es verdad —murmura Mapi—, allí habrá un montón de chicas dispuestas a todo.

Gema levanta una mano y la miramos.

—Yo soy una de esas dispuestas a todo —confiesa—. No gano para pilas del consolador. Debería haberme comprado uno recargable.

—Tú no cuentas —dice Mapi—, puedes echar un buen polvo con el invitado que elijas, pero nunca te atreverías a levantarle el novio a una amiga.

—¡Eso nunca! —exclama Gema.

A ver, entre nosotras existe un pacto: ninguna se enrolla con el chico que le gusta a la otra. Y esto lo decidimos después de que un tipo que salía con Mapi le tirase los tejos a Gema. No llegaron a nada, pero hubo sus más y sus menos. Por eso nos reunimos una noche las tres, como adolescentes en un campamento de verano, y lo prometimos. Sellamos nuestro acuerdo con una ronda de chupitos.

—A lo mejor yo también me animo con algún invitado... Desde que lo dejé con mi último novio, ando un poco...

El último novio de Mapi era un guarro, sí, un guarro de los que no se lavan, no de los que dicen guarrerías. Tenía animadversión al agua y a los productos de aseo y siempre olía raro.

—¿Salidorra? —sugiere Gema y sí, ése es el estado, aunque existen otros adjetivos para describir la situación de nuestra amiga.

—Yo diría más bien cansada de ocuparme yo sola de todo —contesta Mapi haciéndonos reír—. Yo tampoco gano para pilas.

—Deberías buscarte un follamigo, como Sun.

—¿Me prestas a Quique un fin de semana? —pregunta Mapi con carita de niña buena.

—Si todo sale como yo espero, el lunes hablo con él y es todo tuyo, te lo regalo.

—¿Y yo qué? —tercia Gema.

—Os montáis un trío —respondo y nos echamos a reír.

—Te tomo la palabra —dice Mapi y mira a Gema—. ¿Has hecho alguna vez un trío?

—Sí, en mi antiguo barrio. Con un par de compañeros de instituto. Había un

local en el que... bueno se hacía de todo. Fue un desastre, el uno iba pedo y el otro era virgen.

—Vaya barrio... —susurra Mapi, sin censurar nada de la parte sexual, sólo del ambiente.

—No me vengas ahora diciendo que los pijos no hacéis estas cosas — replica Gema.

—La diferencia es que nos vamos al club de campo y alquilamos una *suite* —digo yo con mi tono más repelente.

—Pues yo no he participado en ninguno —se queja Mapi.

—Tranquila, Quique seguro que te soluciona eso —afirmo convencida.

Mi amigo y amante tiene ideas para todo. Una vez que dejó atrás la adolescencia y su aspecto de patito feo, comenzó a tener éxito con las mujeres. También, todo hay que decirlo, tenía mucho que ver su poder adquisitivo. Sé que picotea siempre que puede, y me lo cuenta todo, por eso, cuando me propuso invitar a un amigo, acepté. No fue gran cosa porque era la primera vez para los tres. Resultó caótico pero divertido. Una experiencia más, aunque dudo mucho que repita, a Gaudi no lo veo yo mucho de compartir.

—Ojalá todo salga bien —suspira Mapi—, tengo muchas ganas de ser tu dama de honor.

—Y yo —la secunda Gema—. Pero la gente de dinero tiene muchos vicios y a lo mejor...

—No hay ningún festejo la noche antes, sólo una cena formal. Se supone que todos debemos descansar para estar radiantes el día de la boda —digo con convicción.

—Es una boda de tarde, la gente puede divertirse el día antes y descansar por la mañana —continúa Gema, echando mis planes por tierra.

—No se atreverá. Mi hermano y él son muy amigos, dudo que quieran estar separados la noche antes —indica Mapi

—Eso es verdad —murmura Gema.

—Estoy convencida de ello —asevero, porque no puedo permitirme perder

la concentración.

Tras la comida, tenemos una sesión de *spa*. Ya os lo he dicho, cuido mi aspecto al detalle y no abandono mis rutinas. Esta vez he elegido una terapia basada en piedras volcánicas. A las tres nos van a exfoliar de arriba abajo con una crema a base de magma molido. Me han asegurado que la piel queda perfecta. Y cuando abandonamos el *spa* compruebo que, en efecto, mi piel nunca ha estado mejor.

—Joder, quinientos euros por el tratamiento. A mi madre le va a dar un *pumba*.

—Querida Gema —tercia Mapi—, no se menciona el precio, sólo el resultado.

—Exacto —añado yo.

No sé cuántas veces le hemos explicado a Gema que, si pretende integrarse en nuestro mundo, no ha de hacer comentarios como ése. El ejemplo más claro es Mapi. Su padre en la cárcel y sus cuentas congeladas por orden de un juez, pero siguen viviendo como si nada.

—Vale, pero a mi madre le va a dar un *pumba*—repite y nosotras negamos con la cabeza.

Así no hay manera.

Y eso confirma la teoría de mi madre. Hay que nacer y vivir en la abundancia desde pequeña para saber desenvolverse. Pensaréis que es un pensamiento clasista, no lo niego, no obstante, es cien por cien verídico.

Yo sé lo que cuestan las cosas, tan tonta no soy, sin embargo, no lo cuestiono ni tampoco me preocupo cuando paso la tarjeta de crédito. Nadie dice en público si un producto es caro, de hacerlo quedaría en ridículo. Como conocemos a Gema, no se lo tenemos en cuenta, pero sí se lo mencionamos para que vaya puliendo esos fallos.

Me despido de mis amigas y entro en casa. Y allí me encuentro a Gaudi tomando una copa y charlando con los novios. Sonrío amable y, para disimular, saludo primero a Nora.

—Papá y mamá han salido a cenar —me informa Juanjo.

Genial, pienso, disimulando mi entusiasmo. A veces mi querida madre es muy pesada con guardar las formas y una simple reunión familiar se convierte en una formal.

Gaudi me mira y, como siempre, me saluda con afecto, pero poco más. Menos mal que eso va a cambiar en breve.

—¿Nerviosa? —le pregunto a mi futura cuñada, la pavisosa.

Va vestida casi igual que mi madre. Con un traje chaqueta beige, que será carísimo, pero feo como ninguna otra cosa. Es lo que muchas personas no entienden, no sólo has de llevar prendas exclusivas y caras, además deben ser adecuadas a tu propio estilo y, por supuesto, hay que conocer el *dress code* de cada momento.

Pues bien, Nora ni pajolera idea.

—Un poco.

Mi hermano, sentado a su lado, le da un leve apretón en la mano.

—Como todas las novias —dice Gaudi.

«Créeme, querido, el día de nuestra boda yo no estaré nerviosa.»

Los dejo en el salón y me voy a mi dormitorio. Tengo que vigilar a la asistente, porque a pesar de que le di instrucciones muy precisas sobre qué debía poner en la maleta, no termino de fiarme. No puedo dejar nada al azar y tampoco que nadie vea el modelito escogido para llevar a cabo mi plan. Lo he escondido dentro de la funda de mi portátil. Ahí nadie lo encontrará, como tampoco la caja de seis condones surtidos y ultrasensibles que he añadido.

Con todo organizado, me meto en la cama y cierro los ojos. Soñar con Gaudi es uno de mis pasatiempos favoritos. En mi cabeza recreo cada detalle de cómo será nuestra vida juntos, empezando por el día de la boda. Ya hice una lista de las canciones que sonarían ese día en el que todo ha de salir perfecto.

Cada vez que veo una película romántica en la que hay boda, apunto los detalles que más me gustan, como por ejemplo la música que debe sonar en

cada momento.

El vestido lo diseñé hace ya tres años. Fue el momento en que más cerca estuve de declararme. Ocurrió en la fiesta del primer aniversario de mimaskotedeluxe.com. Mi padre, cabreado, pues había esperado que fracasaran, se tuvo que morder la lengua y aceptar que Juanjo sabía «algo» de negocios y todos fuimos a la fiesta.

Yo quería ser la primera en felicitar a Gaudi en persona y así lo hice. Conseguí llevarlo a un rincón apartado, me mostré receptiva y casi, casi lo beso, pero en el último segundo apareció el idiota de mi hermano estropeando el ambiente y todo porque quería presentarle a un inversor.

Como siempre, ante la dificultad, en vez de desistir, rehíce mis planes y volví a la carga. No se ha vuelto a presentar una oportunidad tan buena, pues Gaudi es un poco esquivo y lo de aparecer por su oficina queda un tanto forzado, sin olvidar que mi hermano anda siempre por allí.

Por eso la boda de Juanjo será la ocasión propicia.

Y esta vez no puedo fallar.

\* \* \*

—Deja de mirarlo todo con la boca abierta —le susurra Mapi a Gema, mientras yo hablo con el recepcionista.

—Es que es la rehostia —replica ella y la fulminamos con la mirada.

Mira que se lo hemos advertido durante el viaje, pero nada, sigue siendo la hija de un albañil rico y no puede evitarlo. Esperemos que durante la fiesta no meta más la pata.

El empleado nos da las tarjetas de nuestras habitaciones. A ellas las he ubicado en la tercera planta, bien lejos de la primera, que es donde se aloja la familia y, por supuesto, Gaudi. Ventajas de formar parte de la organización. Durante todos los preparativos mi madre no se ha dado cuenta de nada y el hecho de que mi habitación esté junto a la del hombre de mi vida le ha



parecido normal, al fin y al cabo, a Gaudi ya lo consideran uno más de la familia.

Y, dentro de poco, lo será de facto.

Mañana es la fiesta previa. Una gran cena para todos los asistentes. Una especie de despedida de solteros, pero nada que ver con las que organiza la gente corriente. Aquí no habrá coronas con penes bamboleantes, ni chicos desnudándose. Los novios han querido que nos reunamos todos. Y me parece estupendo, aunque intuyo que Juanjo tiene previsto ir con sus más íntimos a tomar una o varias copas. No me importa, y mi madre, que también ha oído los rumores, dice que bueno, que el chico puede despistarse un poco.

—¿Os gusta? —les pregunto a mis amigas cuando nos dejan a solas en la habitación de Mapi.

—Siento lo de antes, se me ha escapado —murmura Gema con cara de disculpa.

—No pasa nada —le digo con cariño, porque la chica se crio en una barriada social y existen hábitos muy difíciles de eliminar—. Ahora tenemos que disfrutar esto.

—¿Necesitas que te echemos una mano con tu plan?

—Sólo estad atentas cuando llegue Gaudi y, si tenéis la oportunidad de hablar con él, me lo contáis todo. O si se junta con alguien, cualquier información es buena.

—Vale —responden ellas al unísono.

Las tres nos abrazamos. Me desean suerte por enésima vez. Están al tanto de mis desvelos por ese hombre, lo que he suspirado, llorado y hasta maldecido cuando las cosas se torcían.

—Yo tengo los dedos cruzados —indica Gema.

—Yo no —la contradice Mapi, haciéndonos reír—, porque sé que Sun lo va a conquistar.

—¡Os quiero, chicas!

\* \* \*

La primera fase de mi plan ya está completada. Gaudi hace ya una hora que ha llegado. Lo he visto aparcar su triste Dacia Sandero junto a otros vehículos y, la verdad, parecía el criado, no un invitado a una fiesta de postín. En fin, otro de los muchos detalles que solventaré cuando estemos comprometidos, porque no pienso esperar a la boda para deshacerme de esa tartana.

Por lo menos sé que lucirá un esmoquin de marca, ya que se lo confeccionará a medida el mismo sastre al que se lo han encargado mi padre y mi hermano.

Mañana, antes de la boda hay varias actividades programadas. Sí, eso he dicho, actividades para los invitados. Se casa el primogénito de Pedro Peralta de la Merced y Suberbiola, no esperaréis que sólo se ofrezca un convite, ¿verdad?

En el complejo del hotel, además de las habitaciones, los salones y la discoteca, también hay establos para quienes deseen practicar la equitación. Excursiones en bici por los alrededores con monitor. Y lo que no podía faltar: campo de golf.

Dependiendo de cómo transcurra todo, puede que elija este hotel para celebrar mi boda. Sería estupendo y romántico ¿no creéis? Volver al mismo sitio donde por fin nos declaramos nuestro amor.

Las chicas y yo hemos escogido para hoy un plan relajado, no quiero agotarme ni tampoco que me dé el sol y acabar roja como un turista inglés. De ahí que haya reservado hora con la masajista. Cualquier cuidado de mi aspecto es poco. Gema tiene cita con la peluquera porque aún no ha decidido qué peinado llevar y Mapi quiere pasar la tarde en la piscina.

En el último momento se une a mí Nora y juntas entramos en la sala de masajes. Pedimos que nos pongan las camillas cerca y así poder hablar.

Cuando me desnudo para tumbarme, mi futura cuñada arquea una ceja al ver los resultados de la depilación láser.

—Yo no me he atrevido a tanto —murmura señalando mi pubis—, aunque a lo mejor debería... no sé, por darle una sorpresa a Juanjo.

—Por favor, no —le pido, pues no quiero saber más, bastante sé ya, de los gustos sexuales de mi hermano. Aunque cuando yo los escuchaba a Gaudi y a él a escondidas, Juanjo hablaba de mujeres a las que se tiraba y no nos presentaba a la familia, el caso de Nora es muy diferente.

No podría comer tranquila en una de esas tediosas reuniones familiares si me imagino lo que han hecho la noche anterior. ¿A que me entendéis?

—¿Duele mucho ahí? —pregunta Nora.

—Una barbaridad —respondo y no miento ni un ápice.

Seguro que quien ha pasado por ello me comprende. Ahora bien, ¿no me negaréis que es increíble la sensación de sentirse cien por cien desnuda?

Recuerdo el primer día que follé tras hacérmelo, por supuesto fue con Quique. Él se quedó ojiplático cuando me vio y fue estupendo. El sexo oral adquiere otro significado, cosa que, por supuesto, no quiero compartir con Nora.

—Yo no me atrevo —murmura—, aunque a tu hermano seguro que le gusta.

Pongo los ojos en blanco. Seguro, a todos los vuelve locos. Hablo por experiencia. Tengo que cambiar de tema pero ya.

—¿Ya ha terminado el decorador con vuestro apartamento?

Juanjo compró hace dos años un fabuloso ático dúplex que Eleonora ha remodelado por completo. Yo la entiendo, pues mi hermano se limitó a amueblarlo y poco más. La compra fue más una inversión que otra cosa, pero ella quiere convertirlo en un hogar. Se ha gastado una fortuna en la reforma, lo sé porque hasta Juanjo, que pocas veces habla de dinero, lo ha comentado, pero es su novia y hace lo que sea por tenerla contenta.

—Sí, por fin —me confirma con un suspiro de alivio y me relata punto por punto los pormenores de una reforma que ni me va ni me viene.

Cierro los ojos, murmuro algún que otro «ajá, que bien» o «no me digas» para que piense que le hago caso, pero yo sólo quiero relajarme y no hablar de

sexo con ella.

Me libro de Nora y vuelvo a mi habitación. Cuando paso por delante de la puerta contigua a la mía siento un cosquilleo enorme por todo el cuerpo y en especial entre las piernas. Ya sólo faltan unas horas; después de la cena, Gaudi será mío.

## Capítulo 3

—Nada puede fallar —me digo a mí misma, mirándome en el espejo de cuerpo entero.

Un último repaso a mi aspecto. Vale parezco un putón «desorejao», como diría mi tía Avelina, la oveja negra de la familia, ya os contaré en otro momento su historia. Bien, aun a riesgo de parecer egoísta, volvamos a lo del pendón desorejado. Uno muy decidido a llevar a cabo su misión sin titubear. Voy a pasar la noche con el hombre de mi vida, al que amo desde hace años. Sí, sé que repito constantemente lo mismo, pero tenéis que entenderme. Sólo quien ama con locura comprenderá mi situación.

No hay margen para el error, este plan es la última oportunidad.

Hoy voy a poner fin a mi silencio. Las miradas de deseo se harán realidad. Se acabaron las indirectas, las noches en vela y los suspiros. Gaudi va a ser mío.

Me involucré en la organización de la boda con este único objetivo. Saber con exactitud la habitación de Gaudi. La 129, junto a la mía. No os imagináis el día que llevo, mirando el reloj cada cinco minutos, esperando que cada uno se fuera a su *suite* tras la cena. Se acabó la fase teórica, ahora comienza la práctica.

Uff, no sé si hacer un alto en el mueble bar para armarme de valor.

No, nada de eso, tengo que tener todos mis sentidos al cien por cien, al alcohol podría mermar mis capacidades y hacerme meter la pata. No, ni una gota, sé lo que tengo que hacer, cómo y además dónde, y llevo toda la vida (vale, desde los dieciocho) preparándome para esto, para hacer feliz al hombre que amo por encima de cualquier cosa y al que amaré siempre.

Último repaso a mi aspecto. La piel perfecta, hidratada con una *mousse* que le aporta un suave perfume, nada de saturar con olores artificiales fuertes. Cuando sus manos por fin recorran mi cuerpo, quiero cerrar los ojos, suspirar, sentirme única. Y, por supuesto, ofrecerle lo mejor de mí. Hoy será la primera noche. Un comienzo inolvidable.

Me he cerciorado de que ha venido sin acompañante (algo imprescindible), como también sé que hace media hora que se ha retirado a su *suite*. Para esto Gema y Mapi han sido fundamentales, ya que de haber estado yo revoloteando, Gaudi se hubiera mosqueado.

Ha estado junto a Juanjo y otro par de invitados tomando una copa tras la cena. Si ha bebido, mejor, eso jugará a mi favor. Vale, está feo lo que he dicho, sin embargo, le compensaré con creces. Lo prometo.

Son las dos de la madrugada. Todos duermen, también me he asegurado de eso. Mi padre se ha retirado pronto, enfurruñado porque esta tarde le ha ido fatal en el campo de golf. La novia quiere dormir para estar radiante y supongo que el novio la acompañará. O no, porque a lo mejor mi madre les ha dado la tabarra con eso de las tradiciones y no comparten habitación. Me da igual, todos están en sus *suites*. Les envió un mensaje a las chicas, por si acaso están despiertas, y enseguida me responden deseándome suerte.

Abro despacio la puerta y me asomo. Le he dado tiempo suficiente para que haga sus «cosas», nada me produciría más bochorno que pillarlo en el baño... ejem, ya me entendéis. No hace falta dar más detalles.

Como organizadora de la boda, tengo una tarjeta de acceso a todas las habitaciones. En recepción conté una trola. Para evitar problemas con algún huésped despistado y molestar fuera de horas y, claro, con el dineral que vamos a dejar, no se opusieron. La guardo en el *clutch* junto con el móvil (pienso hacerme un montón de selfies por la mañana abrazada a él), que previamente he silenciado, y los seis condones surtidos. Puede parecer un exceso, pero no lo es. He sopesado también la idea de no llevar protección, al

fin y al cabo, vamos a casarnos; sin embargo, no quiero presionarlo demasiado. Ya hablaremos sobre el tema de tener hijos.

Tengo que caminar apenas diez metros, pero con unos tacones de doce centímetros y plataforma, un mini camisón transparente que apenas me cubre el culo y que me roza la piel excitándome como nunca, sin olvidar unos nervios que amenazan con desbordarse, se me va a hacer eterno. No obstante, el riesgo y la emoción superan todos los obstáculos.

Acerco la tarjeta al lector y se enciende la luz verde a la primera. Abro la puerta despacio, no quiero asustarlo. Mis ojos se acostumbran a la penumbra con rapidez y lo localizo en la cama, acostado de espaldas a mí. Me bajo de los tacones y, sin perder un segundo, me meto en el lado libre, tras apartar la sábana. No quiero impedimento alguno. Hace calor y no ha encendido el aire acondicionado. Cómo se nota que le gusta ahorrar.

Inspiro. Dos veces y después me coloco de costado. Extiendo el brazo y le rodeo la cintura, pegando bien mis senos a su espalda. Él murmura algo, pero permanece quieto. Deslizo la mano hacia abajo y compruebo que sólo lleva unos bóxers. Estupendo, enseguida me desharé de ellos. De momento comienzo a tocarle por encima y, como no podía ser de otro modo, responde moviéndose un poco. Yo aumento la presión, me vuelvo ambiciosa y él se da la vuelta hasta quedar boca arriba. Esta postura me facilita mucho el trabajo y meto la mano dentro de su ropa interior. Por fin le tengo donde quería. Aún falta bastante para que se le ponga dura, aunque va por buen camino.

Ahora puedo poner en práctica todo lo que he aprendido con otros amantes, principalmente con Quique, para proporcionarle un placer sin igual. Debe quedar prendado, satisfecho y sobre todo enamorado de mí y todas sabemos que siendo buena en la cama se tienen muchos puntos a favor.

Poco a poco se está empalmando. Comienza a gemir, sin duda cree que es un sueño, pero enseguida sabrá que mis manos y el resto de mi cuerpo son reales. Entonces noto cómo coloca su mano sobre la mía y presiona. Quiere más rudeza, perfecto, puedo hacerlo, aunque primero le quitaré los bóxers.

Se los bajo con rapidez, él, no sé si despierto del todo, alza las caderas y colabora. Nada más tenerlo desnudo, vuelvo a agarrar su polla y lo masturbo, ahora con mayor precisión. Subo y bajo el puño por toda su erección y presiono justo al llegar a la punta. Entonces emite un gemido tan erótico que me hace mojar el tanga hasta resultar vergonzoso. Sin duda cuando me acaricie entre las piernas me encontrará muy dispuesta.

—Hummm —murmura moviendo las caderas al ritmo de mi mano.

Tiene una voz que casi no reconozco, ronca, rasposa, sin duda ha bebido más de la cuenta. No importa, incluso creo que ese detalle juega a mi favor.

—¿Quién eres? —pregunta jadeante.

—Una sorpresa —musito en respuesta y aprovecho para acariciarle las pelotas.

—¿Quién te envía? —indaga de nuevo.

Sonrío. Es una pena que todo está oscuro y no pueda observar su cara de sorpresa y de placer. De momento seguiré jugando al despiste.

—¿Qué más da? —ronroneo sin soltarle la polla.

Ahora que está del todo erecta, me excita todavía más y no veo el momento de sentir todo esto que tengo en la mano en mi interior.

—Aprieta más cuando llegues a la punta —grazna y añade—: ¿Eres prostituta?

Doy un respingo. No esperaba semejante comentario. No obstante, me ha dado una idea fabulosa.

—Sí, lo soy —susurro y se la sacudo con más fuerza, lo que por lo visto le gusta, pues emite otro morbosos jadeo que me encanta—. Me envía la dirección de hotel para agasajar a los huéspedes más importantes.

—Joder, qué bien —comenta y me da la sensación de que, a pesar de haber bebido, ya está espabilado del todo.

Se incorpora y va directo a por mis pechos. Me los agarra y magrea de forma grosera. Además de pellizcarme los pezones de manera casi dolorosa.



No tenía ni idea de que le gustaran estas cosas, pero estoy dispuesta a amoldarme a sus deseos.

—Tienes buenas tetas —comenta, antes de meterse un pezón en la boca y succionar.

Sabe de lo que habla, me las ha visto más de una vez, yo me he asegurado de ello. No sólo apareciendo delante de él con escotes de vértigo y bikinis que desafiaban la gravedad, sino también con camisolas transparentes y ya, cuando la sutileza no funcionaba, me ponía a tomar el sol en *topless* delante de sus narices, mientras él visitaba a mi hermano.

Os imaginaréis el enfado de Juanjo y la vergüenza que he pasado casi desnuda, pero recurriendo al frívolo comentario de chica tonta que no quiere marcas de las tiras del bikini, conseguía salir de paso.

Me pellizca un pezón, dos veces, muy fuerte; es mi turno de gemir bien fuerte.

—Sigue... —jadeo con un tono cercano a la súplica.

—¿Y cuánto tiempo vas a quedarte?

—Toda la noche —respondo con rapidez—. Toda la noche para que hagas cuanto quieras conmigo.

Entonces me besa en la boca con fuerza, apresando mis labios. Seguro que mañana los tengo hinchados. Justo lo que he ansiado. Siempre imaginé que sus besos serían perfectos y que me harían arder, pues bien, superan mis expectativas.

Me sorprende notar áspera su mejilla, pues siempre va afeitado, pero no es algo que me moleste. Así seguro que tiene un aspecto más malote.

Sigue besándome y yo a él. No me cansaré nunca de esto, lo sé. ¿Os hacéis una idea de cómo me siento ahora? Y no me refiero sólo a la parte física, sino a la multitud de emociones que estoy intentando asimilar. Lo de controlarlas es imposible.

¡Cómo besa! Me agarra de la nuca, manteniéndome bien posicionada. Me muerde el labio inferior y después con su lengua busca la mía. Gimo pegada a

su boca, apartándome lo justo para respirar.

—Joder, eres de las buenas —susurra.

Que haga alusión de nuevo a mi supuesta profesión, lejos de molestarme me pone más cachonda. De momento dejaré que siga con el juego. No tengo nada en contra de adoptar diferentes roles, es algo que sin duda animará nuestra vida conyugal. Mira, un detalle que no tenía anotado en la agenda.

—Y esto no ha hecho más que empezar, vengo dispuesta a todo.

Mis palabras parecen haberle espoleado. Siento su polla entre las piernas. ¡Todo eso va a ser para mí y además para siempre!

Noto una mano internarse entre mis muslos. Murmura con evidente placer que estoy empapada, que va a ser una delicia tocarme, lamirme y penetrarme por donde se le antoje y que lo va a hacer a conciencia.

¿Quién se iba a imaginar que el hombre de mi vida fuera tan expresivo?

Un escalofrío, sin duda debido a la anticipación, me atraviesa y hace que los gemidos empiecen a ser obscenos. Y es que escuchar en su voz ronca semejantes términos, vulgares y sucios, me resulta irresistible.

—Tú haces que moje las bragas —me lanzo a la piscina hablando igual que él.

—Qué bien enseñada estás —comenta con un aire burlón que no me ofende—. Lo que no entiendo es cómo llamáis a esto bragas.

—Quítamelo —ruego, refiriéndome al tanga.

Obedece rompiendo el fino hilo y no se conforma con eso, también me quita el camisón. Estoy tan desnuda como él y ahora sólo quiero restregarme contra su cuerpo y sentirlo.

—Te voy a follar toda la noche. A base de bien. Sin contemplaciones.

—A eso he venido —musito y ahora es mi turno de buscar su boca.

Me responde con más ímpetu si cabe. Cómo besa, por favor. Nada de babeos que dan repelús, sabe dejar a una chica sin aliento sólo con los labios.

No se están desarrollando los acontecimientos según lo previsto, es cien veces mejor, por eso estiro un brazo hasta llegar a la mesita de noche y tanteo

hasta dar con un condón. Abro con los dientes el envoltorio, pero él me detiene sujetándome de la muñeca.

—No tengas tan prisa —dice—. Antes quiero que me la chupes.

Inspiro. Qué petición tan fácil de cumplir.

—Faltaría más —musito en tono sumiso.

No tenía intención de recurrir a todo mi repertorio en nuestra primera noche de pasión, sin embargo, no puedo negarme.

Me deslizo hacia abajo y me arrodillo entre sus piernas. Noto que respira en profundidad. Lo tengo en mis manos, tal como yo quería. Me humedezco los labios, es una pena que no pueda verlo, y me inclino para meterme su polla en la boca, sin tanteos. Directamente hasta el fondo.

—¡La hostia puta! —exclama con voz ronca.

No puedo sonreír, pero me alegro, pues mis clases prácticas con Quique han sido la mar de efectivas.

Lo chupo con ganas y él, sin duda encantado, reacciona agarrándome un buen mechón de pelo en el puño. Tira de él. Me produce un cierto dolor que enseguida se transforma en placer. Puede que mis extensiones estén en peligro, pero merece la pena.

Gime cada vez más alto, suelta palabrotas de lo más sucias y expresivas a medida que mi boca se vuelve codiciosa. Desde luego, cada una de sus palabras son el mejor aliciente para seguir chupándosela o lo que se tercié.

—Mastúrbate mientras me la chupas —exige entre jadeos.

¿Y quién soy yo para contradecirle?

Podría correrme con mis manos, no obstante, sólo me acaricio de forma superficial, quiero hacerlo cuando lo sienta en mi interior. Ya jugaremos otro día a eso.

Estoy tan mojada y cachonda que debo tener cuidado, quiero alargarlo todo lo posible. Gimo sin soltar su polla y eso le encanta, a juzgar por el tirón de pelo que acabo de recibir. Me la meto hasta el fondo en la boca y controlo las arcadas respirando por la nariz. He practicado esto y me sale de vicio.

—Joder, qué boca... Debes de ganar una fortuna —afirma entre jadeos, aunque de repente me aparta—. Pero ponte encima, quiero metértela en ese coño empapado.

Me pasa el condón a medio abrir y me encargo de ponérselo. Otro día lo haré con la boca, algo que también se me da genial.

—Eres toda una profesional, no hay duda —comenta, debido a mi destreza.

—Por supuesto —replico orgullosa.

—Móntame, fóllame, déjame KO —exige.

—No dudes que lo haré.

Me sitúo justo encima de su polla, sólo he de dejarme caer y listo. Pero no, yo sé que hay algo que los vuelve locos, así que agarro su erección y comienzo al restregármela, acariciando mi sexo. Lástima que lleve condón, podría mojársela entera con mis fluidos.

—¡Vamos, joder! —exclama y me da un buen azote en el culo.

Noto lo desesperado que está y lo comprendo. Sonrío en la oscuridad y me muerdo el labio. Antes de dejarme caer, le agarro las pelotas y le doy un buen apretón. Él levanta las caderas, sin duda intentando penetrarme, no obstante, soy yo quien controla la situación.

—Quiero metértela hasta el fondo —gruñe tan ansioso como yo.

—Como desees —ronroneo en tono complaciente y me dejo caer de golpe.

—¡Joder! —exclama.

Acabo de darme cuenta de que en su repertorio de obscenidades siempre está esa palabra.

Yo cierro los ojos. Necesito unos pocos segundos para asimilar y controlar mis emociones. No voy a echarme a llorar, de ninguna manera. Voy a disfrutar de nuestra primera vez como tantas veces he soñado mientras me masturbaba pensando en él.

—¡Muévete, joder! —ordena y me da un nuevo azote en el culo.

Tanta agresividad me tiene loca. Seguiré su juego hasta el final.

Me balanceo y eso lo complace. Vuelve a soltar unos palabros de lo más

vulgares.

Siento sus manos posarse sobre mis pechos. Los estruja primero para después pellizcarme los pezones con habilidad y también con malicia.

—Quiero correrme en este par de tetas.

Qué gráfico es y cómo me excita.

—Estoy aquí para complacerte —replico encantada.

Sigo montándolo con brío. Nunca me cansaré de esto y sé que él tampoco. De repente se incorpora y quedamos cara a cara. Es una lástima no poder verlo y mirarlo a los ojos para decirle que le quiero, que llevo toda mi vida queriéndole y que le voy a querer siempre. Pero no articulo palabra y menos cuando busca mi boca con ganas de devorarla.

Sabía que besaba bien, pero no tanto.

—Sé que a las putas os gusta fingir para que el cliente se corra cuanto antes, aun así, ¿podrías hacer un esfuerzo y disfrutar de verdad? —susurra y en esta ocasión no ha hablado con aire burlón, es sincero.

Ay, que ya no quiere jugar a las prostitutas. Es tan cariñoso.

—¿Qué te hace pensar que finjo?

—Nada, tranquila, déjalo —dice en voz baja y vuelve a besarme.

Enredo las manos en su pelo y lo atraigo hacia mí. Sentirlo tan cerca es lo que siempre he deseado. Cualquier contacto me parece poco. Nos besamos jadeantes, muy cerca de llegar al clímax. No dejamos de jadear ni él de empujar entre mis muslos con fuerza, no recuerdo haber follado así antes, de esta manera tan entregada. Aunque él también gruñe, su pelvis encaja y choca con la mía. No hay nada tan erótico y morboso como los gemidos de ambos mezclados.

—Estoy cerca —digo y siento la garganta seca de tanto jadear.

—Y yo, joder, cómo me aprietas la polla —replica gruñendo y sin dejar de tirarme del pelo, morderme y sobarme las tetas.

Y es entonces cuando siento el primer aviso de que voy a correrme, mi cuerpo se prepara para el orgasmo. La tensión me invade, mis músculos se

contraen y emito un último gemido lastimero antes de alcanzar el clímax.

Él me sostiene y gruñe antes de unirse a mí, clavándome los dientes en el cuello y murmurando:

—Joder qué pasada de polvo.

Sonrío, no puedo estar más de acuerdo.

Nos quedamos así, abrazados, piel con piel, sudorosos y, al menos en mi caso, con ganas de más. Pero como la seguridad manda, me incorporo y él se agarra la polla por la base para que no se escape nada del preservativo.

Yo me quedo a un lado, ahora quiero que me abrace un ratito, que murmure alguna que otra palabra cariñosa antes de pasar a la segunda ronda.

—¿Cuántos has traído? —pregunta y me da un beso rápido en los labios.

Qué detalle tan bonito.

## Capítulo 4

Como en las películas: «A la mañana siguiente...».

Me despierto con esa sensación que sólo conoce quien ha dormido, besado, tocado y follado con la persona amada. Sigo desnuda. Me encanta el roce de las sábanas por toda la piel. Sonrío y abro un ojo y lo primero que miro es la mesilla, aún quedan tres condones.

Ahora que por fin es de día, podremos mirarnos a los ojos y declararnos. Será emocionante e inolvidable. Como siempre he soñado. No me cabe la menor duda. Lo de anoche fue mágico, ahora Gaudi ya no puede negar la evidencia. Estamos hechos el uno para el otro. La prueba palpable y húmeda está entre mis muslos, pero también en todo mi cuerpo. Cielo santo, mira que, a escondidas, le he escuchado contarle alguna que otra aventurilla (y sufría al oírlo hablar de otras) a mi hermano, esas conversaciones de chicos (preferiblemente desconocidos) que a todas nos gustaría espiar y después transcribir para estudiarlas al detalle, no obstante, nada comparable a la realidad. Conmigo ha sido mucho, mucho (y no exagero) mejor.

Me doy la vuelta despacio, remolonear en la cama es un placer y más si se está acompañada. Por desgracia él ya se ha levantado. Me siento y no me cubro con la sábana, pues el pudor es innecesario. Es más, quiero que me encuentre así, toda piel, a plena luz del día. No sería la primera vez; sin embargo, creo que en esta ocasión es muy diferente. Ahora no quiero provocarle (bueno, un poco), ahora quiero que me acaricie con la mirada y después con las mismas manos habilidosas que anoche.

Oigo un ruido y entonces caigo en la cuenta de que está en la ducha. Bueno, que se refresque un poco. Antes de irme a mi habitación y arreglarme para la

boda podemos echar otro polvo, uno más relajado, porque anoche me folló sin piedad. Qué energía y qué contundencia. Qué habilidad. Y mira que he estado con hombres, espabilados, mañosos y de los que te dejan agotada, pero nunca todo al mismo tiempo.

Creo que hoy, durante la boda, me van a temblar las piernas. Cuando me pregunten el motivo, sonreiré y fingiré que no es nada, o que estoy emocionada por mi hermano, porque de momento no lo anunciaremos. No quiero eclipsar a la parejita. Con el vestido que voy a llevar ya es suficiente. Y además Nora, que ya me tiene enfilada, no me lo perdonaría jamás.

Debe de haber acabado, ya no se oye el ruido de la ducha. Me humedezco los labios y lamento no tener a mano un poco de brillo y un cepillo, porque debo de tener el pelo hecho un asco. Da igual, un *look* descuidado, y más siendo él el responsable, seguro que funciona y si no mi cuerpo desnudo hará que no se fije en esos detalles.

Oigo el chasquido de la cerradura del cuarto de baño, esbozo mi mejor sonrisa y adopto una pose sugerente.

—¿Qué haces todavía aquí?

Un tipo al que no he visto en mi vida, con una toalla alrededor de las caderas, recién salido de una ducha, me mira con desdén durante un segundo y después frunce el cejo.

Tiene cara de mala leche.

Busco la sábana con rapidez y me cubro.

No se parece a Gaudi ni en el blanco de los ojos.

Éste es algo mayor, sus facciones son más duras y lleva barba de al menos tres días.

No, no es Gaudi. Y si sumo dos y dos me salen cuatro.

Traducido: que me he metido en la cama de otro.

¡Mierda!

Cambio de postura, porque no recuerdo haber vivido un momento tan humillante. He de salir de aquí con un mínimo de dignidad, pero el tipo me



mira como si fuera una apestada.

—Se supone que era un servicio nocturno —añade, como si mi presencia lo molestara—. Ya ha amanecido, supongo que querrás irte.

—¿Cómo dices? —acuerdo a decir, mientras a toda prisa intento procesar la situación.

¿En qué me he confundido? Salí de mi cuarto y me metí en el de Gaudi. Yo misma hice las reservas y lo anoté con cuidado. Debo averiguar qué demonios ha pasado.

El tipo sigue mirándome, no se lo ve muy contento. Yo no soy capaz de articular palabra o al menos una coherente.

—Ah, vale, ya sé lo que pasa.

Camina por la *suite* hasta donde tiene los pantalones y coge la cartera. Sin sonreír, saca un billete de veinte euros, me mira, mira el billete y saca otro de cincuenta.

—Aquí tienes, tu propina, te la has ganado —me suelta y deja caer los billetes sobre la cama—. Y ahora, por favor, vete, tengo compromisos que atender.

Sigo su mirada, sobre la mesilla de noche están los envoltorios de los preservativos y un par de ellos usados, con el típico nudo para que no se escape nada.

—No me digas que he follado con un condón rosa —dice con cara de incredulidad. Se peina con los dedos y resopla.

Como comprenderéis no voy a responder a un comentario tan absurdo.

—¿Qué haces en esta habitación?

—Follar con una prostituta de lujo, por lo visto —responde tan pancho.

Se pasa de nuevo la mano por el pelo, sin duda impaciente por librarse de mí.

—¿Cómo te atreves?! —exclamo, abochornada ante semejantes palabras y su comportamiento no menos desagradable.

—Oye, ahora no te hagas la digna —dice, señalándome la puerta.

—¡No soy una prostituta! —me defiende y, como puedo, sin mostrar nada, me bajo de la cama cubriéndome con la sábana.

Él arquea una ceja y niega con la cabeza.

—Lo que tú digas, bonita.

—Grrr... ¡Eres gilipollas!

—No, soy un cliente satisfecho, así que no lo estropees quedándote más de lo prudente —replica con aire indolente.

Se agacha y me acerca el tanga roto, el minicamisón y los *stilettos*. Si los cojo, se me cae la sábana, así que él, todo amabilidad, me agarra de la mano y, sin mucha educación, me lleva hasta la puerta. La abre y deposita mis cosas entre mis manos, incluida la propina.

—Ha sido un placer —comenta con burla.

—Que yo no soy...

No me da tiempo a terminar la frase, pues me cierra la puerta y me quedo en el pasillo como una imbécil.

¡No me he acostado con Gaudi!

¡He follado con un desconocido!

¡Me han confundido con una prostituta!

¿No son suficientes dilemas para empezar el día?

Pues no, porque mi madre, junto con Nora, están mirándome sin dar crédito a las pintas que llevo. Tengo que buscar una excusa convincente.

—¡María Asunción!

Mal empezamos.

—¿Sun? ¿Qué ha pasado? —pregunta Nora, mirándome de arriba abajo.

Ambas están perplejas, yo también.

—Ehh, bueno...

—¿Qué haces desnuda en medio del pasillo?

—Verás, se me ha cerrado la puerta...

—Madre del amor hermoso —se santigua mi madre—. María Asunción, ¿cómo dejas que te vean así? ¡Por Dios!

Miro a mi futura cuñada en busca de ayuda, pero la muy asquerosa se limita a encogerse de hombros, y hasta creo que ha esbozado una media sonrisa burlona. Vuelve a mirarme y después la puerta por la que acabo de salir. ¿Sabe algo que yo no sepa?

—He salido deprisa y... —titubeo cada vez más nerviosa.

—¿Has pasado la noche con un hombre, María Asunción? —inquire mi madre.

Puede que se haga la tonta cuando no voy a dormir a casa o cuando quedo con alguien. Entonces mira para otro lado, aunque sabe que no soy tan inocente como aparento; sin embargo, como queda de puertas para adentro, no se enfada tanto. Ahora es muy diferente, cualquiera que pase por el pasillo me puede ver y sacar conclusiones.

—No, con Mapi y con Gema montamos una fiesta de pijamas —improviso — y bebimos más de la cuenta...

Me callo en ese punto y pongo carita de niña buena que ha cometido una estupidez. Es mil veces preferible que me regañe por haber empujado el codo que por ser un pendón «desorejao». Para que lo entendáis, en nuestro círculo social la gente no folla, sólo mantiene *affaires* y siempre con discreción, y generalmente son ellos los que se buscan a alguna mujer, casi nunca al revés, así que yo no puedo pasar una noche loca, a diferencia de mi hermano, que tuvo unas cuantas y nadie dijo nada.

—Anda, anda, ve corriendo a tu habitación antes de que te vea alguien y se entere tu padre —dice mi madre.

He aquí otra de sus frases lapidarias. Que mi padre no se entere, pues debo temer su reacción, mientras que ella, como madre, es más permisiva. Ésa es la teoría, pues es muy astuta y administra la información. Si quiere que la acompañe a algún evento que me aburre, me recuerda el día que me cubrió las espaldas. Ya os lo conté, mi madre domina el ámbito doméstico y no se le escapa nada.

Me despido de ella con un beso rápido en la mejilla. A la traidora de Nora

ni la miro y me refugio en mi *suite*. Una vez segura, les mando un mensaje a mis amigas, no quiero que me dejen con el culo al aire. Ambas me responden con rapidez y me piden que nos reunamos cuanto antes.

Les pido que vengan a mi *suite* para coordinar la coartada. Mientras las espero, me doy una ducha rápida y después busco el listado de los asistentes para comprobar en qué habitación se hospeda cada uno. Cuando llego a Gaudi, en efecto, la reserva de la 129 está a su nombre, por lo tanto, un extraño se ha colado. Pero ¿dónde está el hombre de mi vida?

Lo vi en la cena, así que muy lejos no ha tenido que irse.

Mapi y Gema me encuentran nerviosa, desesperada. Me he puesto un batín tipo kimono azul con zapatillas a juego. En breve aparecerá la maquilladora. Por muy afectada que esté, no voy a ir hecha un adefesio a la boda.

Les cuento a mis amigas lo ocurrido. Ellas escuchan atentas entre exclamaciones de asombro y alguna que otra risita. Pero al final se solidarizan conmigo.

—Joder, tía, vaya película —dice Gema—. Al menos estaría bueno, ¿verdad?

Tuerzo el gesto.

—Vale, sí, el tipo no era ningún esperpento. Algo mayor para mi gusto, le calculo unos cuarenta o poco más.

—¿Y folla bien? —continúa Gema sin la menor consideración—. Oye, no me mires así —señala a Mapi—, tú también te mueres por saberlo.

—Sí, en eso no tengo queja —admito con disgusto.

—Vale, que no cunda el pánico —tercia Mapi—. A lo mejor es un huésped que se marcha hoy.

Niego con la cabeza.

—El hotel lo hemos reservado en exclusiva.

—Bueno, pues entonces cruzaremos los dedos para no toparnos con él —apunta Mapi.

Emito un gemido de pura rabia. De acuerdo, hay casi quinientos invitados,

pero aun así el sainete puede ser completo.

—Además, te ha visto despeinada y sin maquillaje.

—Lo estás arreglando —me quejo, mirando a Gema.

—No te preocupes, ya verás como todo se queda en una anécdota sin más —dice Mapi y no sé, yo no lo veo tan sencillito. Hasta que pase la boda y me vea en casa, no respiraré tranquila.

Preparada o no para afrontar lo que se avecina, comienza a rodar la maquinaria de la boda. Una buena maquilladora hace milagros y por eso no he querido dejar nada al azar, de ahí que haya venido una exclusivamente para ocuparse de mí. Se llama Leo y es una tía supermaja. La conozco desde hace más de diez años, cuando fui por primera vez a su establecimiento de perfumería especializada, ya que había leído un reportaje sobre los componentes químicos de algunos cosméticos, en el que ella comentaba lo importante que era analizar bien los ingredientes, a la vez que recomendaba ciertas marcas que yo desconocía. Me pareció tan interesante que no lo dudé y busqué su dirección en internet para ir y conocerla en persona. Reconozco que congeniamos desde el minuto uno, pues Leo me atendió con mimo y me dio una clase magistral junto con unos consejos que sigo a rajatabla. También me abrió los ojos al decirme que no siempre las marcas más caras son las mejores y que no siempre una técnica de maquillaje utilizada por una famosa tiene por qué servirle a otra persona.

Desde entonces, salvo que esté de viaje y necesite algún producto, todo lo compro en la tienda de Leo, que está al tanto de todos los avances cosméticos habidos y por haber. Cuando me propone una nueva técnica, no dudo en probarla y decidimos si me conviene o no. Su consejo es ley para mí.

Leo, tras abrir su maleta de maquillaje, en la que se puede encontrar de todo (ya os he dicho que es la mejor y una profesional como la copa de un pino), comienza a limpiarme el cutis con una suave *mousse*. Cierro los ojos, tiene unas manos increíbles. A veces me da reparo recomendarla, porque me

gustaría contratarla en exclusiva; sin embargo, soy consciente de que ella tiene un negocio.

—¿Qué tienes aquí? —me pregunta señalando una ¿mancha? justo debajo de mi oreja, en el cuello.

—Maldita sea —murmuro al abrir los ojos y gira la cabeza para verlo bien. Ya sé cuál es el motivo. No me lo puedo creer. Encima de engañarme, me deja marca.

—Esto lo cubrimos en un periquete —me dice Leo sonriéndome de manera cómplice, pues no hacen falta explicaciones.

Por fortuna, las tres capas de corrector han obrado el milagro y no se nota nada. Me relajo, porque voy a llevar el pelo recogido y cualquiera podría fijarse justo en ese punto, empezando por mi madre, a la que no se le escapa una, y después del numerito de esta mañana en el pasillo, cualquiera se enfrenta a ella.

—Hoy vamos a prescindir del *contouring*—me dice Leo y, como es lógico, me preocupo, porque es una técnica perfecta.

—¿No lo dirás en serio?

Leo asiente sin dejar de sonreír.

—Es lo que van a llevar el noventa y nueve por ciento de las invitadas, incluida la novia, y estoy segura de que tú no quieres ir como el resto.

—Hummm, claro que no —murmuro sin estar convencida del todo, pues el *contouring* me va de perlas.

Leo saca un estuche, igual que haría un cocinero con sus cuchillos, y despliega ante mí una colección de brochas increíble.

—Hoy te voy a aplicar la técnica del *strobing*—anuncia convencida—. En vez de afinar tus facciones, que si bien no son perfectas al menos sí proporcionadas, vamos a centrarnos en iluminar tu rostro.

Me muestra un producto en el que pone *dream lumi touch* y asiento. Si ella lo dice, no rebato nada.

¿Entendéis ahora por qué la adoro? Es la mejor y no se duerme en los

laureles. Me lee el pensamiento y se pone a ello. No me hace falta indicarle nada. Sus manos son mágicas y cuando abro los ojos y me veo en el espejo me quedo anonadada. Soy yo, sí, no llevo una careta, como otras que abusan del maquillaje, sino una capa sutil, ligera, que esconde las pequeñas imperfecciones.

—Gracias, gracias, gracias —le digo entusiasmada—. No sé qué haría sin ti, Leo, de verdad.

—De nada, Sun, ya sabes que es un placer y que las gracias debería dártelas yo, porque mi negocio no para de crecer gracias a tus recomendaciones.

Nos damos un abrazo y justo entonces llaman a la puerta. Son Gema y Mapi, para pasar también por las manos de Leo.

—Ni se te ocurra dejarlas tan guapas como a mí —me guaseo.

—Por supuesto que no —replica Leo siguiéndome la broma.

—Eh, que yo soy guapa sin maquillaje —dice Mapi orgullosa.

Nos reímos con ganas y Leo se va con ellas para obrar su magia.

Ahora sólo me queda peinarme y por último vestirme.

He pedido al servicio de habitaciones que me traigan un zumo de pepino y limón con una tostada de pan integral. No pienso comer nada más hasta la hora de la cena, pues la boda se celebra por la tarde. Nadie sería tan vulgar como para celebrarla un día de junio por la mañana, no al menos la gente con clase.

Entre una cosa y otra se me han ido pasando los nervios. He cometido un error, pero puedo subsanarlo. Gaudi es el mejor amigo de mi hermano y estará presente en la boda, así que me las apañaré para colocarme a su lado durante la ceremonia. No me será muy difícil, yo he participado en la organización y en el banquete estará junto a mí.

\* \* \*

Mapi y Gema vienen a buscarme después de comer, yo no he probado

bocado. Ya están arregladas. La primera con un vestido floral en tonos rosa pálido por encima de la rodilla con zapatos y bolso a juego. Va estupenda, tal como esperaba de ella, su gusto a la hora de elegir atuendo siempre sorprende. Lástima que su familia esté pasando por un bache económico. Y Gema, bueno, Gema lo ha intentado. Lleva un mono rojo un tanto suelto y un bolero negro. A ver, no va mal y sé que ha ido a una tienda exclusiva, pero el conjunto queda un poco desfasado.

Listas para lucirnos y pasar una velada de cine, nos vamos a la carpa en donde se celebrará la ceremonia. Busco con la mirada a Gaudi y en cuanto lo localizo voy hacia él; sin embargo, una mano enjoyada me detiene.

—María Asunción, tú con la familia —dice mi madre entre dientes, pero sonriendo como si todo fuera divino.

Gema y Mapi sí pueden ir con él. Las veo saludarle y darle dos besos cada una y a Gaudi sonriente charlando. Joder, ya me han chafado el plan. Primero lo de anoche y esto ahora. En fin, moral en alto, que aún queda el banquete y ahí no se me escapa.

Y aquí estoy, entre mi padre y mi tía Avelina y su mujer. Sí, he dicho su mujer, tengo una tía lesbiana. ¿Os sorprende? Pues imaginad lo que causó la noticia en nuestro entorno. Hasta hace unos años era la oveja negra de la familia, pues estaba a punto de cumplir los sesenta y nadie entendía por qué siendo de tan buena familia no se casaba. Tuvo varios pretendientes del agrado de mi abuelo; sin embargo, los rechazó uno a uno, con el consiguiente enfado de sus parientes. Se dedicó a vivir como quería y con quien quería, eso sí, en secreto. Cuando se instaló con una amiga, nadie sospechó, todos pensaron que ya no quería vivir sola. Pues bien, era su amante, como supimos un mes después de que se aprobara la ley de matrimonio entre personas del mismo sexo. La cara de mi padre fue un poema y la de mi madre ni os lo cuento. Juanjo se limitó a mantenerse al margen y yo a estallar en carcajadas.

Todos conocíamos a Marcelina, la amiga de mi tía, aunque de repente dejó de ser esa señora entrañable que le hacía compañía a la tía Avelina y pasó a



denominarse, «esa señora», así a secas.

Mi padre, aparte de considerarlo una broma de mal gusto, pensó que Marcelina era una cazafortunas y se empeñó en romper esa relación. Un intento absurdo, pues, desde hacía años, mi tía, ahora jubilada, era funcionaria de Hacienda, ahí conoció a su mujer y el resto es historia.

Tenéis que entender que en la cabeza de mi padre y los que son como él (mi madre) no entra la posibilidad de otras formas de matrimonio. Claro que hay homosexuales, pero son discretos, no como mi tía, que celebró una boda por todo lo alto en Las Vegas, a la que yo asistí, pese a la oposición de mis padres.

—¡Avelina Peralta de la Merced y Suberbiola lesbiana, adónde vamos a ir a parar! —fue el lamento de mi madre al no poder detener la boda, pues, en cuanto se supiera, el escándalo sería mayúsculo y entre las amistades de mi madre podía considerarse como una mancha irreparable.

Poco a poco, el tiempo ha ido limando asperezas y la familia ha vuelto a hablarse, además, sé que Juanjo insistió en que se las invitara a ambas y ocuparan asientos principales.

—Estás guapísima, Sun, mucho más que la novia —me susurra mi tía con cariño.

—Y eso no se debe hacer —añade Marcelina sonriendo.

—Mi sobrina puede hacer eso y mucho más.

—Gracias, tita —murmuro agradecida, porque sólo ellas con su forma de ser pueden alegrarme el día.

Da comienzo la ceremonia. Tan tradicional como sobria. Miro por encima del hombro, Gaudi sigue atento cada paso y me da a mí que no parece muy contento. Mapi y Gema están a su lado. Es una pena que yo no pueda estar ahí.

—Vaya novia más descafeinada que se lleva tu hermano —musita Marcelina y mi tía asiente. La sinceridad de ambas es legendaria.

Me río con disimulo y me gano una mirada de advertencia de mi padre, que está con el pecho hinchado al ver a su hijo sentar la cabeza. Aunque quien

verdaderamente está hinchada como un pavo es mi madre en el papel de madrina. Parece que haya ensayado toda la vida para este momento.

—Y tu padre es un sieso —apostilla Avelina mientras coge de la mano a su mujer.

—Y que conste, estás más guapa que la novia —susurra Marcelina.

Llevan juntas media vida, primero disimulando y ahora libres. Qué bonito es el amor. No me lo neguéis.

Los aplausos cuando los novios se besan impiden que sigamos cotorreando.

Yo abandono la carpa escoltada por dos mujeres valientes que me quieren a rabiar y que hacen comentarios de lo más divertidos sobre algunos invitados. Las envidia, están en esa edad en la que se pueden poner el mundo por montera.

En las bodas de gente pudiente, como ha dicho hace poco Marcelina con retintín, los novios, junto con la familia directa, saludan a los invitados de forma personal uno por uno. Como en las bodas inglesas, seguro que lo habéis visto en alguna película. Es un fastidio, vamos a tener que estar de pie más de una hora, estrechando manos, sonriendo y recibiendo los parabienes de la gente.

No puedo escaquearme, soy la hermana del novio.

El modelito que llevo, el maquillaje y los tacones son para pasearme por ahí, no para permanecer como una estatua.

Que comience la función.

La gente, alguna con más educación que otra, comienzan a acercarse. Sonrío, saludo, doy besos... Me aburro. Mis amigas son de las primeras. Gema está un poco nerviosilla, sin embargo, lo hace genial. Han merecido la pena los consejos que le hemos dado. Empiezo a desesperarme, algunos tienen las manos sudadas. Por fin veo de reojo que le toca a Gaudi, que primero estrecha la mano de mi hermano con énfasis y se abrazan. Es lógico, lo que no me parece tanto es cómo trata a la novia, demasiada familiaridad para mi gusto.

Llega mi turno y me da dos besos, esperaba que fuera tan efusivo como con la novia, pero no, se ha contenido.

Y nada más pasar Gaudi, dejo de fijarme en los invitados. O eso pretendo, porque de repente mi mundo se viene abajo cuando un tipo al que sólo he visto una vez y sin mucha ropa encima le sonrío a mi hermano y éste le devuelve el gesto.

Está claro que existe una gran complicidad entre ambos.

—¡Pensaba que no ibas a venir! —le dice Juanjo entre risas—. Como siempre andas tan ocupado.

—¿Y perderme la boda de mi peor alumno? —replica el tipo.

Ay, ay, ay, que me tiemblan las piernas y no por un buen motivo.

Entonces el «profesor» me ve allí de pie, con unas cuantas capas de maquillaje, peinada y con una sonrisa falsa. No ha servido de nada el disfraz, porque me ha reconocido. Sonríe de medio lado y mi hermano, al ver que nos miramos fijamente, deteniendo la cola, interviene:

—Te presento a Sun, mi hermana.

Y el muy canalla me coge la mano y se la lleva a los labios.

—Encantado. ¿Sun?

—Ya te lo explicaré luego —dice mi cuñada con malicia.

Yo me quedo inmóvil, en estado de *shock*, incapaz de reaccionar.

—¿Estás bien? —pregunta mi madre—. Te veo un poco pálida.

—Yo me ocupo —tercia Gaudi, que aún está cerca.

Oh, menos mal, mi salvador.

Sus palabras me hacen reaccionar y hasta finjo tropezar con tal de que me sujete.

Seamos positivas.

No hay mal que por bien no venga.

## Capítulo 5

Gaudi me acompaña hasta una de las mesas y se sienta conmigo. Parece preocupado. Me acerca un vaso de agua y yo me lo bebo a sorbitos, encantada con sus atenciones.

Es la boda de mi hermano y no voy a poder escaquearme.

Tal vez si me invento una dolencia...

Mi madre me mataría; una mujer de mi clase aguanta hasta el final. Me lo recuerda siempre que tiene ocasión. Y ella es un ejemplo claro, pues una vez, mientras acudía a una recepción en no sé qué embajada, acompañando a mi padre en un viaje de negocios, sintió unos fuertes dolores en el costado derecho y, en vez de ir a urgencias, aguantó como una campeona.

Cuando por fin pudo ir a un hospital, el médico se sorprendió de que hubiera soportado el dolor teniendo en cuenta que el diagnóstico era peritonitis y que, de haber tardado un poco más, no lo habría contado.

Admiro (no siempre) a mi madre, aunque yo no quiero ser una heroína.

—Niña, parece que hayas visto un fantasma —comenta Avelina sentándose a mi lado con cara de preocupación. Como hacen todas las señoras de cierta edad, me pone la mano en la frente para comprobar si tengo fiebre—. Estás un poco acalorada, nada más.

Bueno, en lo de acalorada ha acertado, el problema es el origen.

Gaudi aprovecha para levantarse, pero yo lo sujeto de la muñeca para impedirlo.

—He sido un poco descortés con ese invitado —murmuro, todavía sin sobreponerme. Bueno, sí, me habéis pillado, estoy exagerando. Pero comprendedlo, he de intentarlo.

—¿Con Daniel?

Vaya, así se llama el caradura.

—Sí, ése —contesto, haciéndome la distraída—. ¿Ha dicho que fue profesor de mi hermano o he oído mal?

—Es un buen mozo, qué más da la profesión —apunta Marcelina, siempre tan pragmática. Vaya, ha habido testigos.

Gaudi me cuenta la historia. Sí, en efecto, el tipejo enseña derecho mercantil, ha escrito unos cuantos libros de economía y fue profesor de ambos en la universidad. Se conocen desde hace tiempo y pasaron de la relación profesor/alumnos a la de amigos.

Por cómo me lo cuenta está claro que se conocen bien.

Joder, joder, joder.

Entonces le pregunto a mi salvador por qué no lo he visto antes y me comenta que Daniel es un tipo que viaja a menudo y que cuando se casó se fue a vivir fuera.

Me hiere la sangre de furia. Encima está casado.

Y empiezo a hacer cábalas. A ver, si fue profesor de ambos en la universidad y mi hermano tiene treinta y cinco, por muy joven que empezara a dar clases, al menos tiene que tener cinco o más años que Juanjo... por lo tanto ¡Oh, Dios mío, confirmado, me he acostado con un cuarentón!

El drama ya es completo. Hasta la fecha siempre he salido con hombres de mi edad, dos o tres años mayores que yo como mucho. Cielo santo, me estoy echando a perder.

Dejo a Gaudi que se marche y me quedo con mi tía y su mujer. Ambas siguen despellejando a los invitados, incluida mi madre, que no deja de revolotear por todo el salón, preocupada por si todo está perfecto, cuando hay una empresa de bodas contratada a tal efecto, pero Mercedes Luengo Medina es inasequible al desaliento.

Anuncian que ya podemos ocupar nuestros sitios. Miro con precaución todas las mesas. Por extraño que resulte, no estoy buscando a Gaudi, aun así,

lo veo charlando de forma animada junto a ese caradura infiel y mentiroso que se aprovecha de... Bueno, espera, borra eso, a lo mejor yo también me aproveché un poquito de él. Dejémoslo en infiel y caradura.

Cada mesa está dispuesta para diez comensales, redondas, para que nadie quede apartado y pueda participar en cualquier conversación. Aunque en mi caso, rodeada de papá, Marcelina, Avelina, mamá, los novios y el padre de Nora, los comentarios han de ser educados. Frunzo el cejo, han retirado dos cubiertos, el que se suponía que era para Gaudi y otro que había para disimular. ¿Quién habrá sido? Mierda, así no hay manera.

Para distraerme, participo en alguno de los chascarrillos de mi tía, que son algo más moderados de lo habitual, cuando de repente Marcelina, que está sentada frente a mí, empieza a hacerme gestos extraños. Y para desconcertarme aún más, mi padre me mira raro. Y no acaba ahí la cosa, mi tía suelta:

—Ponte esto sobre los hombros, que te vas a acatarrar.

Miro el clásico pañuelo de seda estampado que a todas las mujeres de cierta edad les gusta llevar como complemento y que queda horrible. No combina con nada. Y menos cuando el estampado es de pajaritos.

Estamos en la mesa principal, somos el centro de atención. Ya me gustaría estar en la de Gaudi y con mis amigas. Miro un momento hacia allí, no, no me gustaría tanto como pensaba; está el profesor.

—No tengo frío, tía.

—Tápate —insiste Marcelina.

¿Por qué de repente se han vuelto tan puritanas?

De acuerdo, mi vestido es ajustado, con un escote en uve y la espalda descubierta, se sujeta con una pequeña cadena metálica que me recorre los hombros. Pero están acostumbrados a verme lucir ropa similar.

Me quito el pañuelo y Avelina vuelve a ponérmelo.

—¿Qué ocurre ahí? —interviene mi padre, con la mosca detrás de la oreja.

—Nada, que tu hija va a coger un resfriado —replica mi tía.

—¿En junio? —pregunta él suspicaz y no lo culpo.

Menos mal que los novios están a lo suyo, haciéndose carantoñas, y mi madre, que sólo se ha sentado dos minutos, sigue pululando por la sala saludando a los invitados. El padre de la novia permanece impertérito.

Qué sainete hemos montado en un momento.

Marcelina me hace un gesto o mueca o yo que sé. Pongo cara de «¿qué me estás diciendo?». Y como no lo pillo, mi tía se inclina y susurra:

—Tienes una marca en el cuello.

—¡Ay, Dios mío! —exclamo y me la cubro con la mano.

Maldito maquillaje.

Maldito caradura.

—María Asunción, ya está bien —me regaña mi padre.

—Ahora vuelvo —grazno y me marcho escopetada hacia los aseos. Por el camino, envío mensajes a mis amigas para que se reúnan conmigo.

Gabinete de crisis

escribo y enseguida responden:

OK, vamos para allá.

En el baño nos juntamos y les muestro apesadumbrada la marca en mi cuello. Gema saca de su bolso un tubo de maquillaje, dispuesta a embadurnarme. Sin embargo, la detengo porque antes he de leer la composición por si tuviera algún componente extraño.

—No te pongas quisquillosa —me advierte mi amiga y Mapi asiente.

No tenemos tiempo ni nada mejor, así que a la aventura, porque seguro que Gema ha comprado maquillaje económico.

—Ya está —anuncia satisfecha y me miro en el espejo.

—Puede pasar.

—Y ahora cuéntanos de qué va todo esto.

Les hago un resumen. Los ¡ohs! y ¡ahs! se suceden. Ambas se solidarizan

conmigo. Gema propone pasar cerca de ese cretino y volcarle una copa de vino para que tenga que irse. Mapi y yo negamos con la cabeza, las señoritas educadas no hacen esas cosas tan cutres. Así que el plan a seguir es volver a la fiesta, sonreír, no mostrar ningún signo de debilidad y evitarlo en todo lo posible.

Y si me pillan, negarlo todo. No hay pruebas.

Suspiro y lamento que Quique, mi mejor amigo, no haya podido venir. Con él a mi lado seguro que todo esto sería más llevadero.

Con la sonrisa pintada, la cabeza erguida y ganas de pasar página, volvemos a nuestros sitios. Por suerte, todo se desarrolla de forma apacible, los invitados disfrutan del menú y van pasando los minutos. Llega el momento del baile y, como es tradición, comienzan los novios.

Yo me quedo sentada, cual vieja solterona de las novelas, flanqueada por mi tía y su mujer como si fueran las carabinas encargadas de vigilar mi honra. A buenas horas, mi honra es historia. No me apetece ir a bailar por si tengo la mala suerte de toparme con él.

—Niña, te estás perdiendo lo mejor —dice Marcelina—, hay unos cuantos chicos a los que hincarles el diente.

—¡Marcelina! —exclama mi tía—. No seas antigua. Mi sobrina ya no hace esas cosas, ¿verdad? Ella va a por todas. No tiene que conformarse con un mordisco.

—Pues no lo parece... Está aquí con nosotras, aburrida y estoy segura de que le pasa algo.

Los diálogos entre la pareja son así, sinceros, demasiado.

—¿Qué te pasa, cariño? —me pregunta Avelina.

—A juzgar por la marca que se ha tapado con maquillaje, la noche pasada ha tenido jarana —apunta Marcelina y ambas se ríen.

—No seas tonta —dice mi tía cogiéndome la mano—, a mí me parece estupendo que tengas amantes y lo pases bien. Yo no soy como el sieso y antiguo de mi hermano.



—Y además no se lo diremos a nadie.

—Genial...

Los sexagenarias animándome a tener una aventura.

¿Puede ser todo más surrealista?

Mis amigas se lo están pasando en grande, bailando, bebiendo y tonteando. Espero que esta noche tengan suerte. La única parte positiva de permanecer sentada, alejada del ajetreo, es que no terminaré con dolor de pies.

—Anda, ven a bailar con el novio —me pide Juanjo, tendiéndome la mano.

Negarme quedaría feo y, bueno, con él estoy segura, así que me levanto.

Suena una canción de Marc Anthony, *Valió la pena*, y, bueno, aquí una no puede desmelenarse y se baila con elegancia, como si se tratara de un vals, nada de exageraciones en la pista. Bailo con mi hermano, que me agradece lo bien que está saliendo todo, me dice lo contenta que está Nora y que tiene unas ganas locas de que se acabe la fiesta. Eso me hace reír y echo un vistazo para localizar a la novia, que baila demasiado acaramelada con Gaudi para mi gusto. Me inclino a pensar que está borracha, así que me da a mí que Juanjo no va a tener la noche que espera. Bueno, ya tendrán tiempo otro día.

La canción se acaba y, aprovechando que estoy en la pista, me acerco a Gaudi. Él devuelve a Nora a mi hermano y me invita a bailar. ¡Dios mío, qué placer!

No sé ni me importa qué está sonando, alguna canción de moda, lo importante es que me está tocando. Siento su mano en la parte baja de la espalda y ahí no hay tela. Si no quiere estar en contacto con mi piel tendrá que tocarme el culo y por mí perfecto. Pero no, Gaudi mantiene su mano en el mismo sitio y yo me derribo de gusto.

La canción llega a su fin y he de encontrar un modo de seguir con él y, a ser posible, a solas. Sé que lo que voy a hacer es una estupidez, además de inmaduro, pero no me queda alternativa. Fingiré que me he torcido el tobillo (otra vez la dama en apuros). Con estos tacones es comprensible.

—¿Me permites bailar con ella? —interrumpe una voz a mi espalda.

Cierro los ojos. ¡No puede ser!

—Por supuesto, Daniel, toda tuya.

Gaudi me suelta y, sonriente, se da media vuelta dejándome con ese caradura.

Montar una escena y partirle la jeta no es una opción, así que me trago el orgullo y asiento. Con pisarlo tres o cuatro veces y clavarle el tacón de aguja me tendré que conformar.

A diferencia de Gaudi, que me agarra con suavidad, este imbécil lo hace de manera agresiva y me toca el culo sin miramientos antes de subir un poco la mano y colocarla en la parte correcta. Respiro, ¿cuánto puede durar la pieza, tres, cuatro minutos? Reconozco la canción, *Can't take my eyes off you* y no podía ser más inoportuna.

—Así que prostituta de noche y *drag queen* de día —susurra, pegando los labios a mi oreja.

No debería afectarme, pero lo hace. Noto un escalofrío. Mal, Sun, muy mal, odias a este tipo, me recuerdo.

— ¿*Drag queen*?

—Llevas encima tanto maquillaje que casi no te reconozco.

Le doy el primer pisotón, aunque no acierto tanto como hubiera deseado. Él sonríe burlón.

—Limitate a bailar y, si no es mucho pedir, cierra el pico.

—Así que tienes secretos... —se guasea y me hace dar un giro un tanto complicado, justo en la parte instrumental de la canción. Espero no terminar siendo el centro de atención.

—Como todo el mundo —replico malhumorada.

La mano que tiene en mi espalda se mueve de una forma peligrosa. Sube y baja por la columna y no me gusta nada. Bueno, a ver, me gusta, es agradable; sin embargo, la cuestión es que no debe gustarme.

—¿Y no crees que, debido a los acontecimientos de la noche pasada, deberíamos hablar?

—¿Te refieres al pésimo comportamiento y la falta de respeto que demuestras hacia las mujeres con las que te acuestas? —le contesto y él arquea una ceja.

—A las que se meten en mi cama sin pedir permiso las trato como me da la puta gana. Imagina si hubiera sido al revés.

Vale, ahí me ha pillado, pero no voy a ceder.

—Podías haber dicho que no.

—¿Cuándo? ¿Mientras me la chupabas o mientras me montabas como una amazona?

—Eres...

—Venga, te lo pasaste de puta madre.

—¿Y tú no? —pregunto con sorna.

—Joder, pues claro que sí, hacía mucho que no me topaba con una amazona tan entusiasta —dice riéndose—. Y, antes de que te enfades, sí, si quieres esta noche puedes volver.

Finaliza la canción, por lo que no tengo que soportarle ni un segundo más, pero para mi eterno bochorno, su contacto hace que me excite. Algo de lo que, por supuesto, jamás debe percatarse.

—Que te vaya bien —le digo a modo de despedida.

—¡Lo mismo digo!

Camino rápido, con la firme intención de buscar a mis amigas. Las necesito junto a mí. Localizo a Gema hablando acaramelada con un tipo bastante guapo, así que me quedo donde estoy, no voy a interrumpirla. A Mapi no la veo por ningún lado, voy a tener que enfrentarme a esto yo sola.

Camino con tanta mala leche que el tacón se me engancha en la ranura de una baldosa y, antes de caer de bruce, alguien me sujeta del brazo. Gruño frustrada, porque no quiero ni que se acerque a mí, ya he tenido suficiente con el bailecito, pero por una vez me sonrío la suerte y es Gaudi quien me salva de hacer el ridículo.

—¿Estás borracha? —me pregunta preocupado.

—¡No! Sólo un poco cansada, nada más.

—Te he visto con Daniel.

Ay, madre mía, ¿está celoso? ¡Ojalá!

—Es un invitado, tenía que bailar con él —contesto haciéndome la tonta.

—Pues daba la impresión de que estuvierais discutiendo y me parece extraño. Daniel siempre ha sido un tipo amable y considerado con las mujeres.

Qué poco lo conoces, pienso.

—¿Y su mujer por qué no ha venido?

—Querrás decir su ex, se separaron hace unos tres años.

—Ah —digo, sintiéndome una estúpida por haber hecho suposiciones.

—¿Quién dejó a quién?

—Él a ella. No habla mucho de eso.

Debo dejar de indagar sobre la vida de Daniel (qué raro se me hace ponerle nombre, prefiero llamarlo «cretino», «gilipollas» o «caradura»), ya que Gaudi podría preguntarse a qué viene tanto interés por un tipo al que supuestamente sólo he saludado.

Bueno y con el que he bailado.

La versión para mayores de dieciocho sólo la conocen mis amigas.

Así que sigo en mi papel de víctima, atendida por mi caballero particular, disfrutando de su compañía. Aunque no todo es perfecto, pues noto que alguien no me quita el ojo de encima. Y para más inri sonrío de forma burlona. Como si tuviera quince años y aprovechando que Gaudi mira en otra dirección le hago una peineta. Sí, lo sé, esas cosas no las hacen las chicas de buena familia, pero estoy tan sumamente cabreada que de alguna manera tengo que exteriorizar mi enfado.

—¿Ya estás mejor? —me pregunta el hombre ideal.

Hago una mueca. No me duele nada, llevo años caminando sobre tacones imposibles y eso lo tengo superado, sin embargo, no quiero que se vaya.

—Un poco, sí —murmuro alicaída.

Bueno, vale, estoy jugando sucio, pero en vista de que mi escote no surte

efecto (si me inclino un poco más, al no llevar sujetador podría ver mis pechos), he decidido recurrir a la dama desvalida y todas sabemos que ellos suelen ponerse la capa de superhéroe en cuanto se les presenta la ocasión.

—Iré a buscar a tu madre —dice Gaudi, echando por tierra todas mis esperanzas.

—No, no hace falta —mascullo, porque en estos momentos soportar a mi madre sería complicado—. Además, está ocupada atendiendo a los invitados.

—Como quieras —contesta.

Me da un beso en la mejilla, un triste beso, y me deja más sola que la una, allí, en medio de una boda en la que todos parecen divertirse menos yo.

Y pienso, ¿por qué tantos obstáculos?

Lo tenía todo calculado y de nuevo el destino o su puñetera prima desbaratan la jugada. Algún cursi que me diría: el destino sólo baraja las cartas, la partida la juegas tú.

Pues tal como estás las cosas, voy a hacer trampas.

## Capítulo 6

Ha pasado una semana desde la boda y mis avances con Gaudi han sido más bien nulos.

La única parte positiva es que no he vuelto a toparme con el cretino del profesor. Él ya pertenece al pasado y ahora sólo he de afrontar el futuro.

Aunque confieso, no sé si por masoquismo o por vicio, que he mirado los datos de ese invitado con el que tuve la mala suerte (algunas diréis lo contrario) de toparme. Tras el enlace había que enviar notas de agradecimiento a los asistentes. Una formalidad a la que me vi obligada, por haber participado en la organización. Pues bien, aproveché las circunstancias y miré sus datos. Qué pena que no exigiéramos la fotocopia del DNI, así sabría su edad, porque no se me va de la cabeza la idea de que me lo he montado con un cuarentón.

Mapi y Gema tuvieron suerte desigual en cuanto a lo de amantes se refiere. La primera tonteó con un invitado que resultó ser un plasta que no olvidaba a su ex y sólo quería un paño de lágrimas, así que la pobre Mapi no le dio una alegría a su cuerpo. Gema en cambio tuvo más suerte, o no, según se mire. Acabó liándose con un camarero del hotel. ¿Se puede ser más cutre?

Se lo hemos recriminado, pero ella, tan pancha, dice que al menos se lo pasó bien. Ya le hemos advertido que ni se le ocurra quedar con él. Todas cometemos errores, de acuerdo, sin embargo, hay que mirar hacia delante.

Que me lo digan a mí.

Propongo quedar las tres este sábado y desquitarnos. Lo sé, es infantil; no obstante, de alguna manera debo pasar página, porque encima Gaudi,

aprovechando que mi hermano está de viaje de novios, se ha cogido unos días de vacaciones, por lo que poco o nada puedo hacer en favor de mi causa.

Una noche loca de amigas, sólo nosotras tres, riendo, bailando, bebiendo... sin importarnos nada. Llamo a Mapi y ésta me responde con pesar que no se puede escaquear, tiene que ir con su madre de viaje a visitar a un pariente que los va a ayudar económicamente. Le deseo lo mejor.

Entonces me pongo en contacto con Gema. Tampoco puede, se marcha con su familia al pueblo. Sí, eso he dicho, al pueblo. Y mira que se lo hemos explicado cientos de veces, que no diga pueblo, que diga campo, pero ella no parece apreciar el matiz.

Como no me queda otra, llamo a Quique. Con él, además de bailar, reír y beber, hasta puedo echar un polvo que me haga recuperar la fe en el género masculino.

—Ey, guapísima —me saluda mi amigo con alegría—, ¿qué te cuentas?

—¿Te apetece salir este finde con una chica deprimida y levantarle el ánimo?

—Faltaría más y te levanto la falda si quieres.

Visto desde fuera, Quique parece el típico niño rico de casi treinta, chulito y despreocupado. Lo es, no vamos a engañarnos, no obstante, tiene buen corazón y siempre está a mi lado. Y es de buena familia, que eso también cuenta.

—Pues también, que llevo una racha...

—¿Tu hombre ideal sigue haciéndose el difícil? —inquire, porque está al tanto de mis desvelos por Gaudi.

Quique considera que no merece la pena tanto esfuerzo. Si a él le gusta una chica, insiste, pero no tanto.

—Sí, seguimos en punto muerto.

—Pues nada, para eso estoy yo, cariño. Hoy sábado me han invitado a la inauguración de una nueva terraza de moda, ¿te apuntas?

—Me apetecía algo más tranquilo...

—Ya descansarás cuando seas vieja, Sun. ¡Anímate!

—De acuerdo. ¿Me recoges en casa?

—Sí, claro, como siempre. Hasta la noche.

—Besos, Quique.

Bueno, pues ya tengo plan para el sábado. Así que paso el resto del día tumbada junto a la piscina, tomando el sol lo justo para dorar un poco la piel, pero sin estropearla. Podría leer un poco o mirar en internet. Antes era una fanática de las redes sociales, colgaba fotos, vídeos y de todo en mis perfiles, sin embargo, creo que ya está tan saturado de gente sin gusto que paso de colgar una foto mía y aparecer junto a un borracho tripero saltando a la piscina. Hay que tener un poquito más de cuidado, por eso he ido dejando de publicar mi estado y como mucho comento alguna que otra cosilla.

Cuando le digo a mi madre que voy a salir con Quique, se le iluminan los ojos. No piensa en otra cosa que en verme casada con él. La ventaja de esto es que puedo dormir fuera de casa sin dar explicaciones, porque a mi amigo lo quieren como a un hijo y me ahorro el sermón sobre tener cuidado. Si ella supiera...

Quique es puntual. Aparece con su deportivo rojo, un impresionante Mercedes AMG-GT. Sí, sé qué coche es porque lo acompañé a comprarlo y oí al vendedor repetir al menos veinte veces el nombre, junto con las bondades de vehículo. Yo escogí el color, un llamativo rojo.

—¿Lista para pasarlo bien? —me pregunta él nada más subirme al coche.

Asiento y nos damos un piquito. Seguro que mi madre está aplaudiendo de emoción.

Quique conduce de forma temeraria, ya estoy acostumbrada, sin embargo, esta noche me parece más peligroso de lo normal. Cierto que el coche viene equipado con no sé cuántas pijadas de seguridad, pero aun así le pido que baje la velocidad.

—No seas petarda —me regaña y vuelve a acelerar.

Lo miro de reojo y comienzo a sospechar. Algo le ocurre y creo saber lo



que es.

—¿Cuánto te has metido?

Me mira sonriendo de forma culpable. No hace falta entrar en detalles, porque nos conocemos.

—Ya sabes que controlo, relájate y disfruta.

No muy convencida, me callo y me agarro al asiento. Menos mal que ya estamos llegando. Aparca en el garaje de un hotel cercano y yo respiro algo más tranquila.

A la vuelta conduciré yo, pese a que con los tacones no siempre resulta sencillo.

—Espera, que cojo el bolso.

—No, déjalo, estamos invitados, no tendrás que pagar nada. Son amigos míos.

Me encojo de hombros y le hago caso, pero antes de cerrar el coche veo que él se guarda un paquetito en el bolsillo del pantalón.

—Quique, joder, no te metas más —le pido hablando muy en serio—. Vas muy acelerado.

No me hace caso y me agarra de la mano para dirigirnos a la fiesta.

Hoy hace un poco de aire y no sé yo si luego de madrugada tendré frío, pues con el top sin mangas que llevo igual me acatarro. Da igual, seguro que enseguida me animo bailando.

La terraza que inauguran está hasta la bandera. No hay un hueco libre, pese a ello, Quique lo consigue. Me deja sola un instante mientras va a pedir. Yo le he advertido que no me traiga nada fuerte, sólo algún combinado rico para ir entonándome poco a poco. Odio ponerme pedo rápidamente, pues acabo vomitando y no lo disfruto.

Mi amigo regresa con algo azul para mí que miro sin mucha confianza. Me anima a probarlo y compruebo que sí, que está buenísimo. De fondo suena música poco o nada apetecible para bailar, así que esperaré a que cambien de estilo.

Charlamos un rato con los dueños, que se acercan a conocerme y antes de que me dé cuenta voy por mi tercera copa y, como ha dicho Quique, sin pagar nada. Si Gema hubiera venido estaría batiendo palmas entusiasmada, sobre todo si viese la carta de cócteles y se fijara en los precios. Como ella diría: aquí saben manejar el boli.

—Voy a mear, ahora vuelvo —dice Quique sin andarse con eufemismos.

También está un poco contentillo después de lo que ha bebido, pero yo le he visto mucho más pedo. Me quedo observando a la concurrencia, al menos llevo un buen rato sin pensar en Gaudi, disfrutando de la noche. Después acabaré en el apartamento de Quique y follaremos.

Un fin de semana como otro cualquiera.

Acabo de caer en la cuenta de que Quique tarda mucho y si bien entiendo que el baño estará hasta los topes, en el de los chicos rara vez hay *overbooking*, por lo que, preocupada, me levanto y voy en su búsqueda. Me asomo con cuidado, no me vayan a confundir, y ni rastro de él.

Mierda, ¿dónde se habrá metido?

Salgo a buscarlo por la sala y de repente me encuentro con el tipo que nunca esperaba volver a ver. Joder con el destino, qué mal ha barajado esta noche las cartas.

—Qué sorpresa —me dice burlón—. ¿Buscas a alguien?

Yo sigo pendiente de encontrar a Quique para poder escabullirme.

—A ti no, desde luego. Aparta —replico y le doy un pequeño empujón para que no limite mi campo de visión.

—Creo saber dónde está —dice, inclinándose hacia mí para decírmelo al oído.

No, otra vez el escalofrío no.

—¿Quién?

—El tipo con el que has venido —añade y eso me deja perpleja, porque, uno, me ha vigilado, y dos, sabe que estoy acompañada.

—¿Y a ti qué te importa?

—Nada —se encoge de hombros—, pero a ti sí debería, porque le están haciendo una mamada en el almacén mientras se pone hasta el culo por la nariz.

—¿Cómo?

Antes de escuchar su respuesta, a buen seguro burlona, salgo escopetada caminando entre la gente como si estuviera poseída. Algunos me miran mal, pero me importa una mierda. Localizo la trastienda y abro la puerta.

—¡Joder! —exclamo y para mi eterno bochorno es cierto, Quique está sentando, con los pantalones a medio muslo, mientras una chica de color se la chupa y él en una mano agita dos billetes de cincuenta y con la otra se rasca la nariz—. ¿Qué coño estás haciendo?

—¡Hostias, Sun, qué susto!

—Oye, que si tu novia quiere mirar es otro precio —dice la mujer.

—Tú chupa y calla —ordena y ella se encoge de hombros antes de volver a meterse en faena.

—Maldita sea, Quique, ¿cuánto te has metido?

—Tranquila, sólo me he puesto a tono —responde tan pancho, como si no hubiera una mujer arrodillada entre sus piernas—, ya verás qué bien lo vamos a pasar después.

—¡Vete a la mierda!

Cierro de un portazo y, echando chispas, salgo al exterior. Maldigo para mis adentros y hasta pataleo. Ya le vale, somos amigos, joder, si quería montárselo con otra sólo tenía que decírmelo y no hacerme pasar este mal rato.

Me abrazo porque siento algo de frío y entonces me doy cuenta de que no tengo mis cosas. El bolso y demás están en el coche de Quique.

—¡Joder, qué semanita llevo! —exclamo a nadie en particular.

—¿Problemas? —pregunta una voz a mi espalda.

—El que faltaba —mascullo, fulminándolo con la mirada.

—Últimamente estás siempre en apuros —comenta guasón.

Inspiro, me cuadro de hombros y lo miro a los ojos. Vale, hoy está bien

guapo. Si en la boda, con aquel esmoquin, era atractivo, ahora, en la versión esport, también.

—Anda, ponte esto que acabarás resfriada —dice ante mi mutismo y me coloca su chaqueta encima.

Hago amago de quitármela de malos modos; sin embargo, él niega con la cabeza.

—Gracias —murmuro, porque esta noche él no tiene la culpa de mis desgracias.

—¿Y qué más puedo hacer por ti? —pregunta y hasta me ha parecido sincero.

—Nada. Voy a ir en busca del gilipollas de mi amigo y le pediré las llaves del coche para volver a casa.

—Si quieres te llevo yo —se ofrece.

Niego con la cabeza.

—Las llaves y demás cosas las tengo en el bolso y como verás... —Abro los brazos para que saque sus propias conclusiones.

—¿Vives sola? —indaga Daniel.

—¿Eso a ti no te importa? —replico un tanto insolente.

Me entrega su teléfono.

—Llama a casa de tus padres —sugiere.

Vuelvo a negar con la cabeza.

—Si me presento a estas horas, sola o, peor aún, acompañada de un desconocido, me espera una buena.

—¿Cuántos años tienes? —inquiérese riéndose.

—Menos que tú, desde luego.

—Oye, no te pongas borde —replica y parece cansado de mis salidas de tono—, sólo te estoy echando una mano. Si te quieres quedar aquí sola hasta que aparezca un taxi, por mí perfecto.

—Vale, lo siento, lo siento —digo abatida.

—Tengo el coche ahí —señala una calle perpendicular.

—¿Y adónde voy yo a estas horas? —me quejo, y él dice muy serio:

—A mi apartamento.

—¿Cómo? ¿Te has vuelto loco? ¿Así ayudas tú a una mujer en apuros, aprovechándote para... para...?

Me detengo ante las risotadas de Daniel.

—Tal como estás no me apetece echarte un polvo —acaba diciendo cuando controla, no mucho, las carcajadas.

Ya sé que pegar está feo, me lo decían de pequeña, sin embargo, le doy un pequeño empujón para que deje de descojonarse a mi costa.

—De acuerdo y espero que tengas una habitación de invitados decente.

Vuelve a reírse y me ofrece el brazo para caminar hasta el coche.

Cuando se detiene junto a un anodino y grisáceo vehículo lo miro y suelto:

—¿Tan poco ganas para tener un triste Skoda Octavia?

—Sube y no me provoques, que te abandono en una gasolinera del polígono para que espabiles —me dice sin rastro de humor y, la verdad, no me apetece provocarle más.

Hago el gesto universal e infantil de cerrarme la boca con una cremallera y me monto.

Qué nohecita llevo.

## Capítulo 7

Durante el trayecto soy consciente de que me mira de reojo. No sé qué se estará imaginando, pero va a ser que no. No pienso acostarme con él. No, ni hablar. Ni muerta. Antes me hago lesbiana. Que no, que voy a ser fuerte. Piensa en Gaudi, piensa en Gaudi, me repito.

—¿Estás hablando sola?

—Cosas mías —murmuro.

Apenas veinte minutos después aparca frente a un edificio más bien corriente, en un barrio en el que no creo haber puesto un pie en mi vida. Podría ser peor me digo.

En el ascensor sigo con el pico cerrado y Daniel tampoco parece tener interés en iniciar una conversación. Mejor, un disgusto que me ahorro.

Abre la puerta y espero a que encienda las luces para no darme de morros con alguna cosa. La primera impresión que tengo de su apartamento es que es pequeño. Estamos en un recibidor que da acceso directo a una cocina abierta.

—¿Vives aquí? —pregunto y él, tras dejar las llaves en un cuenco que hay sobre una encimera negra, me mira sin comprender.

—¿Pensabas que te iba a llevar a una cueva? —dice con humor y abre el frigorífico, del que saca un par de botellines de agua.

—Tanto como eso no, pero esto... —Hago un gesto con la mano señalando la estancia. Puedo ver el salón y poco más—. ¿No es un poco pequeño para vivir?

Se atraganta con el agua.

—¿Consideras ciento veinte metros cuadrados pequeño para una sola persona?

—¿Sólo ciento veinte? —repito extrañada.

—Hay familias de cuatro miembros que viven en la mitad de espacio —me informa y parece molesto por mi comentario, pero ha de entenderlo, sólo mi dormitorio junto con el vestidor y el aseo supera esa superficie.

—Algo he oído.

—Voy a buscarte unas almohadas y algo para dormir más... —me mira de arriba abajo con gesto impertinente antes de rematar—: adecuado.

Bebo un buen trago de agua y espero a que aparezca. Qué raro es todo esto.

Daniel vuelve enseguida con una almohada grande y una manta de cuadros que deja sobre el sofá y después me entrega una camiseta blanca junto con unas zapatillas de esas que regalan en los hoteles. Bueno, me tendré que conformar.

—¿El baño?

Me señala una puerta y hacia allí me encamino, convencida de que esto es sólo una prueba y voy a superarla. Lástima que no tengo el móvil para contárselo a mis amigas. Iban a flipar.

Cierro la puerta corredera del aseo y entonces me doy cuenta con auténtico pavor de que no dispone de pestillo. En fin, me cambiaré rápido. Sin embargo, el alivio me dura más bien poco, pues mi cuerpo decide no colaborar y meterme en otro apuro, uno más vergonzoso aún.

No, no me ha venido la regla, peor aún... ¿Os lo imagináis?

En efecto, tengo que usar el váter, aunque no para un pis rapidito, no, esto es más serio. Trago saliva, miro la puerta sin pestillo. Me voy a saltar una norma básica (no escrita): no se hace caca en la primera visita a la casa de un hombre y, ya puestos, en la de nadie.

A ver, opción A, aguantarme. Descartada. Si fuera media horita, tal vez, pero más no.

Opción B, a la aventura, cruzar los dedos para que no le dé por preguntar qué tal voy.

No me queda otra, así que, para disimular, me acerco a la puerta y abro una

rendija.

—¿Daniel? —lo llamo en voz baja, lo cual es una estupidez, pues estamos solos en casa.

—Dime. —Aparece a medio desvestir, descalzo y bostezando.

Bueno, al menos sé que no tiene ganas de jarana. Y también que le quedan de muerte la camisa abierta y el pantalón vaquero desabotonado.

No, Sun, no, Quieta. Céntrate.

—¿Me podrías prestar una toalla?

—Por supuesto —responde y se marcha tan tranquilo para regresar en menos de un minuto.

—¿Puede ser más grande? —pregunto, porque me ha entregado una de manos—. Es que me gustaría darme una ducha.

Arquea una ceja.

—No me extraña, con la capa de maquillaje que llevas encima —comenta, mientras va en busca de la dichosa toalla.

Me la da en silencio y cierro la puerta. No pretendía pasar por el agua, sin embargo, no me queda otra. Así que hago mis cosas fisiológicas lo más rápido posible y, una vez aliviada (nunca mejor dicho), me meto en la ducha. El piso será pequeño, pero la cabina de ducha es una pasada, grande y con unos cuantos chorros.

Sé que mañana tendré un pelo asqueroso, pues ya pedirle un secador sería abusar, pero pese a ello me deleito bajo el agua, porque de verdad, con la mierda de noche que llevo, es refrescante.

Salgo del baño y me guío por una pequeña luz hasta llegar al salón. A lo mejor el apartamento no es tan pequeño como imaginaba.

—El cuarto de invitados —me indica Daniel con cierto regocijo y señala el sofá donde antes ha dejado la almohada y la manta de cuadros—. Que duermas bien. Buenas noches.

Se da media vuelta y se dirige hacia una puerta del fondo, entreabierta, deduzco que es su dormitorio.



Su aspecto de tipo maduro interesante descamisado lo salva de mi cabreo.

—¿Perdón?

—Yo te habría ofrecido mi cama, pero como eres tan desconfiada...

—Estas de guasa, ¿verdad?

—No. Sólo te diré que la última vez que me quedé dormido en el sofá, me levanté al día siguiente con lumbalgia.

—Eso es porque estás mayor —susurro.

—Te he oído.

Antes de que me dé con la puerta en las narices, voy hasta él y lo sujeto del brazo.

—Oye, no puedo dormir ahí —digo, y Daniel se encoge de hombros liberándose.

—Mira, son las cuatro de la madrugada y, la verdad, estoy un poco hasta las pelotas de tus tonterías. Haz lo que te dé la puta gana, yo me voy a dormir —me suelta y bosteza.

Doy un respingo ante el tono desagradable que utiliza y, como no quiero acabar con la espalda destrozada, lo sigo hasta su habitación. Daniel parece pasar de mí, se quita los pantalones y se mete en la cama. Sólo con los bóxers. Así, con la tontería, he podido darle un buen repaso y, la verdad, está bien bueno. Otra cosa muy diferente es que yo vaya a desviarme del camino. Quiero a Gaudi y eso es lo importante.

Tendré que asumir el mal menor y meterme en la cama con él. Es grande, si tengo cuidado, ni nos rozaremos.

—No te pases ni un pelo—le advierto cuando apaga la luz.

—Vete a paseo —replica y tira de la manta dejándome destapada.

¿Quién es el infantil ahora?

Estoy tan cansada que no me da tiempo ni a replicar.

\* \* \*

Yo tengo una especie de chip interno que me avisa cuando duermo en una cama extraña. También puede ser un mecanismo de defensa ancestral. Imaginaos que alguien se apartaba más de lo prudente de su poblado y, debido al cansancio, dormía una cabezadita. Pues bien, para evitar problemas, el cuerpo te echaba una manita despertándote antes de lo habitual.

Perdonadme por la lección casera de antropología, pero explica muy bien mi reacción.

Y ésa soy yo despertándome en la cama de un hombre del que sólo sé su nombre y del que me quiero librar cuanto antes. Puedo largarme sin más, sin embargo, me doy cuenta de que sería una grosería, al fin y al cabo, la noche anterior se comportó medianamente decente. Tal como prometió, no me tocó, ni un roce, ni una insinuación, nada; hemos dormido juntos, sí, pero nada más.

Y, que no salga de aquí, en el fondo estoy un poco decepcionada. Esperaba..., no sé, que se insinuara, que de forma casual se acercara, algo para poder mandarlo a paseo o, como mucho me temo, sucumbir a la tentación y de ese modo no sentirme culpable.

Así que ahora he de ser educada, levantarme y despedirme de Daniel con un «gracias por todo, volveremos a vernos», no porque tenga intención de hacerlo, sino porque queda bien y además implica cierta picardía, que se haga ilusiones, pero nada más.

Me muevo en la cama, que, por extraño que parezca, tiene unas dimensiones considerables, y me percato de que él no está. Bueno, eso me facilita mucho las cosas. Me incorporo y entonces veo algo que me deja estupefacta.

Sobre la mesilla de noche hay un reloj despertador de los de antes. Sí, de esos que aparecen en las películas de los noventa, negros y con los números verdes.

Y lo que ya me deja perpleja del todo es la hora, ¡son casi las doce del mediodía!

¿Cómo he podido dormir tanto?

¿Por qué ha fallado el mecanismo que me alerta cuando duermo en una cama extraña?

Me dejo caer de espaldas y respiro.

¿Qué me está pasando?

He tocado fondo, me digo, dispuesta a enmendar mis errores. Lo primero, vestirme. Dejé mi ropa... por ahí. Es lo que ocurre cuando dispones de asistenta, no te preocupas de ordenar nada.

Salgo de la cama con la triste camiseta blanca de algodón prestada y mi tanga negro y me fijo en la decoración. Sencilla, práctica, muy actual, algo incongruente con el reloj despertador. Lo curioso es que no hay armarios, toda su ropa está a la vista en estanterías y colgadores, como si fuera una tienda. Podría curiosear, algo que no hice anoche en su aseo. Suficiente bochorno fue tener que hacer mis necesidades.

Levanto la persiana. Tengo que volver a casa, pero antes localizar al gilipollas de Quique para que me devuelva el bolso. Eso implica buscar un teléfono.

Salgo del dormitorio con cautela, camino descalza y entonces lo veo. Está junto a la barra de la cocina, leyendo la prensa con atuendo deportivo. Lleva gafas, lógico, me digo, tiene una edad, pero hay otro aspecto que me llama más la atención.

—Buenos días —dice al verme—. El desayuno está listo.

—No pienso comer eso —gruño, señalando el plato lleno de churros grasientos.

—Tú te lo pierdes —contesta y se encoge de hombros.

—¿Tienes algo de fruta? —pregunto.

—Mira en la nevera.

—Eres un pésimo anfitrión —digo y paso por detrás de él para llegar hasta el frigorífico.

—Depende de cómo se mire —replica con ese tonito tan guasón que me saca de quicio—, porque otras apreciarían el detalle de que me haya

levantado temprano para traerte chocolate y churros.

No respondo. Vale, he sido un poco borde y con decirle «no, gracias» e inventarme algo como que soy intolerante a la lactosa habría bastado.

Abrir una nevera en casa ajena me parece un poco desconsiderado. Sin embargo, es él quién me ha dado permiso, así que lo hago y encuentro naranjas; me prepararé un zumo.

—El exprimidor está en el cajón de abajo —me indica antes de que se lo pregunte, lo que significa que está atento a mis movimientos.

—¿A esto lo llamas exprimidor? —pregunto con un cacharro de plástico color azul en la mano y añadido con malicia—: ¿Dónde lo enchufo?

Daniel niega con la cabeza y cierra el periódico que estaba leyendo. Deja las gafas sobre la encimera y se pone de pie. Entonces, con parsimonia, coge un churro del plato, lo moja en la taza de chocolate y, mirándome fijamente, se acerca hasta ponérmelo ante la boca.

—Come —exige.

Yo aprieto los labios y niego con la cabeza. Me siento igual que una niña pequeña ante un plato de verdura.

—Abre la boca.

Vuelvo a negar con la cabeza y él me acorrala contra el final de la encimera; no puedo salir sin antes quitármelo de encima.

Entonces Daniel le da un buen mordisco al churro pringado de chocolate y gime como si estuviera probando un plato *gourmet*.

—Qué triste tiene que ser tu vida para disfrutar con eso —replico y aprovecha para meterme el maldito churro en la boca.

—Cualquier ocasión es buena para mojar el churruto, ¿no te parece?

Estoy a punto de escupirlo, hacía años que no probaba algo tan dulce. Desterré de la dieta el dulce hace mucho y, maldita sea, qué bueno está.

Daniel se da cuenta y lo unta de nuevo en el chocolate para dármelo. Estoy a punto de llorar. De placer y de frustración al mismo tiempo.

—Disfrútalo —dice con voz ronca.

—No puedo —contesto como si fuera una ventrílocua.

Está tan cerca de mí que me pongo nerviosa. Mucho. Bueno, también me estoy poniendo cachonda con semejante toma y daca que nos traemos entre manos.

—No quiero más —gimo y él se ríe antes de darme otro bocado bien untado en chocolate, tanto que me mancho la camiseta.

—Mentirosa. Abre la boca.

Y así, con la tontería, me termino comiendo un churro entero.

Algo de lo que me voy a arrepentir, estoy segura.

—¿Más? —pregunta con sorna.

Pongo cara de «no, por favor», y Daniel se apiada de mí. Se limpia las manos en mi camiseta y después se inclina, demasiado, para atrapar me el labio inferior con los dientes.

—Daniel... —jadeo, porque noto una mano en mi culo desnudo.

Se aparta y sonrío. Qué engreído es.

—¿Sí?

—Deja de provocarme —le espeto, pero mi voz me traiciona, es evidente que lo estoy deseando.

—De acuerdo —musita antes de besarme.

Y yo, sin voluntad alguna, olvidando al hombre que amo, separo los labios y le doy la bienvenida. Respondo con énfasis y antes de que me dé cuenta estoy metiendo una mano dentro de sus pantalones de deporte.

—¿Hoy no te has tomado la pastillita azul? —lo provoco, pues si bien la tiene dura, todavía, si no recuerdo mal, puede estarlo más.

Se carcajea ante mi pregunta y me da un buen azote en el culo.

—Todavía me quedan fuerzas para follarme a una treintañera peleona.

—¡Eh, eh, eh, que sólo tengo veintinueve! —lo corrijo ofendida echándome hacia atrás, pero sin separarme, pues no me lo permite.

—¿Me tomas el pelo? —replica y es él quien da un paso atrás para mirarme de arriba abajo, tras lo cual frunce el cejo.

No me gusta esto. Estábamos a punto de echar un polvo en la cocina y de repente hemos pasado a discutir. Éste debería ser un aviso de que voy por mal camino, en cambio mi cuerpo reacciona preparándose para sentirlo y, al no ocurrir, me frustró.

Estoy de psiquiatra.

—¿Veintinueve? Anda, no me jodas. Debes de tener treinta y tres o treinta y cuatro como mínimo.

Parpadeo.

—¿Me estás llamando vieja?

—Has empezado tú —me recuerda—. No pasa nada por reconocer tu edad.

—Lo estás arreglando —me quejo—. ¡No he cumplido los treinta, maldita sea, mi cumpleaños es en septiembre, el diez, para ser exactos!

—¿Hablas en serio? ¿Veintinueve? Joder, pues no los aparentas... —dice como si estuviera reflexionando en voz alta—. Será que todos esos potingues que te echas en la cara te hacen mayor.

—¿Potingues? —repito como un loro—. ¡Mis cremas no son potingues!

—Pues cambia de cosméticos —propone sin un ápice de remordimiento, tras lo cual se echa a reír a carcajadas.

—Desde luego, como seductor no tienes precio, a una mujer nunca se le dice que parece mayor —le indico con ironía.

—Y tú tampoco te quedas callada, porque lo de la pastillita azul es sin duda un golpe bajo.

—Sólo ha sido un comentario —contesto y le hago un gesto con el dedo para que se acerque, pero Daniel no obedece a la primera.

—Pues si pretendes follar de manera satisfactoria, ahórratelos.

Y entonces, en vez de situarse entre mis piernas, tira de mí haciéndome dar la vuelta y acabar doblada sobre la encimera con el culo en pompa. Me sube la camiseta, me baja el tanga y me da un azote que me hace aullar, antes de meter la mano entre mis muslos y, sin mucha delicadeza, penetrarme con un dedo.

—Estás muy cachonda, ¿qué puede hacer un tipo mayor por ti? —inquire con maldad sin dejar de acariciarme, lo que por supuesto me excita todavía más.

—Empieza por no burlarte más e ir a buscar los condones.

—¡Joder! ¡Me cago en la puta! Ahora vuelvo, no te muevas ni un centímetro —exige y me deja allí, con el culo expuesto y muy cachonda.

Se aleja raudo para regresar en menos de un minuto. Sobre la encimera, cerca de mi cara para que lo vea bien, deja una tira de preservativos, creo que hay cinco.

—Muy optimista te veo —comento con sorna.

Miro por encima del hombro cómo se baja los pantalones y se enfunda uno con una habilidad que me encanta, porque, no me lo negaréis, el momento condón puede acabar con el erotismo de un plumazo.

—¿Lista?

No me da tiempo a responder, pues embiste a lo brutote hasta quedar bien anclado. Gruñe o algo parecido y yo jadeo. La postura es un poco incómoda, sin embargo, cuando comienza a moverse me olvido de cualquier contratiempo.

Ha debido de poner la directa, porque lleva un ritmo endiablado. Me penetra con fuerza, chocando contra mi trasero mientras desliza una mano por mi espalda hasta llegar a la nuca y obligarme a mantener la cara pegada a la encimera.

—Joder, qué culo más tentador —jadea y me da un buen azote—, la de ideas que se me pasan por la cabeza.

Y, zas, de propina me arrea otro.

—¡No me dejes marcas! —suplico, porque si bien no voy a ir por ahí mostrando el trasero, no quiero que al ponerme un bikini se vea algo sospechoso.

—Y una mierda que no —me contradice, pellizcándome con saña.

No lo puedo negar, y me joroba admitirlo, que su descarado me está poniendo

como una moto. Debería detenerle, decir que ni hablar, que yo no soy de ésas, en cambio sólo me retuerzo con placer, esperando que vuelva a decir o hacer alguna de sus diabluras.

Daniel se inclina todo lo que puede sin dejar de metérmela, para poder susurrarme al oído una nueva retahíla de guarradas. Desde el clásico «joder, como me gusta follarte así» hasta el peligroso «te voy a dar por el culo en cuanto me corra en tu coño».

A ver, no soy nueva en esto, no obstante, tanta sinceridad me resulta desconcertante.

—Deja mi culo en paz —protesto cuando mete un dedo entre la separación de mis nalgas y presiona justo ahí, sí, ahí.

—Ni hablar —afirma y presiona un poco más, frotándomelo con énfasis. Con este ritmo no voy a aguantar ni cinco minutos.

Intento liberarme retorciéndome, pero todo esto no es más que una triste pantomima, porque me encanta, quiero que siga y Daniel, que parece saberlo, me inserta un dedo, haciéndome gritar como una loca antes de correrme.

Cierro los ojos y disfruto de un orgasmo intenso, morboso y difícil de explicar.

Él emite un ronco lamento antes de correrse y soltar:

—Joder, con lo pija que eres, qué bien follas.



## Capítulo 8

—Quédate conmigo a pasar el día...

Es lo que me ha pedido, sin rastro de burla, más bien sincero, cuando se nos ha pasado la euforia sexual.

Yo, que debería largarme, he aceptado tan descabellada propuesta al tiempo que Daniel me preparaba un zumo.

Y ahora, mientras miro adormilada el reloj despertador cutre-vintage, me pregunto cómo es posible que sean casi las seis de la tarde y yo esté desnuda en la cama con un tipo que apenas me gusta, pero con el que he follado..., esperad, que cuento los envoltorios de condón que hay sobre la mesilla, sí, hay dos, más el polvo de la cocina... Una suma sencilla. ¿Qué me está ocurriendo para hacerlo tres veces con Daniel en un mismo día, si me parece el tipo menos apropiado del mundo?

Cambio de postura en la cama. Qué mal de la cabeza estoy, aunque más abajo mi cuerpo no opine lo mismo. Hay zonas en las que jamás pensé que tendría agujetas.

—¿Quieres parar quieta? Contigo es imposible dormir la siesta.

—Cómo se nota que tienes una edad —murmuro, quedándome tumbada boca arriba y cubriéndome los ojos con el brazo para no verle desnudo y acabar perturbada.

Sí, he dicho perturbada, porque a lo mejor cometo una cuarta estupidez.

—No es cuestión de edad, querida —me replica en tono de burla—, sino de un voraz apetito. Joder, me has dejado seco.

No quiero, no debo, reírle las gracias; no obstante, semejante comentario ha tenido gracia, vaya que sí, y acabo descojonándome. Daniel se une a mí.

—Lo dicho —farfallo entre carcajadas—, estás mayor.

—Sun... No me provoques...

—Anda, déjame tu móvil, que he de llamar a Quique para recuperar mi bolso y poder volver a casa.

—¿El mismo Quique que te dejó anoche tirada? —pregunta de forma retórica.

—Deberías estar agradecido, estoy en tu cama y no en la suya —le espeto y Daniel me pasa su teléfono.

Me incorporo y le doy la espalda; algo estúpido, sin embargo, me siento mejor así.

Quique me contesta al cuarto tono.

—¿Quién coño eres y por qué tienes este número?

—Soy yo, Sun. ¿Te acuerdas de mí?

—Ay, joder, Sun, lo siento, me has pillado... ocupado.

—Ya te vale, joder —lo regaño.

Quique se disculpa, a su modo, claro, pues es imaginativo hasta decir basta. Cualquier excusa es buena para montar una fiesta, que, a juzgar por el ruido de fondo, es donde está. Como lo conozco desde hace años, no me cabreo con él. Bueno, sí, es para enfadarme, y mucho, porque en los últimos tiempos se está desfasando más de la cuenta. Tengo que quedar con él a solas y mantener una conversación seria.

Me dice que está en su apartamento, con unos colegas, lo que significa que a su alrededor hay una serie de gorriones bebiendo y lo que sea a cuenta de mi amigo, que es demasiado desprendido. Quedamos en que me paso a recoger las llaves de su deportivo, que aún lo tiene en el parking de anoche. Menos mal, porque tal como iba, al volante era un peligro.

Le devuelvo el teléfono a Daniel y lo miro con cara de «necesito un favor».

—¿Qué ocurre? —pregunta suspicaz.

—Necesito que me lleves a un sitio...

—¿En la mierda de mi coche? —pregunta y con razón.

Debería haberme callado cuando lo vi.

—Sí, por favor.

En vez de negarse, suspira y se levanta de la cama mostrándome una perspectiva interesante de toda su retaguardia. Entonces me fijo en que en la nalga izquierda tiene una ¿mancha? No, joder, es un tatuaje. Vaya con el profesor universitario.

No distingo bien qué es, parece un símbolo oriental. Mejor no pregunto, que a lo mejor se tuercen las cosas y me quedo sin taxista.

Comienza a vestirse. Lo veo todo, porque tras las estanterías hay un espacio libre. Elige unos pantalones cortos de estampado militar y una camiseta básica negra. Vale, seguro que no es de marca, pero el conjunto le sienta de muerte.

—¿A qué esperas? —pregunta, sacándome de mis pensamientos.

Por extraño que parezca, me cuesta abandonar la cama. Un pensamiento que no compartiré con Daniel, ya que podría aprovecharlo para martirizarme sin piedad. Empiezo a conocerlo y sé que le gusta mucho tocarme la moral.

Sin pedirle permiso, le birlo una camisa blanca, me la pongo y me la anudo en la cintura. No voy a salir a estas horas con el top de fiesta de anoche. Por suerte, la minifalda negra combina con todo. Me subo a los tacones y abandono el dormitorio. Daniel me está esperando junto a la encimera, con las llaves del coche (tartana) en la mano. Arquea una ceja al verme con su camisa, aunque no dice nada.

El trayecto hasta la casa de Quique es rápido y silencioso. Daniel conduce relajado y yo no tengo nada que decir. Mejor así. Esto ha de ser una despedida. Me guste o no.

—Espérame aquí, no tardo nada —le pido cuando apaga el motor.

Subo al ático de Quique y, antes de llamar al timbre, ya oigo el jolgorio que ha formado dentro. Maldita sea, no me apetece entrar y parecer una aguafiestas.

Llamó y tardan bastante en abrirme, espero que Daniel no se canse de

esperar y me deje tirada. Cuando por fin lo hacen, aparece una chica en ropa interior, con una copa en la mano y los ojos rojos.

—La fiesta está completa. Vuelve otro día —me suelta impertinente e intenta darme con la puerta en las narices, pero yo la empujo y me meto dentro.

Conozco perfectamente la distribución del ático y, de no ser así, el ruido de la música me llevaría a donde está la acción. Vaya panorama que me encuentro.

En la gran terraza acristalada hay dos chicas montándose sin tener en cuenta a nadie más. Un hombre las mira con ganas de unirse a ellas y otro se masturba. Quique, tirado en el sofá del fondo, toquetea a una rubia que parece estar tan colocada como él. En la mesa hay restos de la fiesta y si sólo fueran botellas vacías no me preocuparía tanto.

—¿Qué coño estás haciendo? —le grito, pero mi amigo está tan puesto que le cuesta reconocerme. Parpadea y me mira con cara bobalicona.

—Oye, no seas una cortarrollos —me espeta la rubia.

—¡Vete a la mierda! —replico y no le suelto un bofetón de milagro.

—Sun, joder, no te pases —farfulla Quique.

—Mira, porque tengo prisa, que si no... Dame las malditas llaves del coche.

—¿Le vas a dejar a esta... pedorra las llaves de tu Mercedes y a mí no?

—Aparta —dice con desprecio Quique, quitándose la de encima—. No vas a tocar mi coche.

Sigo a mi amigo hasta su dormitorio. Allí pongo los ojos en blanco, pues en la cama hay dos tipos follándose a la misma mujer. Creo que a uno lo conozco, pero es difícil acordarse de qué.

—Pasa de ellos —me pide Quique y me entrega las llaves—. Mañana paso a buscarlo por tu casa.

—Oye, tenemos que hablar —le digo, sujetándole la muñeca para que me mire—. No puedes seguir de esta manera.

—Joder, pareces mi madre. Antes no eras así —me recrimina.

Antes de acabar discutiendo, y puesto que nada voy a conseguir en su estado, me despido con un beso en la mejilla.

Encuentro a Daniel sentado fuera del coche, sobre el capó, cruzado de brazos en una actitud relajada. No sé si me mira a mí, pues al llevar las gafas de sol es imposible saberlo. Yo en su lugar desde luego estaría impaciente, lo que me hace reflexionar. ¿Es su carácter o es que con la edad uno se vuelve más tranquilo?

—Lista —le digo y él, no sé si con recochineo o por educación, me abre la puerta del copiloto. Prefiero pensar que es por la segunda razón.

Me lleva al garaje del hotel. Ha llegado la hora de la despedida. ¿Le doy un beso rápido en los labios y listo? ¿Le suelto la frase tópica de ya nos veremos? Qué dilema.

—Gracias por traerme —digo y me siento idiota en el acto.

—De nada.

Momento estúpido e incómodo donde los haya, los dos sentados en el coche. Lo miro de reojo. Parece ajeno a la situación, no lo veo inquieto o molesto y menos aún cuando se baja del coche para de nuevo ocuparse de mí.

—Habrá que despedirse como es debido —murmura y se quita las gafas de sol al tiempo que me acorrala contra la carrocería.

No espero a que haga nada, soy yo la que le rodea el cuello con un brazo y lo besa como si estuviéramos en un aeropuerto a punto de separarnos durante mucho tiempo. Él me besa sujetándome de las caderas, pero no con el ímpetu ni el descaro de otras veces. Y es además el primero en romper el contacto.

—Ya nos veremos —dice de manera desapasionada.

De acuerdo, no tengo por qué darle más vueltas y me alejo caminando sin mirar atrás. Ahora mi objetivo es buscar el coche. Lo importante es volver a casa.

Arranco el Mercedes y maniobro con cuidado. Como Quique utiliza este garaje con asiduidad, tienen registrada la matrícula, por lo que no he de pasar por caja y enseguida enfilo la rampa de salida.

Para mi sorpresa y, no lo niego, también placer, veo que Daniel sigue sentado en su coche. Me detengo un instante a su lado y bajo la ventanilla.

—¿Algún problema? —le pregunto.

—No, ninguno —responde seco, incluso me atrevería a decir que desagradable.

Vuelve a ponerse las gafas de sol, arranca y maniobra para marcharse.

No sé qué mosca le ha picado así de repente. Da igual. No es mi problema.

Cuando llego por fin a casa, miento sin problema a mis padres diciéndoles que he dormido en casa de Quique; además, traerme su coche me respalda.

Una vez en mi habitación, duchada y en teoría relajada, me paro a pensar en qué demonios estoy haciendo con mi vida. Este despiste con Daniel ha estado bien, pero ha de acabarse. Al final se va a enterar mi familia y, lo que es peor, llegará a oídos de Gaudi y, siendo ellos amigos, pueden surgir problemas.

Y el que en verdad los tiene es Quique. Está descontrolado. He de buscar el momento idóneo para quedar con él y hablar. A este paso va a ocurrir algo serio y me sentiré culpable por no haberlo evitado.

Les envío un mensaje a mis amigas. Ellas me hacen un sinfín de preguntas y yo, por primera vez, no soy sincera del todo; desvío la conversación hacia Quique, omitiendo la noche y el día (no hay que olvidar el día) que he pasado con Daniel, y ambas, que conocen a Quique, se muestran igual de afectadas que yo. Por lo que acordamos hacer un frente común para estar con él. A Mapi se le ha ocurrido, con muy buen criterio, organizar una «fiesta» a la que sólo iremos nosotras, de ese modo Quique no podrá escaquearse.

Algo más animada, bajo a cenar con mis padres y me encuentro a los recién casados. Acaban de volver de su viaje de novios, uno de los dos que van a hacer, ya que, según Juanjo, no puede cogerse tantos días seguidos de vacaciones.

Nos saludamos como corresponde, pero no me apetece escuchar los pormenores, así que enseguida busco una excusa para regresar a mi cuarto. Me tumbo en la cama y miro la camisa blanca que le he birlado a Daniel. Una

prenda sencilla, no es de diseñador, aunque la confección es de calidad. Pero ¿es que estoy tonta? ¿Qué hago con la camisa en las manos cual colegiala enamoradiza? La dejo a un lado, mañana pediré a la asistenta que la lave, la planche y se la envíe a su dueño.

Ahora quiero centrarme en lo importante. Mañana iré a la oficina de Gaudi, se acabó desviarse del camino. Cierro los ojos y pienso en él y así consigo dormir, confiando en que ocupe mis sueños.

\* \* \*

No tan descansada como hubiera querido, pues he dormido a trompicones, me levanto con ganas de avanzar en la conquista de Gaudi. Pese a la poca atención que presté durante la cena, me enteré de que él también ha regresado de vacaciones, por lo tanto, está claro cuál es mi siguiente paso.

Con la excusa de comentarle algo a Juanjo sobre los agradecimientos de su boda que aún están pendientes y que él quiere hacer personalmente, me presento a media mañana en las oficinas de maskotadeluxe.com. Ocupan la entreplanta de un edificio más bien modesto. Cuando empezaron no podían costear un alquiler elevado y ahora que ya han despegado no les apetece hacer la mudanza y siguen aquí.

Sólo tienen a una empleada fija, Menchu. Una señora de cincuenta y cinco años que es un amor. Lo digo en serio, parece más una madre que una secretaria y tanto Gaudi como Juanjo la quieren a rabiar. Es de esas secretarias de las de toda la vida, que mecanografían a la velocidad del rayo mientras te cuentan el último cotilleo.

—¡Qué alegría verte, Sun! —exclama nada más verme aparecer.

Se pone en pie, dejando su trabajo, para darme dos sonoros besos. Si se tratara de otra persona no me dejaría, pero con Menchu sí.

—Te veo estupenda —le digo con una sonrisa, porque está muy guapa.

—Tú sí que lo estás —me responde con cariño—. ¿Y qué te trae por aquí?

—Vengo a ver a Juanjo —miento con un pelín de remordimiento, pero he de hacerlo.

—Está con Gaudi en su despacho —me informa—. A ver si acaban, que me quiero bajar a la cafetería a tomarme algo, estoy muerta de hambre. No sé cómo hacéis las chicas de ahora para no comer.

Nada más oír eso a mí se me enciende la bombilla y digo:

—¿Y por qué no vas ahora? No parece haber mucho lío y, si quieres, puedo cubrirte un rato. No tengo nada mejor que hacer.

Sólo conquistar al hombre de mi vida.

—¿De verdad?

—Claro que sí; no es justo que esos dos te tengan como a una esclava. Si se les ocurre decir algo, se van a enterar —afirmo, y Menchu ya está cogiendo su bolso.

—Eres un encanto, Sun. —Me da otros dos sonoros besos.

—Y tómate tu tiempo, no es bueno comer con prisas, que luego las digestiones son más difíciles y se engorda más.

—¡Cuánta razón tienes! No me extraña que me cueste tanto quitarme estos kilos que tengo a plazo fijo. Gracias, mi niña.

Se marcha contenta y me deja a mí sola en la oficina. Primer paso de la operación reconquista completado. Vamos a por el siguiente: deshacerme de Juanjo.

Camino despacio hasta la puerta del despacho de Gaudi y reconozco la voz de mi hermano. Estoy a punto de irrumpir, cuando Juanjo dice:

—Ya sabes cómo es Sun, no se lo tengas en cuenta...



## Capítulo 9

¿De qué está hablando mi hermano?

Me quedo junto a la puerta, porque a lo mejor resulta más productivo escuchar a escondidas. Vale, de acuerdo, es infantil. No me pongáis esa cara, de estar en mi pellejo seguro que haríais lo mismo.

—Es que de un tiempo a esta parte se ha vuelto más insistente —comenta Gaudi, y sé que se refiere a mí—. Menos sutil, joder. Ya no sé qué más decir para que desista.

Oh, mierda, ¿le estoy agobiando?

Veamos la parte positiva, eso quiere decir que sí, que se fija en mí.

—Ya sé que la tratas como si fuera tu propia hermana.

A mí me lo vas a decir. Ya tengo un hermano, no necesito más.

—Me incomoda, la verdad —añade Gaudi.

—Ten paciencia, ya verás como se le pasa.

No sé si es adecuado que Juanjo esté al tanto, aunque tiene toda la lógica, ya que son amigos y se lo cuentan todo. Veamos de nuevo el lado positivo, por lo menos mi hermano no le ha prohibido que se acerque a mí, eso quiere decir que, cuando por fin Gaudi se dé cuenta de que soy la mujer de su vida, tendremos a Juanjo de nuestro lado.

—Eso pensaba yo —murmura el hombre de mi vida—. En tu boda fue..., joder, más descarada que nunca. Allí, delante de todo el mundo. No sabía ni dónde meterme.

¡Será idiota, encima de que todo el numerito lo hago por él!

A veces los hombres, o mejor dicho, casi siempre, son ciegos y estúpidos.

—Escucha, Sun tiene una especie de fijación contigo, lo sé, ya me di cuenta

hace tiempo. Y sí, es un tanto pueril de su parte, pues debería haberse dado cuenta de que nunca le demuestras interés más allá del imprescindible, pero te aseguro que no lo hace con malicia.

—No sé, no sé. Hay ocasiones en las que me he visto en un aprieto ante sus insinuaciones.

—Intentaré hablar con ella; ya verás cómo encuentra a otro y se olvida de ti.

—Yo pensaba que salía con ese amigo suyo.

—¿Quique? —dice mi hermano—. No, sólo tontean. Se conocen desde chavales y, si quieres que te sea sincero, no me gusta nada para ella.

—A mí tampoco, es un niño —lo secunda Gaudi y la esperanza vuelve a renacer.

Por sus palabras deduzco que está al tanto de mis movimientos y que se preocupa. Bueno, es una base, no la ideal, pero sí adecuada.

—En el fondo deberías sentirte halagado, mi hermana no es una cualquiera.

Gracias, Juanjo, pienso con cariño. A veces es el hermano petardo, pero otras es un amor.

—Y me siento halagado. Sun es increíble, sin embargo, ya sabes quién es la mujer que me roba el sueño.

Parece tan triste al decirlo...

¿Quién será?

Ay, que también sufre por un amor no correspondido. Eso significa que tenemos otro punto en común.

—¿Qué, husmeando?

Doy un bote ante el tono burlón, y por desgracia conocido, que ha dicho eso.

Estaba tan concentrada escuchando la conversación que no he percibido su llegada. Maldita sea, justo tenía que ser Daniel el que me pillara y encima sonrío de forma perversa.

—No estaba...

Me calla poniendo un dedo sobre mis labios lo que me induce a hilar otro pensamiento, uno muy peligroso, ¿cuánto ha oído él?

No puedo pasar por alto su aspecto. Hoy tan cuidado y elegante. Con ese traje azul marino, clásico y actual a la vez. Sin corbata, los dos primeros botones de la camisa desabrochados. Y esas gafas de sol que cuelgan del ojal... ¿no os parece la imagen perfecta para derretirse incluso en invierno?

No debería contaros esto, que a lo mejor os animáis con la descripción de Daniel. Sí, está perfecto y encima hoy su pelo parece más claro de lo habitual y lo lleva peinado hacia atrás.

¡Joder, la que se está animando soy yo al no dejar de mirarlo!

No, Sun, me digo, a ti no te gusta. Ha sido un pasatiempo, nada más. Deja que otras lo disfruten.

—Como espía eres malísima —se burla.

—Chis, baja la voz, ¿quieres?

—Qué feo es esto que haces —añade, pasándose por el forro mi sugerencia de hablar en voz baja.

—He pensado en hablar con Sun —dice entonces Gaudi, y ambos lo oímos perfectamente.

Mierda, ya podrían haber cambiado de tema.

Miro a Daniel, que sigue esbozando esa sonrisita tan cabrona y, para que no suelte algo, le tapo la boca con la mano.

—He de explicarle que entre nosotros no puede haber nada —prosigue Gaudi.

—Será lo mejor —dice Juanjo.

—Confío en no tener que ser desagradable con ella. Ahora bien, si no me queda más remedio...

No voy a llorar, no, ni hablar. Todas sabemos que para tener el amor verdadero hay que sufrir. En mi caso, sinceramente, creo haber cubierto el cupo de obstáculos, pero de nuevo me niego a caer en el pesimismo. Quiere

hablar conmigo, eso implica hacerlo a solas y una oportunidad única para convencerlo de que yo soy la mujer que necesita.

Para evitar una situación incómoda o que Daniel me ponga en evidencia, de lo que es muy capaz, salgo escopetada de la oficina y bajo los escalones de dos en dos. No tengo tiempo de esperar el ascensor, además, es una entreplanta. Y justo cuando voy a poner un pie en la calle, alguien me agarra de la muñeca y tira de mí hacia dentro.

—Eh, tranquila, que no se lo contaré a nadie —dice Daniel, aunque no le creo.

Acaba de obtener de forma inesperada una información muy valiosa para tocarme la moral.

Muevo el pie con la idea de darle un buen pisotón, no obstante, creo que ya empieza a conocerme y se aparta rápido, aunque sin soltarme del todo.

—¿Puedes quitarme las manos de encima? Tengo un poco de prisa —le espeto con insolencia.

—Ni hablar, joder, estate quieta —dice, ocultando a duras penas su regocijo por tenerme en sus manos—. Acabo de saber algo de lo más interesante...

—¿Me vas a chantajear?

—Por supuesto —afirma sin un ápice de vergüenza; lo que yo me temía.

—¡Eres un...! —Me quedo sin acabar la frase, porque aprovecha la ley de la ventaja y me empotra contra la pared donde están los buzones y me besa. Sí, me besa de esa forma que él sabe, y yo, como una imbécil, le doy la bienvenida y hasta gimo en su boca cuando me agarra del culo para mantenerme bien sujeta.

Y continúa provocándome, avasallando mi boca sin darme un respiro, hasta tenerme jadeante y con ganas de arrancarle la ropa. Juega con la lengua, me muerde el labio, primero con fuerza para después ser más suave.

Oigo un zumbido, no muy lejos y Daniel se aparta tan jadeante como yo. Gime, no sé si frustrado ante la interrupción, y se aparta.

Entonces caigo en la cuenta de que me estaba enrollando con él en un portal. ¡Cielo santo, como haría Gema!

Entra una vecina y nos mira a ambos. Creo que sospecha. Genial, seguro que mi sonrojo confirma su teoría.

—Buenos días —la saluda Daniel, desplegando todo su encanto. No recuerdo haberlo visto tan servicial, porque hasta le abre la puerta del ascensor, lo que hace que la mujer sonría complacida ante sus galanterías.

—¡Aparta! —exclamo cuando, una vez solos, intenta volver a la carga—. Tus encantos de seductor de extrarradio te los metes por...

Otro beso, éste más agresivo que el anterior. Me tiemblan las piernas. Si se le ocurre meterme mano, quedará en evidencia.

Por suerte se aparta y yo trago saliva. Tengo que salir de aquí. Lo sé, un comportamiento cobarde e inmaduro.

—Ey, ey, ey, no te escapes, bonita. —Detiene por segunda vez mi intento de huida—. Te estaba chantajeando, ¿recuerdas?

—Me estabas besando —lo corrijo altanera y por su sonrisa deduzco que no he debido decir eso.

—Sé lo que estaba haciendo —arguye y me agarra la mano para colocármela sobre su bragueta.

A este paso voy a cometer una estupidez, como montármelo con un tío que, insisto, no me gusta, y en el portal donde están las oficinas de la empresa de mi hermano y el hombre de mi vida y, para más inri, a media mañana.

¿Hay algún psicólogo en la sala?

Recupero la mano, no voy a sobarlo por encima del pantalón, por muy tentador que resulte dejarlo empalmado.

—A raíz de los últimos descubrimientos sobre la señorita Peralta —dice rezumando sarcasmo, por lo que me veo obligada a corregirlo:

—Peralta de la Merced.

—Que por lo visto está coladita por el mejor amigo de su hermano — prosigue en el mismo tono— y que, mira por dónde, también es amigo mío...

—¿Y?

—Que si fueras un poco más inteligente, te darías cuenta de que Gaudi no te conviene —dice, ahora más serio.

Desconfío, ¿cómo no hacerlo? Aunque una cosa sí es cierta, son amigos, se conocen, comparten información...

—Créeme, es un tipo estupendo, pero no para ti. Sé de lo que hablo —añade.

—Gracias por tu desinteresada opinión. ¿Algo más? —le espeto con una petulancia que hasta a mí me resulta insoportable—. Y deja de meterte en mi vida.

—El fin de semana pasado no recuerdo que te quejaras tanto cuando me «metía» en tu vida.

Pongo los ojos en blanco ante un chiste tan malo.

—Todas cometemos errores —alego en mi defensa, consciente, vaya que sí, porque siento el mismo cosquilleo entre las piernas, de que miento como una bellaca.

—En fin, señorita Peralta de la Merced, tengo una proposición para usted. Por motivos personales, tengo que salir de viaje a ocuparme de una propiedad de mi familia. Yo te ayudo con tu amor imposible, pese a ser una idea nefasta, y tú pasas el fin de semana conmigo.

Me tiende la mano como si estuviésemos cerrando un trato de negocios y yo sigo desconfiando.

—No me convence... Seguro que ocultas algo.

—Puede, pero según he comprobado, tienes escasas o nulas posibilidades de éxito con Gaudioso.

—Gaudi —lo corrijo, de nuevo altanera.

—Yo lo conozco y, dependiendo de tu predisposición, podría serte útil —me dice sin la menor consideración hacia mis sentimientos.

—Eres un oportunista —lo acuso.

—Se llama ley de la oferta y la demanda.

—Deja tus lecciones a un lado y di que quieres volver a acostarte conmigo.

—Joder, pues claro, no lo niego —admite Daniel sin ambages, lo cual no sé si es bueno—. Ya te lo dije, eres una pija que folla estupendamente, así que mientras me diviertas...

—Vaya, gracias —farfullo un poquito tocada en mi orgullo, porque si además de decir que follo bien hubiera añadido que soy guapa e inteligente, la cosa estaría mejor.

—Di que sí —me apremia.

—¿Y tú qué sacas de todo esto?

—El placer de tu compañía —responde serio y no me fío; menos aún cuando me coge la mano al más puro estilo peliculero y me la besa, con reverencia y todo—. Nada más.

—Sí... claro...

—Lo mires por donde lo mires, sales ganando. Pasas unos días en la playa conmigo, descansando...

—Me temo que tu idea no es descansar —digo y por su sonrisa deduzco que voy bien encaminada, aunque, y esto que no salga de aquí, no iría a ningún sitio con él sólo para descansar, ya me entendéis.

—También puedes pensar en cómo seducir a tu *gran amor*.

Lo de gran amor lo ha soltado con demasiado recochineo.

—Me lo pensaré —murmuro, pues no he de descartar ninguna posibilidad.

—Decídate pronto, me voy el viernes después de comer.

—No seas impaciente, a una dama no se la presiona.

—No veo a ninguna dama por aquí, sólo a una mujer que miente más que habla, porque estoy seguro de que si meto una mano dentro de tus bragas comprobaré mi teoría —dice bajando la voz hasta hacerla sonar provocativa y acercándose de nuevo para atormentarme.

Y no, no me toca. Se limita a coger sus gafas de sol, colocárselas y dar media vuelta. Vaya numerito de seductor barato. Para mi desconsuelo y vuestro descojone, ha funcionado.

Inspiro, sola en el portal. Vuelvo a inspirar, pues pienso que Daniel se habrá marchado con un calentón de mil demonios y a mí me ha dejado muy cachonda, demasiado para mi paz mental.

Y así me encuentra un rato después Menchu, que regresa de desayunar sonriente y que al verme allí solita se pone en modo madre amorosa y me lleva a la cafetería.

Una vez allí, sin que nadie me obligue, después de pedirme un té le digo al camarero que me lo cambie por un chocolate con churros.

Como dice siempre mi tía Avelina: de perdidos al río.

Pero soy egoísta y no quiero ir al río sola, así que convoco un gabinete de crisis. Por suerte, mis dos amigas están disponibles y quedamos después de comer en casa de Gema.

—Entonces, ¿voy o no voy? —les pregunto, después de haberles hecho un resumen de lo ocurrido esta mañana, empezando por la conversación que he escuchado a hurtadillas y terminando por el magreo del portal.

Mapi tuerce el gesto.

—No.

Gema asiente.

—Sí.

—¿En qué quedamos? —pregunto—. Así no sois de ayuda.

Estamos las tres en bikini, bajo un enorme parasol. La piscina está a nuestra disposición, sin embargo, preferimos hablar fuera, tranquilas, a ver si entre las tres nos decidimos.

—¿A ti qué te pide el cuerpo? —inquire Gema, siempre práctica.

—No es cuestión de lo que me pida el cuerpo, sino de actuar con sensatez.

Nos callamos porque vemos venir a la madre de Gema con una bandeja.

—Tomad, chicas, un refrigerio.

—Gracias —decimos Mapi y yo.

Cuando se marcha, Mapi le explica a Gema, sin mala intención:

—Dile a tu madre que queda feo que ella sirva la bandeja. A ver, es un



detalle, pero debería hacerlo la asistenta.

Comentario que suscribo palabra por palabra.

—Lo sé —suspira Gema, para nada ofendida por la apreciación, es más, agradece que se la hagamos y nos lo explica—: Sin embargo, le es muy difícil acostumbrarse a estar ociosa. Antes se levantaba pronto, se iba a trabajar, se ocupaba de la casa, de nosotros... No tenía tiempo ni para respirar y de repente mi padre empezó a ganar dinero y ella dejó el empleo y después poco a poco se ha encontrado con demasiado tiempo libre que no sabe cómo ocupar.

—Bueno, volvamos a lo que hablábamos —tercia Mapi.

Yo, que no sé en qué estoy pensando, cojo una galletita salada del bol, algo que no hago nunca.

—No me fio de las intenciones de Daniel —les recuerdo y pillo otra galletita. No están tan malas como pensaba.

—Vale, imagina que vas a la zapatería el primer día de rebajas a comprar esos zapatos que has visto unas cuantas veces al pasar por delante del escaparate —dice Gema—. Son ideales y los necesitas, tienes un evento al que no puedes faltar y debes ir perfecta, todo nuevo.

—Yo no voy a las rebajas —la interrumpo.

—Yo tampoco, pero deja que continúe —me pide Mapi.

—Cuando entras en la tienda, la dependienta te dice que ya no queda tu número, que se ha agotado y si quieres esos zapatos tendrás que esperar a que los repongan. Llevas mucho ahorrando para comprarlos, tienes el dinero en el bolso, ¿qué hacer?

—Ir a otra tienda —respondo convencida.

—No puedes, sólo los venden en ésta. Son exclusivos, ¿recuerdas?

—Vale —farfullo sin entender adónde quiere ir a parar.

—Te compras otros —responde Mapi por mí.

—¡Exacto! Daniel es el par de zapatos de rebajas, esos que te compras para no volver con las manos vacías a casa, aunque sabes que, en cuanto estén disponibles, irás a por los que querías comprar al principio.

—Gema, eres una filósofa —aplauo.

—¿Y si luego resulta que ya no quiere los primeros zapatos y se queda con los rebajados?

—¡Eso no va a pasar! —asevero, alarmada ante semejante despropósito.

—Pues entonces tienes mi bendición —canturrea Mapi y Gema añade:

—Y la mía.

—Ahora sólo me queda solventar otro pequeño escollo.

—¿Hacer la maleta? —propone Gema.

—Conseguir el número de teléfono de Daniel —respondo no sin cierta vergüenza.

—¿Te has acostado con él en su casa y ahora me vienes con ésas? —me regaña Mapi.

—Es que entre una cosa y otra, se me pasó —me disculpo.

—Comprensible —murmura Gema.

—Me temo que no te queda otra opción, llama a tu hermano y pídele el número.

—¿Y qué excusa le pongo?

—Yo que sé, dile que te han llamado desde el hotel donde se celebró la boda, que han encontrado su DNI en la habitación.

—¿Y por qué no se han puesto en contacto con él directamente?

—Joder, eso da igual —se enfada Gema—. Tú hazlo.

## Capítulo 10

—Deberíamos haber venido en mi coche —digo, cuando apenas llevamos veinte minutos en carretera.

—Sí, ya sé que el tuyo es más nuevo, tiene más potencia, es más bonito y blablablá, pero yo prefiero conducir el mío. Fin de la conversación.

No insisto, pues ya hemos tenido otro roce a costa de ir a buscarme. Daniel insistía en pasar por mi casa, sin embargo, yo me he inventado mil excusas, a cada cual más peregrina, para evitarlo, porque no quiero que mis padres me vean con él, ya que supuestamente me he ido con Gema a su pueblo. No le ha hecho mucha gracia, pero siempre es mejor que decirles la verdad.

—¿Puedo poner música? —pregunto mientras trasteo con el móvil para conectarlo al coche.

—Sí, en la guantera tienes un estuche de cedés.

—¿Cómo dices?

Por lo visto el coche no dispone de conectividad y no puedo recurrir a una de mis listas de reproducción. Abro la guantera y sí, en efecto, me encuentro una antigualla.

Daniel me mira un segundo antes de reírse. Estira la mano, pulsa un botón de la consola central y aparece un cedé.

—Elige lo que quieras —me dice, y yo empiezo a revisar la música disponible.

No me suena nada, debe de ser música antigua o de esa rara que sólo escuchan los puretas o los viejos.

Vale, hoy Daniel ha venido en plan turista inglés (con sandalias, pero sin calcetines). Pantalones negros cortos con bolsillos a los lados, camiseta gris

de aspecto usado y sus gafas de sol. He estado tentada de pedirle que en vez de ir por la autovía buscase una carretera secundaria para poder montárnoslo en el asiento de atrás.

Mejor me concentro en elegir la música. Como no conozco a ningún grupo, saco uno al azar y leo en voz alta:

—Radio Futura. ¿Y éstos quiénes son?

—Joder, qué poquita cultura musical —se queja—. Anda, ponlo y disfruta.

Obedezco, convencida de que no me va a gustar.

Treinta kilómetros más tarde se me escapa una lagrimilla al escuchar una canción.

—*Annabel Lee*—leo en la carátula—. Qué bonita, por favor.

Durante el resto del viaje, unas tres horas, me da una clase magistral sobre, según él, la edad de oro del pop español. Hay grupos que no me convencen, aunque reconozco que estoy descubriendo canciones estupendas. Cada vez que encuentro una que me emociona, la busco en itunes y la descargo.

Poco a poco vamos recorriendo el camino y, cuando por fin llegamos, empieza a oscurecer. Daniel aparca junto a una de esas urbanizaciones que hicieron ricos a tipos como el padre de Gema. Casas junto a la costa, apiñadas, todas iguales, para obreros ahorradores. Por supuesto, no comparto este pensamiento con él para que no se mosquee.

Me ayuda a subir la maleta grande, que pesa lo suyo, por la escalera, un primero sin ascensor. Daniel sólo ha traído un trolley pequeño.

El apartamento es como me temía, pequeño y cutre. Como un viaje a los noventa. Muebles de pino teñido, sofá de pana y cocina de formica beige. Un horror. Sonrío y pongo buena cara.

Daniel lo deja todo en el único dormitorio, donde, menos mal que a oscuras, podré soportarlo.

Mientras él se encarga de abrir ventanas, encender luces y dar el agua y el gas, yo me quedo de pie sin saber qué hacer. No estoy acostumbrada a este tipo de escapadas, y no me refiero al hecho de ir acompañada de un hombre,

sino a estar en una casa de dimensiones tan reducidas, y donde no hay asistenta.

¿Qué? No me miréis mal, es lógico. Toda mi vida he crecido rodeada de lujos y esto es como un descenso a los infiernos.

Espero que merezca la pena haberme comprado unos «zapatos de rebajas».

Menos mal que desde la ventana se ve el mar y entra una brisa estupenda, porque los ventiladores del techo no refrescan casi nada.

—Es tarde, ya no nos da tiempo a ir al supermercado —dice él, acercándose hasta mí. Me rodea la cintura con un brazo. Es el primer contacto que tenemos desde que me he subido a su coche.

—¿Pretendes que cocine? —pregunto, yo que no sé ni hervir agua.

—No quiero morir envenenado, mejor no te acerques a la cocina —bromea—. Conozco un restaurante aquí cerca.

Así que nos vamos caminando hasta ese «maravilloso» lugar que resulta ser una marisquería con manteles a cuadros azules, ahí queda eso. El local está abarrotado, pero Daniel debe de ser cliente VIP, porque en menos de cinco minutos nos dan mesa.

—¿Se han decidido ya? —pregunta el camarero.

He leído la carta tres veces y no he encontrado nada que me guste. No como marisco, por eso de la contaminación del mar.

Daniel me sugiere que pidamos una bandeja de marisco para compartir y yo niego con la cabeza. Mal empezamos.

—¿Tiene algún plato vegetariano? —le pregunto al camarero, que me mira como si fuera una extraterrestre.

—No tiene gracia —me dice Daniel, incómodo, porque aquí lo conocen—. Danos un minuto —le pide al camarero y me mira serio para advertirme—. Haz el favor de no montar el numerito.

—No me gusta el marisco.

—Joder... —masculla enfadado—, mira que eres pija.

—Si quiere podemos prepararle, como a los niños, unas pechugas de pollo

a la plancha —tercia el camarero y creo que me está vacilando.

—Perfecto —dice Daniel y le devuelve las cartas.

—Pero sin aceite, por favor —pido, antes de que se vaya.

Apenas pruebo bocado, el pollo está nadando en aceite y disimulo como puedo, mientras Daniel come en silencio. Tampoco parece que tenga mucho apetito, supongo que está cabreado. Al menos compruebo que sus modales en la mesa son impecables.

El regreso al apartamento es tenso, a diferencia de la ida, cuando me ha cogido de la mano, sí, lo ha hecho y yo se lo he permitido. No significa lo que estáis pensando, sólo ha sido un gesto educado, nada más. No empecéis a sacar conclusiones precipitadas. En fin, ¿por dónde iba? Ah, sí, estamos de regreso a casa, caminamos uno al lado del otro, callados. Presiento una noche tensa.

—Voy a darme una ducha —dice nada más entrar en el apartamento.

Reconozco que no he estado muy fina, pero ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Comer algo que no me gusta? En fin, a ver si con un poco de suerte consigo que se le pase el cabreo. Puedo hacerlo de dos formas, meterme con él en la ducha, tópico y efectivo, o ser más original.

En la maleta llevo de todo, incluida lencería espectacular, pero me doy cuenta de que tampoco surtirá efecto. Con Daniel hay que ser más inteligente. Sí, es un hombre y reaccionará a determinados estímulos, pero no quiero hacer lo evidente.

Me quito toda la ropa, enciendo el ventilador y apago las luces. Salgo a la miniterraza y me quedo ahí, confiando en que a estas horas la mayoría de los vecinos estén en la cama y no les dé por salir a fumar a la ventana.

—¿Qué haces ahí? —me pregunta y me doy la vuelta despacio, apoyándome en la barandilla, que me parece un poco endeble, pero no quiero arruinar la escena comprobando la fijación—. ¡Joder! Estás desnuda.

Primer paso conseguido, impresionarle. Veamos a ver qué sucede ahora.

¿Se va?

—¿Daniel? —murmuro, preocupada por si mi numerito no funciona.

—Espera un momento, necesito una banda sonora para esto —responde y yo suspiro aliviada.

Enseguida se oye música, no muy alta.

—¿Has puesto una canción de viejos? —pregunto al reconocer la melodía, porque en todos los eventos a los que voy suena *Fly Me to the Moon*.

—Jamás vuelvas a hablar así de Sinatra —me advierte cuando de nuevo se queda frente a mí.

—Como se nota que tienes una edad —lo pincho.

Daniel se quita la toalla que le rodea las caderas y la manda a paseo.

—Cuando acabe la canción, no volverás a pensar igual.

Sonríó en la oscuridad y le hago un gesto con el dedo para que se acerque. Pero él niega con la cabeza, pidiéndome que sea yo la que vaya a su encuentro.

No me muevo ni un centímetro.

—Hoy hay luna, nos van a ver —me dice y de un salto me reúno con él, que me recibe con los brazos abiertos y las manos muy largas, pues me sujeta del culo—. Y tengo intención de comerte de arriba abajo.

—Si insistes... —lo provoco, y ambos nos reímos.

Buena señal.

Puede que el sofá sea espantoso, sin embargo, siento la tapicería en mi culo cuando me tumba allí y se me echa encima.

—¿Ya no estás enfadado? —susurro entre beso y beso.

—Follando a lo mejor se me pasa —responde y se mueve hasta poder atrapar un pezón con la boca. Primero chupa con fuerza, humedeciéndolo para después soplar.

Echo los brazos hacia atrás, cierro los ojos y jadeo cuando se vuelve más expeditivo.

La música empieza a gustarme, vaya que sí, cuando siento su aliento en el abdomen. Juega con la lengua en mi ombligo y hasta mordisquea la zona.

Me agarra de un tobillo para levantarme la pierna y que la apoye en el

respaldo.

—Te quiero bien abierta —musita.

Hace calor y aun así siento un escalofrío. Agarra un cojín y lo tira al suelo. Acto seguido, se arrodilla y me alza la otra pierna, posándola sobre su hombro.

Cojo aire, él tatarea la canción, mientras utiliza un dedo para recorrer cada pliegue. Estoy muy mojada y al sentir su contacto se me eriza la piel de todo el cuerpo.

—Estate quieta —exige, y de verdad que lo intento, pero fracaso, pues cada vez que siento su lengua en contacto con mi sexo, doy un respingo.

Mira que he estado con tipos más o menos espabilados, con Quique a la cabeza, no obstante, intuyo que Daniel va a proclamarse campeón, porque no es sólo su habilidad, que la tiene, sino las pausas que hace para susurrar alguna ordinariez de las suyas, tipo: «Comerte el coño es el mejor postre». Sigue agarrándome el culo y amasándomelo sin piedad. Sus dedos acariciándome dentro y fuera. El ventilador ronroneando y aliviando muy poco la calentura que tengo y además la profunda voz de Sinatra...

—Daniel —jadeo—, oh, joder, Daniel

—Aguanta un poquito más —ordena y estira el brazo para pellizcarme un pezón.

Yo le agarro de la muñeca y me llevo su mano a la boca para chuparle uno a uno los dedos con los que me ha estado masturbando.

Eso lo pone como una moto y se vuelve más voraz si cabe. Gime sin apartarse de mi sexo, lo que me produce un cosquilleo impresionante, hasta que arqueo todo el cuerpo y me corro entre gemidos de lo más escandalosos.

Sí, definitivamente, Daniel ha ganado el primer premio en sexo oral.

Y sí, a partir de ahora, cuando escuche *Fly Me to the Moon*, me excitaré sin remedio.

—¿Todo bien? —me pregunta tumbándose encima.

No respondo, me limito a buscar su boca y besarlo.



Sé que a muchas les da repelús besar a un tío después de que te haya comido el coño, no es mi caso, y por supuesto a ellos les encanta, algo que Daniel demuestra metiéndome la lengua hasta el fondo, igual que lo ha hecho entre mis piernas.

—Ahora te toca compensarme —musita juguetón y sí, estoy dispuesta a chupársela sin condiciones.

Tira de mí para incorporarme y me indica que me suba a horcajadas.

—¿No quieres que yo...? —dejo caer la pregunta humedeciéndome los labios.

—No, ya sé que la chupas de puta madre, pero prefiero que me montes.

—Entonces ve a por los condones —le recuerdo.

—Mecagoenlosputoscondones —dice de corrido y me aparto para que pueda ir a buscarlos a la maleta.

Me quedo un segundo esperando y entonces sonrío de manera pícara. Me levanto para ir con él. Lo encuentro en el baño, hurgando en su bolsa de aseo, y le doy un buen azote en el culo. Hummm, que no se me olvide preguntarle qué significa ese tatuaje que lleva en la nalga.

—Vamos, que me enfrío —lo provoco.

—Qué cabrona eres —dice cuando se da la vuelta con un par de preservativos en la mano.

Echo a correr, pero me atrapa junto a la cama, haciéndome un placaje digno de un jugador de rugby.

Vuelvo a besarlo, parece que no me canso nunca y, a pesar de que está empalmado, aguanta el tirón cuando lo normal en los tíos es que se vuelvan locos por meterla, en especial si antes te han comido el coño.

—Vas a flipar —le digo.

Me lo quito de encima y le pido que se siente.

—Qué cabrona y qué buena estás —me piropea.

—Te lo voy a poner con la boca.

Arquea una ceja.

Sí, yo pensaría lo mismo, que es difícil y arriesgado, pues se puede romper, no obstante, Daniel desconoce que esto en particular me sale de vicio.

Me arrodillo entre sus piernas y se las separo en plan dominatrix. Su corazón va a mil por hora, como su respiración. Entonces tiene un gesto de esos tiernos y me aparta el pelo de la cara.

—No quiero perderme ni un detalle —susurra.

Antes de ponerle el condón, le chupo la polla para dejársela bien lubricada. Daniel jadea y alza las caderas, una reacción previsible, teniendo en cuenta lo excitado que está.

Después me pongo el condón aún sin estirar en la boca, sujetando la punta entre los labios y, despacio, para que lo disfrute, para que se quede anonadado, me voy inclinando hasta lograr cubrirle el glande. Lo consigo a la primera.

—Joder, joder, joder —masculla.

En este punto me detengo. Utilizo una mano para acariciarle los testículos y estar preparada cuando desenrolle el condón y fijarlo bien.

Utilizando tan sólo los labios, me las ingenio para que se estire el látex, enfundádoselo poco a poco hasta llegar a la base y de paso demostrarle que puedo metérmela hasta el fondo sin arcadas.

—No sé dónde has aprendido a hacer algo así, pero felicidades. Eres la hostia —dice con la respiración entrecortada, porque ha estado atento.

—Lo sé —replico orgullosa.

—Y ahora sube, quiero que me folles bien —pide.

Me pongo en pie dispuesta a montarlo, le doy un beso rápido en los labios y de nuevo lo dejo sin palabras cuando me vuelvo para darle la espalda y sentarme sobre él. En vez de permitir que me penetre, me froto contra su erección como si fuera una bailarina erótica.

—Deja que te la meta de una vez —grazna impaciente, sujetándome de las caderas para ver si en un despiste entra.

Juego con él, lo provoco con movimientos de lo más morbosos. Él protesta,

como es lógico, pero de nada va a servirle. Canturreo, alzo los brazos y me levanto el pelo para después dejármelo caer de manera sensual por la espalda. Daniel, entiendo que cansado de esperar, me da un tirón.

—Pija, deja de provocarme —exige, y reconozco que me encanta ese tono tan suplicante.

Metó la mano entre mis muslos, le agarro la polla y se la sujeto para dejarme caer de golpe sobre ella, consiguiendo que él gimiera bien alto.

Echo los brazos hacia atrás y me reclino contra su cuerpo. Daniel me rodea la cintura con un brazo para sujetarme y con la otra me agarra una teta, que comienza a tocar con ganas y brusquedad.

—Fóllame, Sun, como tú sabes —jadea.

Muevo las caderas, describiendo círculos, como en las clases de pilates. Siento una mano internarse entre mis piernas y, siguiendo el ritmo, me frota el clítoris, consiguiendo que de nuevo me acerque al orgasmo.

Por cómo me estruja el pecho y me acaricia entre las piernas, es evidente que Daniel está tan desesperado por correrse como yo. Siento su respiración en la nuca, sus jadeos y su tensión. Acelero, me muevo de manera descoordinada, lo sé, sin embargo, en estos casos, tal como estamos, ya poco importa.

La música sigue sonando desde el salón, no tengo ni la más remota idea de cuál es la canción. Con las prisas, el juego del aquí te pillo y el placaje final se nos ha olvidado encender el ventilador. Estoy empapada de sudor, él también, pero no nos separamos ni un milímetro.

—Voy a correrme, Sun, ya no aguanto más —gruñe, embistiendo como puede desde abajo.

Resopla, me muerde en el hombro, yo no bajo el ritmo. Él tampoco, hasta que emite un extraño jadeo que se parece a un lamento y se corre, arrastrándome a mí con él.

Literalmente.

Pues se deja caer hacia atrás conmigo encima.

Sin dejar de abrazarme.

Bueno, y sin dejar de agarrarme una teta.

## Capítulo 11

Me despierto porque una mano está acariciándome la espalda y el culo. Lo hace de forma lenta, casi perezosa, por lo que no tiene que ser necesariamente sexual.

Pese a mis temores, he dormido mejor de lo que esperaba, me siento bien y relajada. No me apetece mover ni un músculo y por eso dejo que Daniel me siga tocando a su antojo.

—¿Ya estás en el mundo de los vivos? —susurra y me añade un par de besos en el hombro.

—No —musito.

Daniel se ríe.

—Pues me temo que si quieres comer hoy, hay que levantarse pronto —dice y frunzo el cejo.

—No te sigo —digo, lamentando que ya no me toque.

—Como eres tan pija y especial, no se te puede llevar a cualquier sitio, así que he pensado pasar por el mercadillo y comprar productos frescos.

—¿Mercadillo? —repito horrorizada y me doy media vuelta para mirarlo a la cara y comprobar que, en efecto, no se trata de una broma de mal gusto.

A ver, yo sí he ido alguna vez a un mercadillo, pero a uno con estilo, alguno de referencia internacional. No al que mucho me temo que será uno de pueblo.

—Sí, señorita Peralta. ¿Sabes lo que es? —se guasea y me da una palmada en el culo.

—Peralta de la Merced —puntualizo.

—Oh, sí, qué despiste el mío —se burla.

—Y deja mi culo en paz —protesto.

—Hasta que no me lo folle, no voy a parar —comenta.

Arqueo una ceja,

—Estábamos hablando de mercadillos, no de culos.

—El tema lo has sacado tú —aduce juguetón y hasta levanta las manos como si fuera inocente.

—Muy bien, hablemos de culos. ¿Qué significa ese tatuaje que llevas?

Se encoge de hombros.

—Yo qué sé.

—Espera, date la vuelta.

Obedece y me lo muestra al detalle. Aprovecho para coger el móvil y hacer una foto, de esa forma podré investigar.

—Dime que lo vas a poner de fondo de pantalla. —Se descojona nada más decirlo.

Yo a lo mío, a buscar por internet a la espera de encontrar el significado. No resulta sencillo y menos con Daniel tumbado a mi lado molestando. Y cuando digo molestando es ahora te hago cosquillas, ahora te sobo un poco y ahora te besuqueo otro poco.

—¡Estate quieto!

—¿Algún resultado? —inquieta, mientras me da mordisquitos en el muslo.

—Sí, ya lo he encontrado —miento, logrando que se aparte, sin duda no esperaba que lo encontrara. Bien, toquémosle un poco la moral.

—Hay tres posibles significados —comienzo en plan misterioso—, el primero... —otra pausa para mantenerle atento—, puede significar «eunuco».

Daniel achica la mirada. Es una afrenta directa a su virilidad, que por otro lado yo sé de primera mano que no tiene pega alguna, pero oye, ¿a que es divertido chingarlos un poco? No me lo neguéis, todas lo hacemos. Y el primer punto de ataque siempre es el mismo, los tíos llevan bastante mal las bromas referentes a su hombría.

—En otra web dice que significa «eyaculador precoz» —prosigo mi parloteo sin la menor consideración.

Se queda quieto y callado, de costado, apoyado en un codo.

Me da que está planeando su venganza.

—Y por último también dicen aquí que es la marca de los hombres afeminados. Date la vuelta, déjame verlo mejor.

—Eunuco, eyaculador precoz y afeminado... Humm, interesante combinación.

—¿Con cuál te quedas tú? —me pregunta, y estoy muy segura de que responda lo que responda me va a castigar, porque ese tono bajo y ronco no presagia nada bueno.

—Creo que voy a seguir buscando —digo, y me quita el móvil.

—Abre las piernas —exige, y niego con la cabeza—. Ahora.

—No, ni hablar, necesito un descanso; me van a salir agujetas.

Daniel se echa a reír.

—Me voy a la ducha —comento mientras me levanto y lo señalo con un dedo, porque sonrío como un idiota, ahí, tumbado en la cama con un principio de erección que mira por dónde se va a desperdiciar—. Y no me sigas.

\* \* \*

Hora y media después estoy que no puedo dar ni medio paso. Daniel me ha advertido que me pusiera calzado cómodo y yo he escogido unas sandalias de medio tacón de piel que me han machacado los pies. Voy a remolque, intentando disimular, pero creo que voy a coger un taxi para regresar al apartamento.

—¿Qué ocurre? —pregunta y se detiene, lo que hace que choque con su espalda.

—Nada, ¿por qué?

—Caminas como si fueras borracha. —Entonces mira hacia abajo y se fija en mis sandalias y no porque sean monísimas—. Joder, espera.

Caminamos despacio hasta que ve el primer puesto de calzado y se pone a

hablar con el vendedor. Miro con horror el género, todo *made in China*, seguro.

—¿Qué número calzas, guapa? —pregunta el vendedor.

Daniel, no sé cómo, lo sabe y responde por mí y entonces ponen ante mi vista unas alpargatas, sí, de esas que llevan suela de cáñamo y las costuras sobre la tela a la vista.

—Toma —me dice, tratándome como si fuera una cría idiota—. Yo invito.

Paga las zapatillas, tampoco se ha estirado mucho, le han costado cinco euros, y espera a que me cambie con una bolsa abierta para guardar mis sandalias de diseño.

—Esto no te lo perdonaré jamás —farfullo cuando comienzo a andar de nuevo.

Pero a los tres minutos me doy cuenta de que puedo hacerlo sin que nada me roce y que no son tan incómodas como pensaba. Dejad de reiros a mi costa, ¿de acuerdo?

—Y ahora, si no tienes inconveniente, vamos a comprar fruta y verdura fresca, que aquí la venden los productores directamente.

—¿Sin pasar por un registro sanitario?

Daniel se quita un instante esas gafas que le sientan de maravilla, pese a no ser de marca, y me mira con infinita paciencia.

—A ver, señorita Peralta... de la Merced, si tan defensora de la comida sana eres, apreciarás que aquí vendan su propia cosecha —dice y añade en plan instructivo—: Sin haber pasado antes por almacenes donde se utilizan productos químicos para evitar insectos, sin lavados industriales con abrillantadores y sin apenas manipulación ni envasado.

—¿Ah, sí? —murmuro al darme cuenta.

—Y sin pagar una fortuna en una tienda de productos ecológicos —añade, pese a ser muy consciente de que para mí eso no es problema.

Parece mentira, pero regresamos a casa cargados de fruta, verdura y hasta pan artesanal. Yo no pienso cocinar, claro, así que me limito a quedarme en el



taburete de la cocina, sentada con una copa de agua y una rodaja de lima, mientras Daniel se encarga de todo. En ese momento empiezo a notar una especie de picor en la espalda y los hombros. Él sigue a lo suyo, por lo que me voy a al baño para mirarme en el espejo y, al verme, pego un grito escalofriante.

—¿Estás bien? —pregunta Daniel con una mano en el corazón, ha venido *ipso facto*.

—¡No! —lloriqueo—. ¡Mira esto!

Le muestro la espalda, en la que se aprecian las marcas que me ha dejado el vestidito de tirantes que he llevado esta mañana.

—No me jodas, Sun. ¿Has chillado porque te ha dado el sol?

—¡Sí! —lloriqueo de nuevo—. Cuido mi piel cada día y esto es horrible.

—No me lo puedo creer... —gruñe y se da media vuelta.

—¡Espera! ¿Tienes *after sun*?

— *After* pollas es lo que tengo. Échate un poco de crema y listo —sentencia y me deja sola.

Yo no he traído ninguna crema apropiada, así que me toca ir a la farmacia, pero no tengo ni idea de dónde hay una. Así que vuelvo a la cocina y le pido por favor que me acompañe, ya que tengo la piel muy sensible y me pueden quedar marcas irreparables.

Armado de paciencia, apaga el fuego en el que estaba cocinando las verduras salteadas y se limpia las manos.

—Vamos, antes de que me arrepienta.

Llegamos a la farmacia en apenas quince minutos de coche y entro alarmada en busca de la dependienta, a la que le explico mi gran problema. Daniel se queda junto al mostrador y cruza los brazos.

La farmacéutica me muestra dos productos. Un *after sun* normal, el que más vende, en envase económico, y otro especial, con ingredientes naturales, sin parabenos, en un tarro de apenas 25 mililitros y, claro, me decido con rapidez.

—¿Cuánto ha dicho que cuesta? —pregunta Daniel cuando saco mi tarjeta

de crédito.

—Ciento veinte euros —repite la vendedora.

—No me jodas, ¿te vas a gastar ciento veinte euros en una mierda de crema? Anda, compra la otra.

—Ni hablar —me obstino.

Empezamos a ser el centro de atención, ya hay cuatro personas esperando, así que le pido a la chica que me cobre y punto.

—Espere un momento —interrumpe de nuevo él.

—No te pongas quisquilloso —digo entre dientes—. Me la voy a comprar y no hay más que hablar. Yo no utilizo cualquier producto.

—¿Cuáles son los condones más caros que tiene? —pregunta Daniel con recochineo y la farmacéutica se aclara la voz.

—Éstos —responde, mostrándole un envase de cuatro unidades y que cuestan quince euros.

No me parecen nada caros.

—No vaya a ser, que, aquí la señorita, tenga alguna reacción alérgica al látex de toda la vida y se nos ponga mala —añade él, dejándome en evidencia.

—Éstos también son de látex, caballero —explica la chica.

—Trae. Yo invito —mascullo, cogiendo también los condones caros, porque es verdad, hasta ahora no me había parado a pensar en la calidad de los preservativos—. Cóbreme, por favor.

Al salir de la farmacia, oigo las risitas de los otros clientes y fulmino con la mirada a Daniel, que sonrío como un tonto por haberme dejado en ridículo.

—A lo mejor ni los estrenas —le suelto orgullosa, refiriéndome a los condones.

—A lo mejor no los necesito —me espeta y vuelve a reírse.

\* \* \*

A pesar de todos los choques, logramos disfrutar de una comida casera.

Daniel lo hace todo, yo me limito a mirarlo. Las verduras salteadas con queso de cabra y gulas estaban para morirse de gusto. El sabor era muy diferente de lo que estoy acostumbrada, lo que me ha llevado a una interesante reflexión. O bien el de la tienda de productos ecológicos engaña a la asistenta cuando hace el pedido o bien ésta se pasa por el forro mis indicaciones y lo compra todo en el supermercado, quita el plástico y punto. Haré las averiguaciones pertinentes cuando vuelva a casa.

Y, pese a sus protestas, Daniel se ha decidido a darme la crema por toda la zona afectada. Ha sido efectiva al cien por cien, por mucho que se haya reído este idiota de mí. Pienso usarla a partir de ahora cada vez que tome el sol.

¿El precio? Un detalle sin importancia.

Hace calor y propone que nos echemos una siesta. Eso significa que quiere usar los condones nuevos. Pues para mi sorpresa, no es así, porque nos tumbamos, desnudos, bajamos las persianas y yo cierro los ojos. Ni siquiera me toca, ni yo a él. Sólo se oye el débil zumbido del ventilador del techo. Poco a poco voy cayendo en un sueño profundo. Algo que jamás pensé que haría.

Y con una sensación de relajación total, tanto o más que la que consigo en mis exclusivas clases de yoga, me despierto unas dos horas más tarde. Aún no ha anochecido. Miro de reojo a Daniel, que está apoyado en el cabecero de la cama, con las gafas de leer, hojeando un periódico al tiempo que garabatea en un bloc de notas.

Me dedica una mirada que no sé interpretar y vuelve a concentrarse en la lectura. Lo dejo solo en la cama y me voy al cuarto de baño. Cierro el pestillo, qué suerte, y me ocupo de mis cositas. Sí, eso que hace todo el mundo en privado y que jamás se menciona en público y menos una señorita como yo. Porque, por mucho que os empeñéis, me sigo sintiendo incómoda, aunque haya un pestillo de por medio, ya que no estoy en mi casa. ¿A que me comprendéis ahora?

Cuando salgo del baño, Daniel continúa concentrado en su lectura, así que

busco una camisola veraniega y me voy a la cocina, donde, a base de esfuerzo, consigo prepararme un té que he comprado en un puesto del mercadillo; no muy convencida. Como no encuentro ningún edulcorante en los armarios y el azúcar no es viable, me lo tomo así, al natural, en la terraza, disfrutando de las vistas, porque el apartamento será minúsculo, pero al menos se ve el mar.

Después cotilleo un poco, que ayer no tuve la oportunidad. En el mueble del salón, además de un televisor prehistórico, hay un montón de fotos sin orden concreto. Me acerco para verlas bien y cuál no es mi sorpresa cuando veo a Daniel, mucho más joven, junto a dos chicas morenas que se agarran a él y sonríen sacando la lengua. Hay otra en la que está vestido de ¡militar! Con el uniforme completo, junto a una pareja que, por cómo miran a la cámara orgullosos, deduzco que son sus padres. Sigo en plan cotilla y no puedo evitar sonreír al ver otra foto en la que lleva el birrete de graduación. Así, a ojo, debe de ser de cuando acabó la carrera, también posando con la pareja de antes.

Oigo unos pasos y miro un instante para ver a Daniel acercarse, sólo con los bóxers, caminando despacio. Se queda a una distancia prudencial y me observa. Está guapísimo, con su pelo claro despeinado y las gafas de lectura. Tanto como para caer de rodillas.

—¿Husmeando otra vez?

—¿Éste eres tú? —pregunto, señalando la foto con el uniforme.

—Pues sí, hice la mili, por obligación, claro. Ése fue el día que me licencié —explica.

—¿Hiciste la mili?

—Como todo hijo de vecino de mi generación —dice encogiéndose de hombros.

—¿Ves como eres viejo? —lo provooco, porque puede parecer una tontería, pero me lleva más de doce años—. ¿Estas chicas tan monas quiénes son? ¿Antiguas novias?

—Mis hermanas.

Frunzo el cejo.

—¿Me tomas el pelo? No se parecen nada a ti.

—En realidad son hermanastras —aclara y por cómo lo ha dicho intuyo que detrás hay una historia familiar.

Me fijo en las fotos en las que supuestamente están sus padres, entre las dos chicas y ellos sí existen rasgos comunes, pero con Daniel ninguno.

—¿Te apetece que vayamos a dar un paseo por la playa, ahora que ya no hay peligro de que pilles una insolación? —pregunta cambiando de tercio, porque, como suponía, no quiere hablar de su familia.

—Muy gracioso —replico ante su tonito burlón.

—¿Te apetece o no?

Asiento y me termino el té, que por cierto está riquísimo. Tengo que enterarme de qué marca es para comprarlo. Nos vestimos en la habitación, como si compartiéramos dormitorio cada día. Al terminar yo me voy al aseo con mi bolsa de maquillaje y él me la quita de las manos.

—No necesitas toda esa mierda, Sun —dice y me ha parecido tan sincero que, en vez de protestar, me he encogido de hombros.

Antes de salir me ha hecho una revisión completa. El vestido corto veraniego de tirantes y falda de vuelo lo ha aprobado, sin embargo, los zapatos a juego no y me ha obligado a ponerme las zapatillas de cáñamo que me ha comprado esta mañana.

He protestado, por supuesto, el vestido es de Gucci, lo mismo que el calzado, pero me ha convencido cuando me ha dicho que al caminar por la arena se me pueden estropear.

## Capítulo 12

Llevamos caminando por la playa algo más de una hora. Falta poco para que empiece a anochecer y apenas queda ya gente. Algún que otro despistado y parejitas de la mano. Daniel y yo no nos tocamos, él va con las manos en los bolsillos de su pantalón militar y yo sujetando el chal que he cogido en el último momento por si refrescaba.

Me resulta extraño, siendo como soy, caminar así, sin un rumbo fijo, pero he de reconocer que relaja bastante y te hace pensar. Me doy cuenta, no sin cierta perplejidad, que llevo más de veinticuatro horas sin acordarme de Gaudi. Algo insólito, pues no hay día que pase en el que no imagine nuestra vida en común. En la familia que formaremos, porque somos jóvenes y, tras darnos un tiempo para nosotros, tendremos hijos.

Este último pensamiento me hace recordar la extraña conversación que he mantenido con Daniel y sus no menos extrañas explicaciones sobre sus hermanas. Las ha llamado hermanastras y, si bien no lo ha dicho con rencor u odio, sí me ha parecido percibir cierto matiz.

—¿En qué piensas? —me pregunta de repente, sacándome de mis elucubraciones.

—Puedes negarte a contestar si quieres, pero antes, en el apartamento, has dicho «hermanastras» y además es innegable que no te pareces a ellas. —Hago una pausa y pregunto lo primero que se me viene a la cabeza—: ¿Eres adoptado?

Arquea una ceja y después niega con la cabeza.

—No —murmura y entiendo que a lo mejor es un poco pronto para entrar en intimidades familiares, sin embargo, dice—: El tipo de las fotos no es mi

padre biológico.

—Ah, vale —contesto y no hago más preguntas.

Daniel se detiene y me mira.

—Verás... —se pasa una mano por el pelo, supongo que buscando las palabras adecuadas—, mi madre trabajaba de camarera, como para muchas, era la única forma de salir del pueblo y, bueno, aunque tenía novio formal y todo eso, un día conoció a un tipo... Ella dice que era un turista inglés, pero tampoco me importa. Supo que se había quedado embarazada y volvió al pueblo, se casó con su prometido y éste me dio sus apellidos. Luego nacieron mis hermanas y todos tan felices.

—No tenías por qué contármelo —murmuro y no sé si abrazarlo, acariciarle la mejilla o no hacer nada.

—Por si te lo preguntas, no hubo traumas ni nada por el estilo. A todos los efectos fue mi padre y nunca me echó nada en cara. Si me lo contaron, fue por razones lógicas —dice señalando su cabello claro.

—¿Has dicho «fue»?

—Sí, murió el año pasado, de cáncer. Por eso ahora mi madre, con la pensión que tiene, no puede mantener el apartamento, y yo he venido a echarle un vistazo, hacer unas fotos y ponerlo a la venta. Es una pena, porque se esforzaron mucho para comprarlo y aquí pasamos muchos veranos. Mis hermanas no quieren quedárselo y yo tampoco.

Podría hacer un comentario sobre lo fea que es la propiedad y lo que les va a costar venderla, no obstante, me parece fuera de lugar.

—¿Los cinco en ese apartamento?

Daniel sonríe.

—Joder, pues claro —admite con cierta nostalgia—. Mis padres en la habitación principal, mis hermanas en el sofá cama y yo en una cama plegable en la terraza.

Parpadeo, porque sólo de imaginármelo me pongo de los nervios.

—Vaya vacaciones más... pintorescas —digo sin mala intención.

—Ya lo creo...

Retomamos el paseo y, como se nos ha hecho tarde, optamos por buscar un restaurante. Yo no conozco la zona, así que tengo que fiarme de él.

—¿Vamos a un chino? —propone y al ver mi cara termina descojonándose—. Tenías que haberte visto tu cara de horror.

Al final el chino resulta ser un japonés muy cuco y muy minimalista.

Aquí no tengo problemas y cuando me preguntan qué deseo, elijo con rapidez, pues adoro la gastronomía japonesa, incluso le doy una pequeña lección a Daniel de cómo apañarse con los palillos, a lo que él en voz baja me dice:

—Espero que tengas más habilidades ocultas de *geisha* con las que sorprenderme.

Ambos sabemos que no se refiere a cómo me manejo con los palillos.

A la hora de pagar, saco mi American Express, aunque a él no le hace mucha gracia, pero, y he aquí una lección básica: de vez en cuando hay que pagar algo. ¿Por qué? Muy simple. Porque a los tíos hay que dejarles claro desde el principio que, uno, dispones de recursos propios y por tanto no eres una muerta de hambre y, dos, si te invitan a cenar se pueden hacer una idea equivocada, es decir, que piensen que luego, en agradecimiento, te vas a acostar con ellos.

De acuerdo, Daniel seguro que conoce mi situación financiera y ya me he acostado con él, pero conviene recordarlo.

—Nos toca dar un buen paseo de regreso a casa —comenta al salir del restaurante.

Le señalo las zapatillas de cáñamo y me encojo de hombros.

No se lo digáis a nadie: mis pies van divinamente.

De nuevo se instala el silencio entre nosotros, sin embargo, no resulta incómodo y caminamos un buen trecho por la orilla de la playa. No recuerdo la última vez que hice algo tan sencillo. Siempre que voy a la costa, bien sea con la familia o con mis amigas, nos alojamos en complejos turísticos. Playas



privadas en las que puedes pasear, aunque te limitas a tomar el sol en una tumbona, a exhibirte y a beber lo que te sirven los innumerables camareros que pululan alrededor de los clientes para que no tengan que mover ni un dedo.

—¿Te apetece tomar una copa? —me pregunta Daniel cuando pasamos por delante de un pub que tiene una zona de mesas sobre la arena.

—No tomo alcohol, ni te imaginas las calorías que tiene —respondo, y él niega con la cabeza.

—Anda, no des por el saco y siéntate —dice agarrándome de la mano y llevándome hasta una zona donde sólo unos pequeños farolillos de papel dan un poco la luz, creando un ambiente íntimo.

Nos sentamos en un banco, uno al lado del otro, y cuando el camarero se acerca, Daniel pide por los dos, advirtiéndome con la mirada que no abra el pico; sin embargo, yo pregunto si tienen cerveza *light*, ganándome la desaprobación del camarero, que toma nota con disgusto.

—Siempre tienes que dar la nota —me regaña cuando ya estamos servidos —. Cerveza *light*, qué crimen.

—Déjame en paz —replico.

No soy de tomar cerveza, y menos directamente del botellín, pero en los últimos tiempos estoy haciendo cosas muy extrañas. Supongo que dentro de unos años lo recordaré como una especie de aprendizaje. Incluso se lo contaré a mis amigos, en una cena elegante, y nos reiremos todos.

—Sólo tú eres capaz de hacer algo semejante —añade, y paso de él.

Se está estupendamente y no tengo ganas de discutir.

Daniel parece comprenderlo y se limita a tomar su cerveza sentado a mi lado. Sólo se oye el murmullo de las conversaciones de los clientes y el sonido del mar. Cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal?

—No —respondo, y oigo su risa muy cerca.

—¿De qué color tienes el pelo?

Abro un ojo, lo miro y vuelvo a cerrarlo.

—¿Importa? Pero ya que lo preguntas, es de un tono soso, nada llamativo, castaño oscuro. Insulso como él solo —digo, porque no me importa que lo sepa, total no va a verlo nunca—. Ahora me toca a mí preguntar. Dime qué significa el tatuaje.

—Ni puta idea —contesta guasón—. Fue en la universidad, perdí una apuesta y la otra parte eligió el dibujo y la zona. Yo me emborraché para no enterarme de nada.

—Yo siempre he querido hacerme uno —comento—, pero, como soy una médica, no me he atrevido. Veo una aguja y echo a correr. ¿Por qué te crees que tengo este pecho?

—¿Qué les pasa a tus tetas? Yo las veo estupendas.

—Son pequeñas, una noventa, copa B. Una birria —confieso y se ríe entre dientes—. Siempre he querido hacerme un aumento de pecho, ponerme una delantera impresionante. Incluso llegué a ir a la consulta del mejor cirujano plástico. Estaba todo listo para operarme y en el último momento me eché atrás.

—Bien hecho —afirma y me besa.

Me sorprende que lo haga despacio, nada que ver con los besos expeditivos que suele darme. Ahora noto la diferencia en ese aspecto, pero sigue siguiendo igual de contundente, pues me enciende.

Amparados por la escasa iluminación, nos damos el lote en un pub a pie de playa. Me siento igual que una adolescente que se besa por primera vez, excepto por una salvedad, yo sé qué puede ocurrir a continuación si seguimos besuqueándonos.

Daniel suelta una palabrota y se aparta.

—¿Qué pasa?

—Putos móviles.

¿Qué le pasa a éste ahora?, pienso.

—Yo no he oído nada.

—Antes podías llevarte a una chica a la playa, darte el lote y acabar

follando en la arena. Te podía ver alguien, sí, aunque no immortalizaba el momento, pero ahora, con las malditas cámaras de los móviles, no puedo meterte mano como quisiera —me explica refunfuñando.

Me echo a reír a carcajadas.

—Como se nota que tienes una edad —bromeo, y él arquea una ceja, por lo que añado—: Aun así, te conservas estupendamente.

—Muy graciosa.

Se acaba la cerveza y se pone en pie. Me tiende la mano. Hace ya un buen rato que suena música y en directo. Algunas parejas están bailando. Así que acepto su invitación y miro a mi alrededor, creo que soy la más joven.

—¿Me has traído a un sitio de viejos? —pregunto, aunque no me molesta, porque me resulta muy agradable estar aquí, sin música atronadora reventándome los tímpanos, y dejándome llevar.

Daniel, en vez de responder, me toca el trasero, sin duda el prelude de otro beso. Y, en efecto, va directo a mis labios. No recuerdo nunca haber hecho algo semejante. Bailar un bolero descalza en la playa y besuquearme con un tío al ritmo de una canción antigua. Debe de ser el momento íntimo de la noche, porque acaba la canción y tocan otra similar.

Para mi sorpresa, creo que se está conteniendo; me toca el trasero, sí, aunque no de manera descarada, está siendo sutil. Quizá porque hay gente alrededor. Podría provocarle y lo voy a hacer. Me siento con ganas de ser mala. Al estar descalza, tengo que ponerme de puntillas para posar los labios en su cuello, en su oreja, y tararear la letra de la que no tengo ni idea, dice algo así como «no sé por qué te quiero, será que tengo alma de bolero...»

Bueno, ya la buscaré

—Vámonos a casa —dice y recoge nuestro calzado.

—Con lo bien que me lo estaba pasando —protesto y me mira fijamente.

—Y mejor que te lo vas a pasar.

—¿Es una amenaza o una promesa?

La respuesta es un azote en el culo, bien fuerte.

Lo más lógico, dadas las circunstancias, es que buscáramos un taxi para volver al apartamento en el menor tiempo posible, pero optamos por andar, recorrer el mismo camino de antes pero a la inversa.

No me importa y al parecer a Daniel tampoco.

Vaya noche, confesiones, baile agarrado, cenita elegante (nadie ha dicho nada de mis zapatillas de cáñamo, no seáis malas personas recordándomelo) y paseíto a la luz de la luna.

Nada más llegar al apartamento me voy al cuarto de baño y cierro el pestillo, faltaría más. Además de ocuparme de mis cosas, aprovecho para darme una ducha refrescante y al salir miro mis pies para comprobar si las zapatillas de mercadillo me han provocado algún tipo de reacción alérgica. Pero no, nada, tengo los pies perfectos. Algo inexplicable, porque han costado muy poco.

—¿Algún problema? —pregunta Daniel desde el otro lado de la puerta con tono guasón—. ¿Debo llamar a un equipo de salvamento?

—Esto pasa por tener sólo un cuarto de baño —le espeto al abrir la puerta.

Daniel me mira con su aire más burlón y yo, que tengo ganas de tocarle un poco la moral, sí, no me miréis así, a todas nos gusta dar un poco por el saco, finjo que se me cae la toalla, aunque sólo atisba a ver medio pezón.

—Tápate, no te vayas a resfriar con la corriente —me suelta y se mete dentro sin cerrar con el pestillo.

Busco en la maleta una camisola de tirantes para dormir y cojo mi crema *hydra beauty* de Chanel. Dejo las persianas abiertas para que corra el aire (ya se levantará Daniel cuando amanezca a bajarlas) y enciendo el ventilador.

Me encuentra sentada en la cama, untándome la crema en las piernas. Él también se ha duchado y, a diferencia de mí, tira la toalla y no se pone nada. Se tumba a mi lado y coge el envase para curiosear.

—¿Cuánto cuesta esto? —pregunta, olisqueando el producto.

—No está al alcance de todo el mundo —contesto y se la quito para cerrarla—, pero te deja la piel...

Pone una mano sobre mi muslo y me lo acaricia. Me tumbo, no tengo ganas de hacer nada. Daniel apaga la luz y se inclina para darme un beso en el hombro, aunque deja de tocarme. Se está demasiado bien así, acostados en silencio, como para moverse.

Cierto que hemos llegado cachondos al apartamento, sin embargo, nos hemos enfriado. Y lo curioso es que no me importa. Me pongo de costado, dándole la espalda y él me pone una mano en la cadera. Hay gestos en apariencia muy simples, que lo dicen todo.

En este instante, cierro los ojos y, pese a que puedo dar la impresión de ser una desagradecida, recreo en mi mente, como tantas otras veces, cómo será mi primera vez con Gaudi. Qué llevaré puesto, cómo sonreirá al ver lo que escondo debajo. Dónde me acariciará primero.

Me cuesta un poco que la imagen de Gaudi sea la que tengo en la cabeza, pues al contrario de lo que siempre sueño, ahora es Daniel quien me toca y el hombre de mi vida nos mira.

¿Desde cuándo tengo yo sueños tan morbosos?

Me concentro. Otra vez mi gran amor está a mi lado, besándome, metiendo la mano con dulzura entre mis piernas y, nada, vuelve a evaporarse.

Esto no es normal...

Tener sueños eróticos es habitual y los suelo disfrutar, aunque éste es tan real que creo que hasta he gemido. Tampoco me avergüenza reconocer que me masturbo cuando me apetece y no sé por qué me apetece tanto ahora. No soy del todo consciente, pero sí noto que mis pezones están muy duros. Oigo algo, un leve jadeo, ¿habré sido yo?

Seguramente, porque el cosquilleo entre las piernas es cada vez más intenso, hasta siento la humedad y el roce molesto de las bragas.

Tengo que quitármelas y cuál no es mi sorpresa cuando al bajar la mano me topo con otra que no es la mía.

—Vaya, por fin despiertas —susurra una voz burlona y me espabilo de golpe.

—¿Qué haces ahí? —inquiero con voz seca, al ver que no era sólo un sueño, sino Daniel acariciándome.

—Verás, yo estaba profundamente dormido cuando te has puesto a gemir, a retorcerte y a tocarte las tetas como una posesa, ¿qué querías que hiciese? — replica sin dejar de meterme mano—. No sabía que tuvieras sueños eróticos tan vívidos.

—Yo tampoco —musito, y se acerca para buscar mi boca.

Volvemos a los besos profundos, mezclados con jadeos y respiraciones entrecortadas. Volvemos al frenesí, a recorrer con las manos cada centímetro de piel accesible.

Vuelven las prisas, las palabras obscenas y, por supuesto, volvemos a follar y nada de hacerlo de forma lánguida. Por alguna extraña razón, sólo deseo que sea brusco, contundente y a él debe de ocurrirle lo mismo, pues cuando le azoto en el trasero o le clavo las uñas pidiéndole más se descontrola por completo, logrando que me corra entre gemidos de lo más escandalosos, que, con la ventana abierta, habrán alertado a más de un sonámbulo.

## Capítulo 13

A la mañana siguiente, cuando me despierto, me encuentro a Daniel con la bandeja del desayuno y una cara de culpabilidad que no puede con ella.

—Tenemos que hablar.

Lo miro arqueando una ceja.

—Nunca habría dicho que fueras tan tradicional —comento, mientras pruebo el té, que por cierto está perfecto.

—Sobre lo que ocurrió anoche —añade.

Suspiro y me pongo a pensar.

—Cierto, anoche pasaron muchas cosas, incluso fuimos unos cursis; sin embargo, no entiendo a qué viene tanto drama.

—No me refiero a eso —dice entre dientes—. Más bien a cuando dejamos de ser cursis.

—No te sigo, de verdad que no, y no estoy para adivinanzas.

Daniel me fulmina con la mirada, va hasta el cuarto de baño, regresa con la caja de condones de *luxe* sin abrir y la deja a mi lado.

—Vale, ahora lo pillo —digo, atragantándome con la tostada, que dejo de mala gana en el plato, a pesar de que este pan artesano está de muerte.

—¿Y qué hacemos?

—Pintar de rosa la habitación si es niña y de azul si es niño —le espeto cabreada y me pongo en pie—. Ah, espera, que en tu mierda de piso no hay habitaciones de sobra.

Me sujeta de la muñeca y me obliga a mirarlo.

—No empieces a montar una película —me advierte serio y sin levantar la voz—. No quiero comportamientos inmaduros, ¿está claro? Soy tan

responsable como tú.

Inspiro, trato de calmarme y de analizar sus palabras. Si dejo a un lado la mala leche, está claro que cualquier otro se hubiera hecho el sueco, no obstante, Daniel está asumiendo su parte de responsabilidad antes incluso de que yo se lo exija.

Bien, no soy tan inconsciente como para no tener todos los frentes cubiertos. Veréis, en mi círculo son imperdonables ciertos deslices, por lo que, muy consciente de ello, hace ya años que me ocupé del asunto. Aunque queda una parte pendiente de aclarar.

—Supongo que estarás sano —digo, y él frunce el cejo.

—¿Qué clase de suposición es ésa?

—No quiero volver a casa con un regalito en forma de enfermedad venérea. Parpadea, me mira raro. Inspira.

—Joder, pues claro que estoy sano, no la voy metiendo por ahí a lo loco. ¿Lo estás tú?

—¡Por supuesto! —exclamo molesta.

—Bien, ese tema está aclarado. ¿Y el otro?

Daniel, como casi todos los hombres, es bastante insensible, por no decir gilipollas, a la hora de hablar claro sobre embarazos no deseados. La tentación de volverlo loco es muy grande. Lo reflexiono durante un minuto y llego a la conclusión de que ha sido un fin de semana tan especial que no quiero jorobarlo con una discusión.

—Relájate, no hay nada de que preocuparse.

En vez de reaccionar aliviado, me suelta:

—¿Tomas anticonceptivos y me haces follar con condones?

—Oye, yo tampoco dejo que me la metan a lo loco —replico muy digna.

Daniel se pasa la mano por el pelo dos veces, sin duda intenta calmarse.

—Joder, puedo entender que la primera vez, la segunda, los utilizásemos, pero después...

—Oye, que te compré ayer de los buenos, de lujo —le recuerdo con



sarcasmo.

—Me voy a desayunar —suelta y abandona el dormitorio.

No es la mejor forma de afrontar el día, sin embargo, aclarados ciertos aspectos, pienso que mejor no darle más vueltas. La explicación es muy simple, no tenemos una relación, no vamos en serio, este fin de semana es sólo un alto en el camino, en cuanto regrese a casa volveré a concentrarme en conquistar a Gaudi, que le tengo bastante abandonado en mis pensamientos.

Me termino el desayuno y llevo la bandeja a la cocina para que luego Daniel pueda lavar la taza y recogerlo todo. Me acerco al baño y veo que la puerta está abierta así que entro, pero cuál no es mi sorpresa al encontrármelo ocupado.

Daniel está ahí, tan pancho, lavándose los dientes desnudo.

—Eh, mejor espero fuera —murmuro.

—No seas tan pijotera —me reprende—. No me voy a asustar si utilizas el retrete.

—Mejor no —mascullo, porque ni loca voy a hacer pis delante de él. Me concentraré y aguantaré hasta que termine.

—Tú verás, pero yo voy a retocarme la barba —dice con cierto tono burlón.

Llegados a este punto, tengo dos opciones, comprobar la resistencia de mi cuerpo o bien pasar por el aro. Siempre he oído que es malo aguantarse, aunque... ¿no es peor hacer estas cosas tan íntimas delante de un hombre con el que te acuestas? A ver, si fuera una amiga de confianza, por supuesto ningún problema.

Cruzo la mirada con Daniel en el espejo y veo que intenta no descojonarse, mientras con una recortadora consigue que la barba parezca de tres días.

—Anda, hazlo —me dice, saliendo un momento del cuarto de baño.

Cierro a toda prisa con el pestillo y me siento en el váter. Por favor, esto de compartir espacio es un horror. Veré el lado positivo, me está sirviendo para

cuando comience mi convivencia con Gaudi. Me aseguraré de que haya al menos tres cuartos de baño.

Una vez aliviada, y mucho, dejad de reiros, me voy al dormitorio. Tengo toda la ropa patas arriba, pues no está la asistenta para ir recogiendo cada prenda. Ya veré luego cómo me las apaño para guardarlo todo.

—¿Te apetece bajar a la playa?

Tuerzo el gesto, soy muy quisquillosa. Daniel, que ya ha sacado un bañador bastante convencional, cruza los brazos.

—¿Qué problema tienes ahora?

A veces me sorprende que tenga tanta paciencia conmigo, cualquier otro ya me habría mandado a paseo, por ejemplo, mi amigo Quique suele ser mucho menos tolerante con mis peculiaridades.

Le expongo una por una mis demandas y a favor de Daniel hay que decir que no suelta ningún exabrupto, eso sí, su cara es un poema.

—Pero ¿has traído bikini? —pregunta al final.

—Cuatro —contesto.

—Pues elige uno y deja de soltar paridas.

Parpadeo y, antes de que pueda evitarlo, mete mano en mi maleta, aparta la ropa hasta que encuentra las prendas de baño y me tiende un bikini rojo que me queda estupendamente.

—¿Te lo pongo yo o puedes tú solita? —pregunta con sarcasmo.

Se lo arrebató de las manos y le señalo la puerta para que me deje sola.

Una vez ataviada con el bikini, túnica y zapatillas a juego, salgo y me encuentro con Daniel con el bañador, gafas de sol y una toalla, ¡sólo una toalla!, al hombro.

—¿Nos vamos? —pregunta, cogiendo la cartera y las llaves.

—¿Y la riñonera? —Me mira por encima de las gafas de sol—. Parecemos dos turistas pobres, lo digo para no desentonar.

Como hace siempre que no quiere seguir hablando de un tema que le parece absurdo, sonrío y punto. Empiezo a conocerle.

Caminamos hasta el coche y cuando arranca digo:

—Ahora me alegro de haber venido en este trasto, porque con la arena se va a poner perdido.

—Vaya, gracias —murmura.

No hago más comentarios, me limito a bajar la ventanilla y a disfrutar del paisaje, o lo que queda de él, pues la masificación ha hecho estragos en la costa.

De nuevo vamos escuchando la música que a Daniel tanto parece entusiasmarle, en esta ocasión me ha puesto una canción, *Más y más*, que me obliga a preguntar:

—¿Y esto pasó la censura?

—En los ochenta ya no había censura y sí, la canción es bastante explícita.

—Pues tal como están ahora las cosas, a lo mejor no la autorizaban —comento.

Llegamos a una zona donde por suerte no hay urbanizaciones. Daniel logra aparcar cerca de una palmera, lo que significa que el coche tendrá algo de sombra. Saca del maletero una pequeña bolsa.

Camino a su lado, echando de menos uno de mis sombreros, porque este sol arruina el color del pelo, pero cualquiera le dice algo a Daniel, seguro que acaba comprándome un gorro de paja vulgar y barato.

—Cuidado al bajar —me dice y lo hago tras él, agarrándome a la barandilla.

Una vez hemos descendido hasta la playa, veo un letrero de madera que me hace sonreír. Daniel va hacia la derecha, sin embargo, yo me siento con ganas de hacer una locura y, en vez de seguirlo, me voy hacia la izquierda, al tiempo que me saca la túnica y hago una bola con ella.

—Sun... ¿estás segura? Es una playa nudista.

Me quito la parte de arriba del bikini y se la tiro. Doy unos cuantos pasos más, consciente de que Daniel me sigue, y entonces es la parte de abajo la que desaparece.

Él silba y, con bastante gracia, se quita el bañador y lo guarda en la bolsa.

—Puedes tirarlo —digo toda chula—, es de la temporada pasada.

No hay mucha gente, así que podemos extender la toalla sin tener que pelearnos por un metro cuadrado. (Algo que nunca me he visto obligada a hacer, pero Gema me lo ha contado.) Nos ponemos cerca de unas rocas que por suerte nos dan algo de sombra.

—Nunca pensaba que diría esto: tomar el sol en pelotas es, con diferencia, mucho mejor, no quedan marcas del bikini.

Debo de estar baja de defensas o mal de la cabeza, porque estoy disfrutando con placeres cutres, de mercadillo, y encima apenas pienso en lo que en realidad importa, que es Gaudi. Daniel, que está sentado leyendo el periódico, es sin duda un entretenimiento de primera, de eso no cabe duda. A pesar de su edad.

Su edad... Maldita sea, entre una cosa y otra no se la he preguntado. Sólo he hecho suposiciones y creo que ya es hora de salir de dudas.

—¿Cuántos años tienes?

—Algunos más que tú —comenta sin despegar la vista del periódico.

—¿Serías tan amable de precisar un poco más?

—¿Y tú dejar de preguntar bobadas? ¿Qué importa eso ahora? —replica cortante.

—Para mí sí es importante, hasta la fecha todos los tipos con los que he salido eran más o menos de mi edad.

—Menos de cincuenta —dice.

Quiere jugar a las adivinanzas o esquivar la cuestión.

—Sé que no eres un jovencito y me he fijado, tienes alguna cana que otra —digo sin mucha consideración.

—¿Qué problema tienes con los de mi edad?

—¡Ninguno! Cuánta hostilidad —me guaseo, mirándolo de reajo—. Sólo preguntaba por hablar de algo. Aunque por tus respuestas deduzco que...

—Cuarenta y dos —me interrumpe con sequedad—. Y ya puedes dejar de

dar por saco con el temita de los cojones.

Me echo a reír por cómo se lo toma. Vamos a suavizar un poco el golpe, no sin antes echar sal en la herida.

—¡Me llevas trece años! —exclamo con frivolidad, lo que hace que él resople—. Y pese a ello te conservas bastante bien.

—Doce, que te queda el canto de un duro para cumplir treinta —arguye.

—No me lo recuerdes, que estoy horrorizada. ¡Treinta! Pooooo faaaavor.

—Mira que te gusta exagerar —sentencia y vuelve a la lectura de su periódico.

Puede que sea el aburrimiento o la curiosidad, pero aun sabiendo que se puede enfadar, quiero seguir preguntándole sobre su vida.

—Así que tienes cuarenta y dos... Vaya, te habrá dado tiempo a hacer muchas cosas en la vida.

—Ajá.

Vaya porquería de respuesta. Tengo que ser más directa.

—He oído que estás divorciado.

—Ajá —vuelve a murmurar y ni me mira.

—¿Y no vas a hablar de ello? —insisto.

—Sun, deja de cotillear.

—Eres injusto, tú lo sabes casi todo de mí y digo yo que algo me podrías contar —digo en favor de mi causa.

—Porque me haya enterado por casualidad de que estás coladita por un tipo que, dicho sea de paso, no te conviene, no significa que me hayas contado nada —afirma e intuyo que no es muy proclive a hablarme de su ex.

Hoy parece que no doy una.

—Vale, me callo —mascullo y me tumbo boca abajo para que me dé un poco el sol en el trasero. Cierro los ojos y apoyo la cabeza en los brazos.

Ya le preguntaré en otro momento más propicio por qué siempre dice que Gaudi no me conviene.

—En realidad no hay mucho que contar —comenta al cabo de un rato—.

Me casé sin muchas ganas, llevábamos dos años juntos y supongo que era lo que tocaba. Se supone que al principio todo va bien, pues no fue así en mi caso. Y todo porque ella decidió dejar su trabajo.

—¿Y eso te parece mal? —pregunto extrañada.

—Muy mal —puntualiza—, porque se aburría y, claro, tenía que ocupar su tiempo en mí.

—Repito, ¿y eso qué tiene de malo? Es lo que yo pienso hacer en cuanto me case, ser una esposa que mira por su marido. Ayudarlo a superarse, a mejorar su vida y por supuesto a estar a su lado siempre que lo necesite —afirmo sin vacilar.

—¿He retrocedido en el tiempo y nadie me lo ha dicho? —pregunta con ese aire irónico que utiliza siempre que algo no lo convence—. Por favor, si hasta mi madre es más moderna que tú.

—Perdona, aquí el que tiene unos cuantos añitos más eres tú. Y no he dicho ninguna estupidez. Es lo que hace mi madre y les va de maravilla. Mi padre gana dinero y ella lo ayuda a aumentarlo y a gastarlo.

—Joder, no me lo puedo creer. ¿De verdad acabas de decir algo tan retrógrado y te quedas tan pancha?

Me encojo de hombros, yo no lo veo de esa forma.

—Es mi objetivo en la vida y no me arrepiento de ello. Sé que cuando me case podré ofrecerle a mi marido un apoyo incondicional, para que triunfe.

—Joder, ¿lo dices en serio? —replica molesto.

—¡Por supuesto! Y no sé por qué te escandalizas. A los hombres os encanta tener a una mujer pendiente de todas vuestras necesidades. Y yo sé que sirvo para ello.

—¿Y qué pasa contigo? ¿Con tus propias aspiraciones? ¿Sólo vas a hacer eso? —pregunta frunciendo el cejo.

—¿Te parece poco, ocuparme de mi marido? —replico perpleja.

—Jamás pensé que escucharía a una treintañera decir semejante majadería.

—Para empezar, tengo veintinueve —le recuerdo—, y segundo, no es una

majadería, es mi decisión.

Otra vez discutiendo, y no me extraña, esto me pasa por comprarme zapatos rebajados. En fin, mañana regreso a mi rutina y se acabó.

—Es una de las razones por las que me separé —dice al cabo de un rato, cuando pensaba que ya habíamos dado el tema por zanjado—. Y no me arrepiento.

—No te entiendo, de verdad. Qué desagradecido.

—Yo no me casé para llegar a casa y soportar un parloteo ridículo sobre decoración, porque me importa una mierda si las cortinas combinan con el sofá. Lo que yo buscaba era una compañera que volviera de trabajar contenta porque había logrado un ascenso y lo celebrara conmigo. Que si tenía un mal día me lo contara y entre los dos intentáramos relajarnos. Acompañarla si me lo pedía, o viceversa. Celebrar sus éxitos e incluso presumir de tener una esposa capaz de casi todo. Joder, me pongo hasta de mala leche al pensar en tener un florero colgado del brazo.

—Ahórrate el discursito feminista —le espeto molesta, porque yo no lo veo así.

—Desde luego, con lo que algunas han luchado... y tú tirando por tierra sus reivindicaciones.

Y, negando con la cabeza, se levanta y se marcha al agua. Yo no lo acompaño, pese a que verle el culo me ha animado un poco, el agua del mar no es nada buena para el pelo y, con las prisas, me he olvidado mi protector capilar.

## Capítulo 14

De vuelta en casa decido olvidarme de Daniel. Ya está, lo hemos pasado bien y punto. Nada más. Para pasar página, nada mejor que una reunión de amigas.

Quedo con Gema y con Mapi. Aprovechando que mi madre se va de compras, las invito a casa y nos tumbamos junto a la piscina.

—Cuéntale lo que has hecho este finde —le suelta Mapi a Gema con mala cara, lo que viene a indicar que de nuevo debemos regañarla.

—Quedar con alguien —contesta en voz baja.

Miro a una y a otra alternativamente.

—¿Y eso es grave?

—Con un camarero —puntualiza Mapi con desdén—. El mismo que conoció en la boda de tu hermano. Por lo visto se gustan.

—Sólo nos estamos conociendo —se justifica Gema—. No vamos en serio.

—¿Cinco citas y no vas en serio? —inquire Mapi.

—Mientras sólo sea para divertirse —apunto yo.

—¿Y qué tiene de malo salir con un camarero? —pregunta Gema mirándonos.

—¡No saco nada de provecho de ella! —se queja Mapi.

—Yo por lo menos echo un polvo de vez en cuando.

—A mí no me mires —intervengo—, también estoy bien servida.

—Eso, echad sal en la herida —murmura Mapi.

—Mira, mientras no sea en serio, lo aceptamos, ¿de acuerdo? Pero no te cuelgues de ese tío. Seguro que hay uno mucho mejor para ti —le explico a Gema y ella asiente.

—No la veo muy convencida —dice Mapi—, pero en fin. Vamos contigo,



¿qué ha pasado este finde?

Pongo cara de no haber roto un plato, aunque no las puedo engañar.

—¿Has follado en la playa? Detalles, detalles.

—En la playa no, pero sí, ha sido un no parar —confieso.

Y las tres empezamos a dar grititos, palmas y a reírnos como tontas.

Les hago un relato pormenorizado de los días que he pasado con Daniel, de lo bueno y de lo malo, hasta de los momentos incómodos. Con ellas no tengo por qué guardarme nada. Mapi se horroriza con la historia de las zapatillas baratas y le prometo que voy a tirarlas a la basura, algo que debería haber hecho nada más llegar, en vez de dejarlas en un rincón del vestidor.

—Jo, qué envidia —exclama Gema.

—Cómo si tú te hubieras aburrido.

—Chicas, chicas, haya paz —digo, antes de que se pongan a discutir.

—¿Y ahora qué vas a hacer?

—¿A qué te refieres? —respondo ante la pregunta de Gema.

—Bueno, según lo que nos has contado, te has olvidado por completo de Gaudi. No veo que hayas avanzado mucho en tu misión.

—Eso es verdad —la segunda Mapi—. Creo que Daniel te ha engatusado.

—¿Perdón?

—Estoy de acuerdo, piénsalo. ¿Y si pasar el finde con él era una artimaña para desviar la atención?

—Ahora que lo dices... —reflexiono, porque con tanto sexo una no piensa con claridad.

—Y que no se te olvide, conoce a Gaudi, podía haberse hecho a un lado. ¿Cuánto habéis hablado de él?

—Apenas nada —contesto con un hilo de voz, al ir encajando piezas.

—Está claro que no quiere ayudarte —concluye Mapi, y miro a Gema, que no se muestra muy conforme.

—¿Y sí sólo lo ha hecho porque de verdad le interesas? —sugiere ésta y se gana una mirada fulminante de nosotras dos.

—No digas chorradas —le espeta Mapi—. Daniel sólo quería tirársela.

—Eso ya lo había conseguido en la boda, por tanto, ¿para qué iba a invitarla a pasar un finde si ya habían follado, mucho y bien, según sus explicaciones? —dice Gema

Y de nuevo me pongo a pensar.

—Que no, que sólo se trata del típico pique entre tíos. Seguro que pasaba de ella, pero oyó que estaba interesada en Gaudi y dijo, hale, ahora no la dejo.

—¡Qué lío! —farfullo.

—Está claro que sólo quiere jorobarte el plan, tu plan, ese que llevas tantos años elaborando —sentencia Mapi.

—Yo no lo veo así, tengo mis dudas —insiste Gema.

—¿Y qué hago?

—Volver al plan inicial. Conquistar a Gaudi y, si tienes alguna necesidad, recurrir a lo seguro: Quique.

—Tienes razón...

Qué cabrón, pienso, al darme cuenta de la estrategia de Daniel. Debería haber sido más espabilada. No volverá a pasar.

Y lo mejor para estos casos es un ABC, amigas, baile y copas, así que nos organizamos para salir, aunque sea entre semana, seguro que lo pasamos estupendamente.

Después de una tarde de piscina, subimos a mi habitación para arreglarnos. Dispongo de un guardarropa tan surtido como para prestarles un modelito. Tardamos bastante en decidirnos y al final Gema se pone un vestido de lentejuelas azul eléctrico que le queda un poco prieto en el pecho, pero se ha enamorado de él y no admite nuestro consejo. Mapi se decanta por una falda de encaje verde con top a juego y yo por un vestido negro liso y pedrería en el hombro.

—Venga, un selfie —propone Mapi, y las tres posamos como profesionales. Hemos ensayado muchas veces para que la foto salga estupenda.

Como esta noche no queremos privarnos de nada, llamamos a un taxi. Mi madre nos mira con desaprobación cuando nos ve salir; sin embargo, se muerde la lengua al ver que voy acompañada. Un truco que aprendí hace mucho, nunca me regañaba si alguien ajeno a la familia estaba delante.

—¡Esta noche va a ser antológica! —exclama Gema y asentimos, porque hacía mucho que no salíamos las tres.

—Ya conocéis las reglas del ABC —nos recuerda Mapi—. Nada de hombres, podemos bailar, coquetear, dejar que nos inviten a una copa, pero nada de irse con ellos.

—Nada de hombres —repetimos Gema y yo.

—Si alguna se pasa bebiendo, nada de potar en la calle, que avise y busquemos un servicio.

—Nada de potar en la calle.

—Y, por su puesto, nada de marcharse solas a casa. Las tres juntas —termina Mapi.

Elegimos una terraza de moda, donde sabemos que podemos bailar y disfrutar, así que le indicamos la dirección al taxista. Una vez que llegamos, al ser un día entre semana no hay mucha gente, lo que no nos importa.

Pedimos la primera ronda de mojitos.

Vale, ahora es cuando me recordáis que no bebo alcohol por las calorías que tiene, pero tenéis que entenderlo, a veces hago excepciones.

La música nos invita a bailar. Suenan las canciones de moda, esas que todo el mundo tararea aunque no se sepa el título. Da igual, nosotras sólo queremos divertirnos.

A pesar de que el local no está muy lleno, sí hay algún que otro tipo que nos mira y espera el momento para acercarse. Yo, desde luego, voy a cumplir las reglas a rajatabla.

—Mierda, ¿quién te llama ahora? —grita Gema cuando me ve sacar el móvil de bolso.

—Es Quique —respondo, mostrándoles la pantalla—. Voy fuera a hablar,

aquí es imposible con este ruido.

—Sun, joder, ¿por qué no me has cogido el teléfono antes? Llevo una puta hora llamándote.

—No lo he oído, estoy con las chicas tomando algo.

—¿Tienes el coche?

—No. Hemos venido en taxi.

—¡Me cago en la puta!

—¿Se puede saber qué te pasa? —pregunto, al notarlo tan alterado.

—¿Puedes venir a buscarme? De verdad, Sun, necesito que vengas. —Me lo pide de tal forma que empiezo a preocuparme.

—De acuerdo, envíame la ubicación.

Nerviosa, vuelvo donde están las chicas y les cuento la conversación. Voy a romper una de las reglas, aunque mis amigas lo entienden y no les importa que vaya en busca de Quique. Pido un taxi, que tarda sus buenos diez minutos, y al subirme le doy la dirección a la conductora, que tuerce el gesto.

—¿A estas horas vamos a ir a ese barrio?

Yo no tengo ni idea de dónde está Quique, me guío por el mensaje que me ha pasado, así que asiento y el coche arranca. A medida que nos acercamos, voy mirando el navegador en el móvil y me voy preocupando.

—Hemos llegado, ése es el bar —me dice la taxista, señalando un local que, cielo santo, da en primer lugar repelús y en segundo un poco de miedo.

—¿Puede esperar aquí, por favor? —le pido, porque a lo mejor debemos salir escopetados. Por si acaso no se fía, abro la cartera y le paso mi tarjeta de crédito—. Marque cien euros.

Eso parece funcionar y me apeo del vehículo con cautela. En menudo barrio me he metido. La gente me está mirando raro; de acuerdo, desentono bastante con mi aspecto, así que agarro el bolso con fuerza y empujo la puerta de lo que es un tugurio en toda regla. No hay muchos clientes y aun así me cuesta localizar a Quique. ¿Y si se trata de una broma?

—Supongo que estás buscando a ése —me dice el tipo que está tras la

barra y miro en la dirección que me señala.

—¿Quique? —musito horrorizada al ver su aspecto.

Tiene la cara ensangrentada. Uno de sus mejores trajes hecho un asco y todavía sujeta un vaso a medio beber en las manos.

—Ya era hora —dice, incorporándose con dificultad.

Se lleva una mano a las costillas y hace una mueca de dolor.

Lo ayudo a caminar y a montarse en el taxi.

—Tiene que verte un médico.

—Ni hablar. Joder, vamos a un sitio donde pueda descansar.

—¿A tu apartamento?

—No, mierda, allí no puedo ir —dice con dificultad debido al dolor.

—¿En qué quedamos, hospital o a casa? —nos pregunta la taxista.

—No puedo ir al hospital —se queja él.

Y yo le entiendo, porque allí nos conocen. Lógico, el director de la clínica donde siempre nos atienden es íntimo de nuestros padres.

De ahí que me vea obligada a decir:

—¿Hay un hospital público cerca?

—¿Estás loca? ¡No me jodas! —protesta Quique una vez más y me hace perder los nervios.

—Estás hecho un guiñapo y todo apunta a que te han dado una buena paliza.

¿Adónde carajo vamos a ir?

Quique refunfuña, pero se calla y en veinte minutos nos encontramos delante de la puerta de urgencias de un hospital público. Cielo santo, es la primera vez en la vida que voy a poner un pie en uno.

—Que os sea leve —es la despedida de la taxista.

Paso por alto el tono sarcástico.

En la zona de admisión, somos, con diferencia, los que más llamamos la atención, y no sólo por el hecho de las pintas de Quique, sino porque cuando nos piden la tarjeta sanitaria, ambos nos miramos sin saber qué responder.

—Vamos a ver —nos dice de mal humor la chica de la ventanilla—, ¿tienen

al menos el DNI?

—Esto... sí —masculla Quique—. ¿Y para qué quiere el puto DNI? ¡¿No ve que me estoy desangrando?!

—Tranquilízate —le pido y, antes de que monte jaleo, meto la mano dentro de su chaqueta y le cojo la cartera—. Aquí tiene.

La enfermera frunce el cejo y se pone a teclear, mientras mi amigo sigue profiriendo lindezas del tipo «Vaya mierda de hospital», «No me extraña que privaticen todo», «Cómo se nota que eres funcionaria».

—Cállate, joder —le advierto—. Ya sé que esto es tercermundista y que nos van a tener aquí unas cuantas horas, pero no nos queda más remedio, a no ser que quieras ir a la clínica del doctor Laguna y que éste llame corriendo a tus padres.

A regañadientes, Quique acepta callarse y nos sentamos en la sala de espera. Las sillas son como para poner una denuncia, de plástico e incómodas. Y encima tenemos a gente pegada a nosotros.

Como no tengo ni idea de cuánto tiempo nos va a tocar estar aquí, aprovecho para que Quique me dé explicaciones, algo que merezco, ya que le estoy salvando el culo.

—Joder, ahora no me apetece hablar —refunfuña él, pero no voy a ceder.

—Habla o te dejo aquí plantado —lo amenazo.

—No he podido pagar unas deudas —murmura, aunque no avergonzado, sino más bien rabioso—. Mi querido padre decidió, hace una semana, cerrar el grifo, así que mi tarjeta de plástico sólo sirve para preparar un par de rayas.

—Encima te lo tomas a cachondeo —lo regaño, porque ahora sí que parece el típico niño malcriado.

—Así que, como he sido un buen cliente todos estos años, me han fiado... digamos una generosa cantidad, y cuando he ido a pagar...

Inspiro, está metido en un buen lío.

—¿Cuánto debes? —pregunto, dispuesta a prestárselo, con la condición de que abandone esa mala vida.

—¿Tienes quince mil euros a mano?

—¿Quince mil? —repito con un hilo de voz—. ¡¿Cómo te has podido gastar quince mil en una semana?!

—Enrique Doncel de la Gándara, pase a la sala tres —anuncian por los altavoces.

Caminamos por el pasillo, atestado de gente, y entramos en la sala que nos han indicado, donde esperamos hasta que aparece una doctora con cara de malas pulgas.

—A ver, Enrique, ¿qué te ha pasado?

—¿No es evidente? —replica él con sorna.

—Mira, chaval, hoy he doblado turno, tienes una pinta que da pena y aún no te duele lo suficiente como para suplicar que te administre un calmante, así que a ver si me hablas bien —le espeta la doctora.

—Otra funcionaria a la que le deberían congelar el sueldo —replica Quique.

Ya me ha hinchado las narices, así que le suelto una bofetada.

—Siéntate y dile qué ha pasado —le digo muy seria.

—Gracias —me dice la doctora.

Quique empieza a relatar los hechos. Le han dado una paliza, y de las buenas. Salta a la vista que no ha sido el típico encontronazo entre dos tipos, porque tal como lo han dejado, al menos han sido tres contra uno.

La doctora toma nota de todo en el expediente y, cuando acaba, le pide a Quique que se desnude y le entrega un horrible pijama de hospital, porque lo va a llevar a rayos para comprobar si tiene algún hueso roto.

Sin llamar a la puerta, aparece un enfermero que se sitúa junto a Quique, dispuesto a sacarle sangre. Yo me siento, porque empiezo a marearme.

—¿Y ahora cuánto nos van a hacer esperar? —pregunta mi amigo, impertinente.

—Lo que haga falta —sentencia la doctora.

Si creíamos que la sala de espera era surrealista, el periplo por la zona de

rayos es para vivirlo, porque si te lo cuentan no te lo crees. Quique aguanta como puede, pues a medida que pasa el tiempo le duele cada vez más, tal como le ha dicho la doctora.

Regresamos a la sala de espera y allí casi otra hora sentados. Quique está cada vez más nervioso. Le duele y no le dan nada para paliarlo. Cuando por fin pasamos a la consulta, se muestra agresivo y me veo obligada a frenarlo.

—Vaya, vaya, vaya, qué cóctel tan interesante —comenta la médica, leyendo el resultado de los análisis—. Chaval, vas hasta las cejas. Me temo que, aunque te recete la dosis de un elefante, te va a seguir doliendo unos días.

—Deme lo que sea —masculla Quique.

—Y tienes dos costillas rotas —añade ella—, así que te vas divertir durante los próximos quince días, eso como mínimo.

—Deje el sarcasmo —le pido a la doctora.

Entra una enfermera y le venda las costillas rotas, también le inyectan a saber qué, porque yo miro para otro lado, y nos dan las recetas de lo que debe tomar, así como unos papeles en los que consta la consulta realizada y el tratamiento.

—Son las tres de la madrugada —digo con un suspiro, cuando abandonamos el hospital. Quique, ahora más calmado, espera junto a mí a que aparezca un taxi libre.

—No podemos ir a mi apartamento, no es seguro. Lo mejor sería ir a un hotel.

—¿A estas horas y con esta pinta? —mascullo—. Vamos a tu casa, no tiene por qué pasar nada.

—Que no, joder. No sabes cómo es esa gente. Les debo mucha pasta y, a no ser que les pague...

—¡Yo no dispongo de quince mil euros en estos momentos! ¿Y tu coche? Podrías venderlo.

—Me lo han quitado, como garantía.

—¡Quique! —exclamo lamentándome—. ¿Qué vas a hacer ahora?



—Pues tú verás cómo nos las apañamos... Yo mira cómo estoy.

—Eso, encima ponte sarcástico —protesto, fulminándolo con la mirada—. Todo esto es por tu maldita culpa. ¡Yo controlo, yo controlo! Y una mierda controlas.

—No me grites, que me va a estallar la cabeza. Y piensa qué cojones hacemos.

—Mira, deja de comportarte como un imbécil o te dejo aquí plantado. ¿De acuerdo?

—Joder, Sun, estoy hecho una mierda; sólo te pido que busques un sitio donde pasar la noche —se lamenta.

Saco el móvil del bolso. Juanjo nos ayudaría, pero estando mi cuñada de por medio, no quiero causarle problemas, sin olvidar que mi hermano es asquerosamente responsable y terminaría avisando a la familia de Quique. Así que sólo me queda Gaudi.

Marco su número y aguardo a que responda. Ésta no es la mejor forma de establecer contacto, pero aun así no me queda más remedio.

Quique me apremia:

—Sun, joder, que me estoy cayendo de sueño. No sé qué me ha dado esa bruja, pero ya me está haciendo efecto.

—Espera, que vuelvo a llamar —le pido y cruzo los dedos para que Gaudi descuelgue.

Sin embargo, no responde. Maldita sea.

Quique se sienta en la escalera, sólo falta que se quede frito.

Respiro, me estoy quedando helada con este vestido y me duelen los pies.

Entonces me doy cuenta de que, por desgracia, sólo me queda una persona a la que llamar.

Marco su número y al quinto timbrado descuelga.

—¿Sun? —pregunta Daniel bostezando.

—¿Puedes venir a buscarme?

## Capítulo 15

No recuerdo haberme alegrado tanto en mi vida como cuando veo aparecer el viejo Skoda de Daniel. Éste detiene el coche frente a nosotros y yo me pongo rápidamente en pie.

Él nos mira a Quique y a mí con cara de sueño y de no entender nada.

—Ayúdame a meterlo en el coche —le pido.

Sé que le debo una explicación y se la voy a dar, aunque mi prioridad ahora es salir de aquí.

—¿Y adónde se supone que vamos? —me pregunta antes de arrancar. Su mirada lo dice todo—. Al Rice, supongo.

Ahora viene la parte peliaguda.

—A tu casa —respondo en voz baja, avergonzada por tener que recurrir a él—. Pero antes busca una farmacia de guardia.

Intuyo lo que está pensando, que somos dos niñatos que se han ido de fiesta y han acabado en el hospital. Quique está hecho un asco, y yo, a pesar de mi ropa sofisticada y de diseño, debo de tener una cara que da pena.

—¿Para esto me llamas? ¿Para que os salve el culo a tu amiguito y a ti?

—Por favor...

—Sun, mándalo a la mierda. ¿No ves que es un imbécil que sólo quiere dar por el culo? —dice Quique desde el asiento de atrás, haciendo amago de abrir la puerta y bajarse—. No necesitamos a nadie.

—Haz el favor de cerrar el pico —le advierto, cansada de aguantar sus salidas de tono.

Daniel no dice nada y maniobra para abandonar el hospital. Conduce sin dedicarme ni una sola mirada, ni siquiera cuando se detiene en uno de los

poquísimos semáforos que pillamos en rojo.

Yo intento organizar mis ideas para hablar con él una vez que estemos a solas, pues delante del bocazas de mi amigo no conviene.

El paso por la farmacia de guardia es otro episodio surrealista, pues la vendedora, que me atiende a través de un ventanuco, no se fía y me mira mal cuando le tiendo la tarjeta de crédito. Me pide el DNI, lo mira con lupa y, sin dejar de fruncir el cejo, pasa la tarjeta por el datafono.

Debo admitir que los medicamentos me han parecido muy baratos.

Al llegar a casa de Daniel, de nuevo me ayuda a llevar a Quique, al que ha debido hacerle efecto el calmante que le han inyectado, porque permanece callado.

—Tengo que ir a mear —es lo único que dice el gilipollas de mi amigo cuando entramos en el apartamento.

Tambaleándose, camina hacia la puerta que le señalo y, como no me fio de que haga alguna estupidez, entro con él. Daniel debe de estar flipando en colores.

—Tienes que dormir en el sofá —le informo cuando salimos del aseo.

—No me jodas, Sun —protesta y añade con desprecio—: ¿Tu amigo no tiene cuarto de invitados?

—Deja de quejarte, que al final te abandono en una gasolinera —replico, hastiada de sus salidas de tono.

Soy consciente de que Daniel observa y lo escucha todo, pero no puedo pedirle que se largue, estamos en su apartamento. Así que lo mejor es acostar a Quique, a ver si se duerme y no da más la lata.

Comienzo a desnudarlo. Está claro que la chaqueta no tiene arreglo y dudo que la camisa quede limpia, con tanta sangre ya algo reseca. Lo dejo todo a un lado y voy directa a quitarle los pantalones.

—Sun, ¿no me digas que estás cachonda? Joder, que no tengo yo el cuerpo para echar un polvo —va y suelta Quique, logrando que me sienta abochornada.

Pedirle que se calle es tontería, así que termino dejándole sólo con la ropa interior y lo ayudo a tumbarse. Daniel se acerca con una manta y una almohada. Ni siquiera me mira. Se da media vuelta y se mete en el dormitorio, donde también tendré que ir yo, porque no voy a dormir en el suelo.

Antes de enfrentarme a Daniel y a su más que probable censura, le dejo a Quique agua y sólo una pastilla para el dolor a mano. Lo cubro con la manta y lo dejo solo.

Me encierro, es un decir, porque no hay pestillo, en el cuarto de baño.

Me siento en el váter, sí, ya lo sé, es la situación menos glamurosa del universo, pero necesito hacer pis y de paso aclararme las ideas, porque vaya caca tengo en la cabeza. Toda esta tensión no debe de ser nada buena para mi piel, me van a salir arrugas antes de tiempo.

—¡Oh, Dios mío! —exclamo, pues con los nervios se me ha escapado un pedete—. Madre mía, qué nohecita llevo, espero que no lo haya oído nadie.

Más avergonzada que nunca, me dirijo al dormitorio. Al pasar por delante de Quique, vuelvo a cubrirlo con la manta, pues se ha destapado.

Entro despacio en el dormitorio. Daniel me mira serio, ha dejado la luz de la lamparita encendida y no se ha acostado.

—Gracias —murmuro cohibida y cojo la camiseta que me ha dejado en la cama, una de las suyas. Después de lo ocurrido, ya no siendo ningún pudor en quitarme el vestido delante de él. Y lo mismo hago con el sujetador sin tirantes que llevo.

—De nada. Vamos a dormir —dice y apaga la luz.

Se da la vuelta. Es evidente su enfado o, lo que es peor, su desprecio; sin embargo, no va a gritarme ni a echarme nada en cara, se limita a mostrarse indiferente. Y no debería importarme, claro que no, pero me importa, y eso me inquieta, no estoy acostumbrada a pensar en los sentimientos de los demás.

Cojo la sábana y cierro los ojos, dispuesta a dormir y a olvidar esta maldita noche. Estoy molida, no me debería costar mucho. Noto que Daniel se mueve en la cama, quizá le resulte insoportable mi presencia. Para mi

asombro, se acerca a mí, me rodea la cintura con un brazo y se pega a mi espalda.

Suspiro aliviada.

\* \* \*

Debería dormir doce horas seguidas, pero la preocupación hace que apenas cuatro horas después, abra los ojos. Daniel sigue dormido detrás de mí, abrazándome. Con cuidado, le aparto el brazo y, aunque me siento culpable por abandonar la cama, lo hago para ir a echarle un vistazo al enfermo.

De puntillas para no despertar a ninguno de los dos, lo cual tiene bemoles, me acerco al sofá y compruebo el estado de Quique. No tiene fiebre y duerme a pierna suelta, hasta se le ha caído la babilla, manchando la almohada, y al moverse de nuevo se ha destapado. Lo cubro con la manta y vuelvo a la cama, algo más tranquila.

Me acurruco junto a Daniel como si nada y, a pesar de sentir el agotamiento tras una noche de poco descanso, quiero tocarlo y lo que surja.

Pensaréis que no estoy bien de la cabeza, cierto, no lo niego. No obstante, es lo que siento en este momento. Comienzo a acariciarle el pecho, despacio, moviendo la mano de forma perezosa. No quiero perturbar su descanso.

¿He dicho perturbar? Qué raro me ha sonado, pero sí, no quiero perturbarle, así que lo toco sin ser demasiado precisa.

De repente siento una mano sujetándome la muñeca, deteniendo en el acto mis caricias. Vale, lo entiendo, no está de humor y es lógico, teniendo en cuenta el *show* que le montamos Quique y yo anoche.

Sin embargo, me deja perpleja cuando, en vez de apartarme, conduce mi mano hacia abajo, más en concreto a su polla, pidiéndome sin palabras que haga algo más que manosearlo. Lo miro un segundo, sigue con los ojos cerrados, su respiración comienza a delatar su excitación, aunque mi mano ya lo ha notado. Me las ingenio para bajarle los bóxers y así tener completo

acceso. Sin dejar de acariciarlo, comienzo a besuquearle el cuello, la oreja, la mandíbula..., cualquier punto al que mis labios tienen acceso.

Si Daniel está excitado, yo estoy igual o más, por lo que me encaramo a su cuerpo y me sitúo justo encima de su erección para comenzar a restregarme. Me desprendo de la camiseta, que lanzo a saber dónde. Mi tanga sigue el mismo camino. Semejante movimiento hace que él gima bien alto y me sujete de las caderas, así el contacto es mayor.

Me inclino hacia delante y de ese modo consigo dos cosas, la primera, que mis pezones se rocen con su torso y, segunda, besarlo. Como siempre, intentamos ir despacio, pero en cuanto nos besamos todo se descontrola, y me encanta dejarme llevar.

Le agarro la polla y me dejo caer sobre ella, encajamos a la primera. Inspiro hondo y mis caderas cobran vida propia, realizando rotaciones que logran que sus gemidos y los pellizcos en mi culo sean cada vez más contundentes. Ya no me importa acabar con marcas en el cuerpo. He aprendido que, cuando follamos, cuanto más fuertes son, más intensos los orgasmos. Es una regla proporcional, sin excepciones.

Y en este momento necesito olvidar, sólo sentir, sentirlo a él y que me proporcione un buen orgasmo, uno que alivie en parte la mala racha que llevo. Y teniendo en cuenta cómo me está yendo, ha de ser muy potente.

Va camino de serlo, pues lo estoy montando como si me fuera la vida en ello y me da la sensación de que a Daniel le ocurre lo mismo. Embiste con fuerza, yo diría que incluso es rabia lo que destila. Jadeamos, gruñimos, hacemos que la cama traquetee de manera escandalosa. Y no podían faltar las frases más vulgares en su boca, empezando por «Joder, qué bien follas, Sun» y acabando con «Córrete con mi polla bien adentro».

No pienso discutirle nada de nada. Yo sigo a lo mío, montándolo, clavándole las uñas en el pecho, cuanto haga falta para que ambos disfrutemos.

—Sun... —gruñe—. Sun...

Yo lo interpreto como un lamento y una exigencia y por ello me esfuerzo

todavía más. Estoy empapada de sudor, pero no me importa, tenso cada músculo y él, pendiente de mí, coloca una mano justo donde se unen nuestros cuerpos, consiguiendo así que yo obtenga mayor fricción en el clítoris y acabe corriéndome entre escandalosos jadeos.

Siento cómo Daniel empuja una vez más antes de unirse a mí.

Me recuesto sobre su pecho y enseguida me abraza.

Puede parecer una estupidez, pero de verdad, no es sólo la sensación de placer que se experimenta al alcanzar el orgasmo, eso lo consigo cuando me masturbo (sí, no pongáis mala cara ni de asombro, lo hago, como todo el mundo), la diferencia es la sensación de relajación, de bienestar.

Daniel se mueve y me aparta. No entiendo el porqué de ese gesto un tanto grosero.

Al menos no abandona la cama, se queda tumbado boca arriba, tapándose la cara con el brazo. Podría preguntar qué le ocurre justo ahora, pues después de echar un polvo digo yo que se encontrará algo más relajado.

—¿Qué vas a hacer con ese tipo? —pregunta en un murmullo.

Ya le vale, yo preocupada y él pensando en echarnos de su casa.

—Supongo que buscar un apartamento a donde ir —respondo agobiada.

—Ya veo... —comenta descontento—. Vas a seguir cubriéndole las espaldas.

—¡Es mi amigo! —exclamo, molesta por el comentario.

—¿Y hasta cuándo le vas a salvar el culo? —insiste en utilizar un tono despectivo.

—Tú no lo entiendes —arguyo a la defensiva.

—Lo único que veo es a dos niñatos dispuestos a hacer el tonto. El uno que se pone hasta las cejas, incapaz de controlarse y tan egoísta que es capaz de arrastrar a su mejor amiga, o lo que carajo seáis.

Suspiro, porque en parte tiene razón, aunque no me gusta nada que sea precisamente él quien me lo diga y justo después de follar. Qué oportuno, ¿no os parece?

—Y la otra, una inconsciente de manual —prosigue en el mismo tono—, que en vez de buscar ayuda especializada, se dedica a jugar a la buena samaritana, sin tener en cuenta que va a obtener justo la respuesta contraria, porque vas lista si piensas que tu amiguito va a ser un buen chico a partir de ahora.

—¿Y qué quieres que haga? —pregunto abatida y perdida por completo.

Claro que quiero ayudar a Quique, pero no tengo la menor idea de cómo hacerlo.

—En primer lugar, no seguir tapándole las cagadas. No estamos hablando de una borrachera ocasional, o de una pijada típica de niño rico. Esto es serio, Sun, muy serio.

Daniel se incorpora, dispuesto a abandonar la cama. Quiero que se quede conmigo; me mira por encima del hombro y no me gusta nada esa expresión, dice a las claras que, por mucho que me empeñe, soy una malcriada y una inmadura.

Busco una réplica adecuada y justo en ese momento mi móvil comienza a sonar. Daniel se pone ropa de estar por casa y yo estiro el brazo para coger el teléfono. Cuál no es mi sorpresa cuando veo que pone Quique en la pantalla.

Me levanto enfadada, no con uno, sino con dos hombres, y busco la camiseta y el tanga, que por algún lado del dormitorio tienen que estar. Daniel no espera que me cubra con lo mínimo y sale del dormitorio.

—Ya era hora —me espeta Quique cuando me acerco.

Daniel está tras la barra de la cocina, preparándose un café y atento a todo.

—¿Te has tomado la pastilla?

—Todavía no —dice indolente y se pone de pie con dificultad. Cuando se rasca los huevos, me dan ganas de soltarle un bofetón—. Me voy a mear.

Quique se marcha al aseo y yo siento vergüenza ajena y no me atrevo ni a mirar a Daniel, que se acerca y me da un vaso de leche.

—Suerte —musita y se va a su despacho.

Cojo el móvil y me pongo a pensar. Quique necesita ayuda especializada y



vigilancia, eso por descontado, así que, con todo el dolor de mi corazón, llamo a su padre. Ni loca me atrevo a hablar con la madre, que, como dice la mía, es un piojo resucitado. Una secretaria que se lio con el jefe y dio el braguetazo.

El señor Doncel responde con rapidez y cuando le explico de forma rápida la situación, no sale de su asombro y, por sus palabras, creo que me culpa a mí. Acepta venir a recoger a su hijo y yo me siento como una mierda.

—¿Aquí no se desayuna? —pregunta Quique, acercándose.

—Toma —le paso el vaso de leche—, bebe esto.

—Por cierto, ahora me doy cuenta de por qué ya no me llamas para echar un polvo, por lo visto te tiras a ése —señala la puerta del estudio de Daniel.

—Cállate —le pido entre dientes.

—¿Y qué pasa con tu queridísimo Gaudi? El hombre de tu vida, tu amor.

—Maldita sea, Quique, cierra el pico —le grito, porque se está pasando tres pueblos.

—Joder, si lo habéis hecho delante mis narices. Ahí follando como conejos; ni siquiera te has molestado en cerrar la puerta.

Mierda, con los nervios y la tensión no me he dado cuenta de ese detalle y, de verdad, hasta la fecha el exhibicionismo no es lo mío.

—¿Lo saben en tu familia? ¿Que te acuestas con un tipo como éste?

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunto mosqueada.

Quique se sienta de malas maneras en el sofá, le debe de estar doliendo todo y los calmantes no le van a hacer mucho efecto. Le acerco la ropa, porque en cualquier momento va a llegar su padre y no quiero que lo encuentre de esta guisa.

—Pues que la estás cagando, Sun. Ése sólo busca una cosa y es comprometerte; ¿si no de qué iba a ayudarme?

A veces los hombres me dejan sin argumentos, pues a la estupidez ¿cómo se la combate? Seguro que si me doy de cabezazos contra la pared, obtengo mejores resultados.

Y lo peor de todo es que, como hablamos a voces, Daniel lo oye todo. Vaya imagen que estamos dando, justo lo que él ha dicho, dos inmaduros.

Suena el timbre del telefonillo, sobresaltándome. En teoría es el dueño quien debe abrir, pero me da que Daniel no se va a molestar, por tanto, soy yo la que responde.

Y sí, no hace falta ser muy listo, el padre de Quique ha llegado.

Voy corriendo a la habitación y le birlo un pantalón de deporte a Daniel, no quiero que Enrique Doncel (sí, Quique se llama igual que su padre) me pille en bragas. Suficiente habrá ya con el sainete que se va a montar.

—¿Dónde está ese irresponsable de hijo que tengo? —pregunta el padre, entrando como un elefante en una cacharrería.

—No me jodas que le has llamado tú —dice mi amigo, fulminándome con la mirada.

—Cálmate —le pido, pero no me hace caso.

Su padre se acerca a él y le suelta un bofetón antes de decir:

—Coge tus cosas y vámonos, que ya la has jodido bastante. —Después se dirige a mí—. Esperaba otra cosa de ti, María Asunción. Pensaba que eras una chica sana y sensata y, mírate, hecha una piltrafa. Hablaré con tu padre, no lo dudes.

Ha sonado a amenaza y yo sé que no habla en vano, la va a cumplir.

—Traidora —me acusa Quique—. Eres una jodida traidora, he confiado en ti y mira lo que haces con tal de echar un buen polvo.

Como habréis supuesto, estoy a punto de echarme a llorar.

—Quique... —susurro en un intento de que intente comprender.

—Vete a la mierda, Sun —sentencia y camina detrás de su padre.

Tengo que volver a casa y me parece una grosería marcharme sin despedirme del anfitrión, que, por cierto, debe de tener ahora una opinión sobre mí bastante negativa. Si quería hacer que desterrara la imagen de chica consentida y frívola, la he cagado. Sí, nada de eufemismos ni palabras suaves, es lo que he hecho.

Me pongo el vestido de fiesta y los tacones, recojo el bolso y voy hasta el estudio de Daniel, A pesar de que no está cerrada, llamo a la puerta. Entro cuando él me lo indica y me lo encuentro sentado delante de su portátil, con las gafas de leer y sin duda trabajando.

Se levanta y se acerca.

Yo me quedo quieta, como si hubieran echado pegamento en el suelo.

—Has hecho lo correcto —dice en voz baja.

—Eso no me hace sentir mejor —replico con una mueca.

—Me visto y te acerco a casa en un momento.

Niego con la cabeza.

—Mejor no —murmuro y le doy un beso en la mejilla—. Gracias por todo.

—No quiero tu agradecimiento...

## Capítulo 16

Nada más bajarme del taxi, sé que en mi casa se desarrolla una tragicomedia de las buenas. Está el Lexus nuevo de Juanjo (un regalo de boda, para que entendáis cómo funcionan las cosas, nada de lista de bodas y regalar una vajilla o una mantelería) así que si no ha venido a desayunar un día laborable, poco probable, pues rara vez lo hace, ya que va directo desde su dúplex hasta la oficina, sólo existe una explicación y no pinta nada bien para mí, porque a la hora de ejercer de hermano protector no tiene rival.

Mis sospechas se confirman cuando veo que mi padre, en vez de encontrarse en su despacho, está esperándome con cara de pocos amigos y, detrás de él mi querida madre, con expresión de disgusto.

—¡Por fin estás en casa! —exclama ella y me mira con desaprobación.

—¡Me ha llamado Enrique Doncel para contarme que mi hija se droga! —me espeta mi padre sin buenos días y sin nada.

—¿De dónde vienes así vestida? —interviene mi madre, fijándose como siempre en los detalles.

—Sun, ¿qué ha pasado? —remata Juanjo y junto a él la mosquita muerta de mi cuñada.

—Te veo pálida —murmura Nora y, de verdad, qué ganas de mandarla a paseo me están entrando y qué asco le estoy cogiendo.

Sí, lo sé, no ha hecho nada, pero no puedo evitarlo, porque cada vez que a mí me van mal las cosas, ella se alegra.

—¿Puedo, por favor, ir a mi cuarto, ponerme cómoda y explicároslo después? —les pregunto con retintín, pues parecen un tribunal inquisitorial.

—Acompáñala —le ordena mi padre a mi madre.

—Ay, hija, qué disgusto tenemos encima —comenta ella, siguiéndome hasta la habitación.

—Mamá... —me quejo, pero de poco me sirve.

—¿Quieres que te acompañe yo? —sugiere mi cuñada.

Porque soy una señorita, que si no le arranco los pelos.

No sé cómo Juanjo, con lo que ha sido, la soporta. Y va a tener que hacerlo, pues dudo mucho que si pretende divorciarse de ella lo acepten en la familia.

—Vamos, mamá —digo, antes de que Nora siga tocándome la moral.

Desnudarme y cambiarme de ropa delante de ella no me supone ningún problema, lo que me pone de los nervios es su mirada acusadora y que con disimulo curioseas entre mis cosas. Estoy por decirle que guardo la mercancía en la caseta de la piscina, junto al cloro y otros productos de limpieza del agua para que los perros de la policía, si nos registran, no la encuentren. Pero me muerdo la lengua porque no quiero empeorar la situación y la ironía. En estos casos, mejor me la reservo.

Con un aspecto más sencillito, pichi vaquero, camiseta rosa y *sneakers* color bronce de la última colección de Hilfiger, regreso al salón, donde se desarrolla el aquelarre familiar y encima se nos ha unido el padre de Quique.

—Ella es la que ha incitado a mi hijo —me acusa sin anestesia.

—Calma, por favor —tercia Juanjo—. Sun, cuéntanos qué ha pasado.

—Que mi hijo, con tal de seguirle el ritmo, porque ella hace lo que quiere con él, se está drogando —insiste el señor Doncel.

—Eso no es cierto —murmuro y, la verdad, así no resulto muy convincente—. Quique tiene un problema con lo que consume.

—¿Desde cuándo? —pregunta mi padre.

—Desde hace ya tiempo, al principio...

—¡Eso es una excusa sin fundamento! ¡Nos hubiéramos percatado de ello!

—Hija, ¿tú te drogas? —pregunta mi madre con preocupación.

—No.

—¿Estás segura? —suelta el padre de Quique, más encabronado que nunca

—. Estáis juntos todo el día, de acá para allá, no me creo que no lo hayas incitado a consumir.

—¿En qué idioma quiere que se lo diga? —pregunto, perdiendo las formas

—. Yo no me meto nada. Todos los que me conocen saben lo estricta que soy con la dieta. ¡Ni siquiera fumo!

—Me gustaría creerte —sentencia el señor Doncel con desprecio.

—Lo mejor sería que se hiciera unos análisis —tercia mi cuñada, la pavisosa.

—¡Qué buena idea! —exclama mi madre, que parece ver la luz al final del túnel.

—Me parece excelente —la secunda mi padre—. Iremos a la clínica del doctor Laguna y así saldremos de dudas.

—Vamos ahora mismo —gruñe el padre de Quique.

Bueno, un análisis de orina cuesta muy poco y me puede ayudar, así que, como si fuéramos un clan mafioso, salimos de casa todos juntos en dirección a la clínica a la que siempre hemos acudido. Mi paso por la sanidad pública, como habéis comprobado, ha sido una anécdota, no volverá a ocurrir.

Como es de esperar, pasamos directamente a la consulta del doctor, el mismo que atendió a mi madre en el parto, así que me conoce muy bien. Me saluda con cariño y nos sentamos todos, sí, todos, vaya estampa, en la consulta, lo que queda grotesco a más no poder.

—Debe de ser algo muy grave —murmura el médico con un deje de ironía—. A ver, ¿quién es el enfermo?

Levanto la mano con cautela, aunque no habría hecho falta, todos me señalan.

—Yo te veo bien, María Asunción.

El doctor Laguna siempre se dirige a mí con mi nombre completo. No le entra en la cabeza que me llamo Sun.

—Nada.

—¿Entonces?

Diálogo de besugos hasta que Enrique Doncel dice:

—Se droga.

La sorpresa del médico es mayúscula y me mira en busca de una explicación, que voy a dar, pero de nuevo se me adelantan:

—Ella y mi hijo están metidos en el mundo de la droga. Esta mañana he recogido a Quique en casa de su camello, malherido, con dos costillas rotas y, según el informe del médico al que fueron de urgencias, había consumido un cóctel de drogas. Para que no los pillaran, ella lo llevó a un hospital público.

Atención a lo que ha dicho. Uno, Daniel es un camello. Dos, es todavía más grave que fuéramos a urgencias y, tres, cóctel de drogas. Qué imaginación tiene este hombre.

—¿Fuiste a un hospital público? —pregunta mi madre horrorizada.

Y ésa es sin duda una prueba en mi contra, ya lo veréis.

—Sí, no quedaba más remedio —admito—. Y no trataba de ocultar nada.

Esto último sabéis que es mentira, mi idea era evitar que Quique se viera expuesto y ahora yo voy a pagar los platos rotos.

—¿Por qué si no iba a hacerlo?

—Bueno, bueno, vamos a salir de dudas —dice el médico con aire conciliador. Llama a una enfermera, que se persona en dos minutos.

—Acompáñame, por favor. Vamos a la sala de extracción —me dice la mujer con una sonrisa.

—¿Perdón?

—Vamos a sacarte sangre, María Asunción, así saldremos de dudas.

Sangre, agujas, sangre, agujas. Ya lo veo todo rojo.

—¿Y no basta con uno de orina?

De acuerdo, hacer pis en un bote es horrible, pero puedo pasar por ello.

—También lo vamos a hacer —me confirma el doctor Laguna.

—No pueden sacarme sangre —protesto.

—Eso prueba mi teoría, estás tan drogada como Quique. Por eso no quieres hacerte el análisis, ahí no podrás mentir.

Miro a mis padres, ellos conocen mi aversión por las agujas; sin embargo, se callan. Me van a hacer pasar por esto en vez de concederme el beneficio de la duda.

—María Asunción, ve, por favor —dice mi padre.

Como si me llevaran al matadero, camino junto a la enfermera, que sonrío. Supongo que para rebajar la tensión, aunque sin éxito.

En la sala de extracción miro alrededor y cada vez me siento peor. Entre una cosa y otra ni siquiera he desayunado y cuando se lo digo a la enfermera dice que mejor.

—¿Puedo tumbarme? —pregunto con un hilo de voz.

—Estás pálida —murmura preocupada.

Me ayuda a acostarme en la camilla. Respiro como me indica y miro hacia otro lado. Aún no he sentido la aguja y ya estoy tensa. A la enfermera le cuesta encontrar la vena y me palpa el brazo una y otra vez, lo que me hace ponerme más nerviosa. Cierro el puño como me indica y justo en este instante noto el pinchazo.

Se me cae una lágrima y empiezo a marearme. Lo sé, soy una exagerada, pero cada una tiene sus miedos. No me critiquéis por ello.

La enfermera me deja sola, tumbada, y se va con las muestras. Doy por hecho que los resultados estarán en breve. No necesito que me lo digan, pero con este mal trago al menos mi nombre quedará limpio.

No sé el tiempo que llevo tumbada. Ya se me ha pasado el mareo y me levanto para ir a la consulta. No hace falta que me indiquen el camino, las voces de mi padre y del señor Doncel alteran la tranquilidad de la clínica. Fuera están mi madre, Nora y Juanjo, con cara de disgusto.

—María Asunción, qué mal rato estoy pasando —se queja mi madre.

Hacía mucho que nadie repetía mi nombre tantas veces. Y ella lo está pasando mal. No me esperaba otra reacción.

—¿Estás bien? —me pregunta Juanjo.

La pavisosa de mi cuñada sigue ahí, mirándome, sin duda disfrutando de mi



desgracia y me pregunto qué le he hecho yo.

—Ya tengo los resultados —dice el doctor Laguna acercándose. Me mira y añade—: Que entre sólo ella.

—Pero doctor... —protesta mi madre, aunque se calla ante la determinación del médico.

Dentro siguen voceando, pero al entrar dejan de hacerlo. Me siento y aguardo a que el médico empiece a hablar.

—Antes de nada, debo pedirles que dejen de discutir —dice el doctor Laguna, advirtiendo con la mirada a mi padre y al de Quique. Después comienza a leer. Por su expresión nada se deduce y estoy a punto de perder la calma cuando por fin añade—: María Asunción, tu análisis es muy claro, ni rastro de drogas.

—¿¿Qué?! —exclama el señor Doncel, incrédulo—. ¡Hay que repetirlo!

—No, no es necesario. Por los resultados se ve que, de haber consumido alguna vez, eso debió de pasar hace mucho tiempo.

—Exijo una disculpa —clama mi padre—. Has acusado a mi hija injustamente, cuando resulta que sólo Quique se droga. Ocupate de tu hijo y deja a la mía en paz.

Gracias, papá, pienso. Un poco tarde, pero gracias.

Enrique Doncel se marcha de mal humor y yo me quedo sin disculpa, aunque poco importa ya.

—Gracias por todo, doctor —murmuro, dispuesta a irme.

—Espera, hay algo más. —Qué mal ha sonado eso—. María Asunción...

—¿No estará embarazada? —pregunta mi padre, dejándome patidifusa.

¿Y si...? Mierda, no puede ser. ¿Verdad? No puede ser, no puede ser, me repito.

—No, Pedro, no lo está, lo que sí observo es un principio de anemia, debes cuidarte y por eso voy a prescribirte un suplemento de hierro.

Así que tengo anemia. Vaya, es sin duda una mala noticia, aunque, teniendo en cuenta el resto, hasta puedo considerarlo una buena.

Regresamos a casa, yo voy en el coche con mi padre, que intenta sonsacarme. Le doy respuestas vagas, porque lo único que quiero es llegar a mi cuarto, cerrar la puerta con pestillo y dormir.

Antes de lograrlo, les envío un mensaje a mis amigas, tengo que quedar con ellas y contárselo en persona, pero cuando esté mejor, así que les pido que no me llamen. Tanto Mapi como Gema lo entienden.

\* \* \*

Creo que he dormido todo el día, tumbada sobre la cama, ni siquiera me he desvestido. Miro al techo y me pregunto en qué momento empecé a hacer las cosas mal. Pienso en Quique, en el lío en el que está metido y en cómo va a salir de él. He sido una ilusa al creer que podría ayudarlo yo sola.

Se me escapan las lágrimas debido a la impotencia. Suspiro y ruedo en la cama, incapaz de aguantarme a mí misma. Necesito algo, no sé qué. Algo que me ayude a no pensar, no mucho en todo caso. Y entonces cojo el móvil y escribo un mensaje:

Estoy llorando en mi habitación.

Sé que pensaréis que estoy siendo egoísta, pensando sólo en mí, y que debería dejar en paz a Daniel, pero ha sido el primero al que he recurrido. También sé que no es muy aficionado a mandar mensajitos. Miro el móvil, lo ha visto, aunque dudo que responda.

Contra todo pronóstico, el móvil emite un pitido.

¿Y todo se nubla a tu alrededor?

Parpadeo. ¿Qué clase de respuesta es ésa? Así que escribo:

¿Qué dices?

Qué poquita cultura musical tenemos.

Entonces empiezo a darle vueltas, no sé adónde quiere llegar, pero al menos con la tontería ha logrado que deje de llorar.

Me pongo en pie, dispuesta a cambiarme de ropa. ¿Es mala idea salir ahora de casa? Sin duda, mi madre seguro que me atosiga a preguntas. Ya cuento con ese inconveniente. Da igual, necesito salir, bueno, miento, y ya os habréis dado cuenta. Y pese a que va en contra de mis principios, busco en el vestidor ropa deportiva, la que sólo utilizo en el gimnasio y que en este caso me servirá como disfraz perfecto. Aún no ha anochecido y salir a correr por la urbanización no resultará sospechoso. Tengo que prescindir de mi coche, aunque para eso están los taxis.

Como era de esperar, mi madre me atosiga a preguntas y, para que me deje tranquila, tomo el suplemento de hierro que me ha recomendado el médico delante de ella. Le prometo que sólo voy a correr un rato para despejarme. No se convence del todo, pero logro salir de casa.

Por si acaso, me pongo a correr por la calle, a un ritmo relajado, y así me dirijo hasta la garita del guardia, que, al verme, me saluda con una sonrisa y hasta sale de la cabina para abrirme la puerta. Me alejo un poco más antes de coger el móvil y llamar un taxi.

Durante el trayecto pienso una y cien veces lo mal que estoy de la cabeza. Soy consciente de que me estoy equivocando y que voy directa al lugar menos apropiado, pero he llegado y ya ni siquiera titubeo.

Cuando llamo al telefonillo y murmuro «Soy yo», la puerta se abre sin más preguntas. Y una vez arriba me encuentro a Daniel esperándome con la puerta abierta. Su expresión no dice nada.

Sólo me queda una opción.

Y me lanzo a sus brazos.

## Capítulo 17

Cuando una se lanza a los brazos de un hombre lo que espera es ser bien recibida, reciprocidad, en una palabra, en cambio Daniel no me abraza, sino que me agarra el culo, me levanta y, a trompicones, camina hasta la barra de la cocina, donde me sienta antes de situarse entre mis piernas.

—No deberías hacer estos excesos —bromeo y no he debido de tener mucha gracia, pues él tuerce el gesto.

—¿Dudando de mis capacidades?

—No —murmuro y por fin me besa.

Va directo, con fuerza, tirándome de la coleta y poniendo en peligro mis extensiones, que ahora me traen sin cuidado. Semejante agresividad me encanta, me enciendo como con ninguna otra cosa. Y él lo sabe, vaya si lo sabe, porque me toca por encima de la ropa deportiva.

—Quítamelo —exijo, y Daniel se pelea con mi sujetador de deporte.

—¿Qué mierda es esto? —pregunta y levanto los brazos, pero al ser tan ajustado y yo estar algo sudada, cuesta más de lo que desearía.

Nada más tenerme desnuda de cintura para arriba, se lanza a por mis pechos, estrujándolos sin piedad hasta hacerme gritar.

Enredo las manos en su pelo cuando sustituye las manos por la boca. Succiona con ganas, haciendo un ruido de lo más obsceno, que se mezcla con mis jadeos.

Tras dejarme los pezones doloridos, aunque con ganas de más, la emprende con las mallas de deporte. Culebreando yo, logra bajármelas y, debido a lo ajustadas que son, se me quedan atascadas en los tobillos.

—¿Qué ha pasado con esos vestiditos tan monos que llevas?

—Hoy no es el día para ir mona —musito entre gemidos.

Siento el frío en el trasero y lo ayudo a deshacerme de las mallas, quedándome a su entera disposición. Daniel aún lleva toda la ropa puesta y eso no puedo permitirlo.

—Tú hoy sí que estás guapo —canturreo, desabrochándole la camisa de vestir. Parece buena, pero no veo la etiqueta de diseñador por ningún lado. ¿Y qué me importa ese detalle ahora?

—Déjate de piropos —gruñe, mientras se pelea con el cinturón.

Lo cierto es que entre una cosa y otra no me he parado a mirarlo bien. Debe de haber tenido algún compromiso de trabajo para ir tan elegante. El pantalón de vestir gris marengo y la camisa blanca. Un clásico masculino que nunca falla.

Metó la mano dentro de sus pantalones y más allá, hasta agarrarle la polla y comprobar lo dura que la tiene.

—Voy a follarte a base de bien —gruñe mientras lo masturbo— y después puede que hasta te deje chupármela.

—¿Y por qué no al revés? —pregunto sugerente.

—Pídelo bien y te complaceré —musita jadeante, pues mi mano sigue sujetándole la erección y sacudiéndosela.

—¿Quieres que me ponga de rodillas? —replico, arqueando una ceja.

—Después —contesta y me agarra del culo para acercarme al borde.

Aparta mi mano de forma brusca y pega su pelvis a la mía, empujando luego hasta clavármela. Mi reacción, además de gemir como una posea, es rodearle las caderas con las piernas y apretar cuanto me permiten los músculos, para sentirlo bien profundo.

Y empieza a penetrarme a un ritmo endiablado. Me besa, me muerde el labio inferior, sus manos me pellizcan donde alcanza...

Vaya combinación, está que se sale, y yo, a este paso, no voy a poder aguantar ni cinco minutos.

—Mira hacia abajo —jadea, y obedezco—. Mira... cómo entra y sale.

—No me hace falta mirar, ya lo noto.

—Es mucho más excitante verlo al mismo tiempo que sentirlo —susurra con morbo.

—Sí, estoy de acuerdo.

—Me pone muy cachondo mirar. Échate hacia atrás, yo te sujeto.

Para que el plano sea más completo, me reclina lo imprescindible y yo tenso los músculos del abdomen para no caer de espaldas.

—Menos mal que hago pilates —gimo.

—Me encanta cómo me aprietas la polla, cómo vibras y jadeas antes de correrte.

Trago saliva y asiento. A mí también me excitan mucho sus palabras, explícitas y como siempre rayando la vulgaridad. Bueno, seré sincera, me excitan muchas más cosas de él.

—Daniel... —jadeo—. Daniel...

—Joder, ¿ya vas a correrte?

—Sí. Claro que sí.

—No sabía que venías tan cachonda —añade y embiste con más ímpetu.

—No aguanto más —musito a puntito, tan a puntito que me corro.

Daniel parece tener las pilas a tope, pues entre gruñidos y empujones tarda más en alcanzar el clímax, aunque cuando lo hace emite un gemido muy elocuente.

—¡La madre que te parió, follas de puta madre! —exclama, con la respiración entrecortada.

—¿Estás bien? —susurro, peinándolo con los dedos.

—¿Eso no debería preguntarlo yo?

—Lo digo por el esfuerzo que has hecho —explico, y Daniel tuerce el gesto.

—Se supone que eras tú la que te sentías mal —replica con ironía.

—¡Es verdad! —murmuro y entonces me echo a llorar—. No te imaginas el día tan horrible que he pasado.

Me mira arqueando una ceja, así que me veo obligada a aclarar:

—Si exceptuamos esta última media hora.

—Diez minutos, más bien —me corrige mirando el reloj.

—Abrázame —le pido en un susurro—. Ni te imaginas lo que he tenido que soportar.

Lloriqueo, porque el simple hecho de revivirlo me hace imposible contenerme.

—A ver, cuéntamelo.

—¡Me han pinchado para hacerme un análisis de sangre! —respondo llorando—. No te imaginas el sufrimiento. Me veía morir... No se lo deseo ni a mi peor enemigo.

Daniel me mira fijamente y dice:

—Sun, no es para tanto.

—¡¿Qué?! —lo aparto de un empujón; sin embargo, él se limita a subirse los pantalones y mantenerme acorralada.

—Todos los días la gente se hace análisis y te aseguro que nadie se muere.

—Qué insensible —le replico, y se echa a reír—. Y, por si fuera poco, me han dicho que tengo anemia.

—Eso sí que es grave —afirma dejando de reírse—. ¿Has cenado?

—No, he venido directa desde mi casa.

Le cuento mi salida fingiendo ir a hacer *running* hasta llegar aquí.

—Te invito a cenar. Vístete.

—¡Ni hablar! No pienso salir con ropa deportiva por ahí.

—Te voy a llevar a un local aquí cerca.

—Hummm, Daniel, no he visto ningún restaurante cerca de tu casa, no al menos uno decente.

Se ríe entre dientes, mientras coge la cartera y las llaves.

Quiero negarme, buscar excusas, pero Daniel no atiende a razones. Así que termino siguiéndolo con unas mallas, un top deportivo y mala cara, mientras él va hecho un figurín.

Ir cogidos de la mano es una anécdota, no saquéis conclusiones absurdas, por favor.

—Debes de estar de guasa —comento delante de un... bueno, lo llamaré bar de barrio para ser amable—. ¿Vamos a cenar aquí?

Vuelve a reírse y me sostiene la puerta para que entre.

Cuando me indica que nos sentemos en unos taburetes de madera y una mesa de formica o algo parecido, miro alrededor y leo los letreros escritos de mala manera con las especialidades de la casa. Mejor no pregunto qué son algunas cosas, para no ponerme nerviosa.

Un camarero se acerca, limpia la mesa y nos entrega una cartulina plastificada que viene a ser un resumen de lo que tienen puesto en la pared. Pero antes de que pueda echarle un vistazo, Daniel me lo arrebató y hace el pedido.

—No pienso comerme eso que has pedido —le advierto muy seria—. A saber las calorías y grasas saturadas que lleva, por no mencionar el pan industrial.

—Sun, es un bocadillo de calamares. No hagas un drama.

Nos traen primero las dos jarras de cerveza y, si bien no soy muy aficionada a esta bebida, tomo un sorbo y, a pesar de mis temores, sigo bebiendo. O bien estoy baja de defensas o mal de la cabeza, o las dos cosas.

—No bebas tan deprisa, espera que traigan la comida —me recomienda él.

Cuando dejan delante de nosotros los bocadillos, trago saliva; son enormes, con uno así tendría al menos para una semana.

Abro el pan y se me revuelve el estómago al ver tal cantidad de aceite pringándolo todo. Daniel pincha un calamar con el tenedor y me lo ofrece.

—Come —me insta y niego con la cabeza—. No te obceques, que termino obligándote a comértelo aquí delante de todos.

No hay muchos clientes en el local, aunque sí los suficientes para quedar en evidencia, así que, contraviniendo todas las recomendaciones de mi nutricionista, abro la boca y pruebo este horror culinario.



—No te lo perdonaré jamás —farfulto masticando.

—Lo mismo dijiste del chocolate con churros —me espeta y bebe un buen trago de cerveza antes de hincarle el diente a su bocadillo.

Miro alrededor, a diferencia de lo que imaginaba, no soy el centro de atención, nadie me mira por ir vestida con ropa de deporte a la hora de la cena. Cada uno está a lo suyo.

Daniel come tranquilo, aunque me vigila, así que pellizco el pan para disimular, pero no cuela y he de dar otro bocado, y otro y otro, hasta que me doy cuenta, con auténtico horror, de que me he zampado más de la mitad del bocadillo y acabado la cerveza.

—¿Ves como no es tan grave? —me pregunta con retintín—. ¿Te pido otra?

Levanta su jarra de cerveza y enseguida se acerca el camarero con dos llenas.

—No me lo puedo creer —me lamento mientras niego con la cabeza ante mi comportamiento. No es propio de mí hacer estos excesos. Sé que lo voy a lamentar después, pero cada bocado que pruebo tiene alguna especie de sustancia adictiva, porque no dejo de comer.

No me critiquéis por esto, prometo ir mañana mismo al gimnasio.

—Mira que te gusta exagerar.

—No sé cómo te mantienes en forma con esta porquería de alimentación que llevas.

—Hace un rato me has hecho gastar unas cuantas calorías —replica y sé que me he puesto colorada, por lo que, muy digna, decido no entrar al trapo—. Y, por si lo dudabas, voy a gastar unas pocas más.

Me atraganto y él se descojona a mi costa.

Entre una cosa y otra he cenado, sí, no se lo digáis a nadie, en un bar de barrio. No me han faltado ganas de exigirle al dueño que me mostrase una licencia o algo que acreditase que tiene autorización para vender alimentos, porque no terminaba de fiarme, pero me he contenido y además las vitrinas donde están expuestos los alimentos parecen limpias.

Regresamos a casa, el paseo es muy corto. Ahora es cuando debería despedirme, ya he obtenido mi dosis de desahogo.

—¿Vas a quedarte a pasar la noche o vas a buscar alguna excusa ridícula para marcharte? —me pregunta Daniel justo delante del portal.

—¿Quieres que me quede? —replico jugando sucio, pues en sus palabras quedaba implícito.

—Te he comprado un cepillo de dientes.

Daniel no es un hombre dado a las discusiones bizantinas, así que abre la puerta y subimos a su apartamento.

Con la confianza que ya tengo, voy al cuarto de baño y, sin los apuros del primer día, aunque lo de no tener pestillo me sigue torturando, me ocupo de mis cosas. Cuando salgo, veo que me ha dejado sobre la cama una camiseta y uno de sus bóxers sin estrenar por si quiero usarlos.

Me los pongo y, curiosa como soy, me acerco al espejo del vestidor para observarme con una prenda tan masculina sobre mi cuerpo.

Entonces oigo un silbido muy elocuente.

Y no sé por qué, termino posando para él, poniéndole morritos, soltándome el pelo y bailando una melodía imaginaria mientras Daniel se tumba en la cama, desnudo, y me mira sin pestañear.

Con lo mal que lo he pasado, al final termina siendo un día (y una noche) memorable.

De esto último no os doy detalles, así dejáis volar vuestra imaginación.

## Capítulo 18

—Sun, tengo que irme —susurra Daniel y me da un beso en el hombro.

Somnolienta, es lo que tiene dormir a trompicones, porque él se empeñó en quemar calorías y ahorrarme el gym, me vuelvo para encontrármelo vestido otra vez con un atuendo de lo más ejecutivo.

Esta vez lleva un traje azul con raya diplomática y camisa blanca.

—¿Hummm? —es lo único que soy capaz de decir, estirándome en la cama como una gata mimosa.

—No me tientes —dice divertido.

—Sólo intento despejarme. ¿Qué ocurre?

—Tengo una reunión importante y mañana salgo de viaje —explica, mientras me aparta el pelo de la cara. Una actitud cariñosa muy diferente a la canalla que mostró anoche.

Ambas facetas me gustan, que quede claro, por si alguien lo duda.

—Ah, vale —contesto sin saber bien qué decir, pues, a pesar de que no me apetece levantarme, me está echando de forma sutil.

—No, no hace falta que te levantes, puedes quedarte el tiempo que quieras —me dice cuando hago amago de incorporarme.

—¿Quieres que te prepare la maleta? —pregunto y bostezo.

Necesito dormir doce horas seguidas por lo menos. Habré quemado calorías, pero aun así las ojeras van a ser visibles incluso bajo el mejor corrector.

—No hace falta —responde riéndose—. Ya me ocuparé yo esta tarde cuando vuelva.

—¿Esperas que me pase aquí todo el día esperándote?

Nada más formular la pregunta me doy cuenta de que ése, en teoría, será mi cometido cuando me case y por lo tanto no debería suponerme ningún problema, pero se me antoja aburrido.

—Por supuesto que no —me corrige y aparta la sábana para darme un repaso visual—. Te he dejado un juego de llaves en la entrada.

Uy, uy, uy, esto empieza a ponerse muy trascendental. No me digáis que no es para pensarlo detenidamente.

—¿Llaves?

—Por si quieres volver —añade y mi alarma de peligro no se desactiva, más bien todo lo contrario.

Ha dejado la pelota en mi tejado.

Y yo no sé qué debo hacer ahora, aparte de sonreír como si la idea fuera fabulosa.

—Tengo compromisos de trabajo, estaré una semana fuera. A mi vuelta, creo que debemos hablar —afirma y se inclina para darme un beso rápido—. Y para que no te pongas quisquillosa, reservaré mesa en uno de esos restaurantes pijos que tanto frecuentas.

—Un detalle por tu parte. Y ya que lo mencionas, te sugiero el Cienfuegos.

—Muy bien. Haré la reserva.

Lo observo salir del dormitorio y apenas un minuto después oigo el chasquido de la cerradura. Se ha ido. Bueno, no me digáis que esta escena no es típica de película. Ella, desnuda en la cama, suspira porque él se marcha a trabajar, y se queda encantada de la vida porque ha dicho: «Tenemos que hablar».

—Uff—resoplo y me acuesto boca arriba.

No creo que mirando el techo vaya a encontrar respuestas a todas mis preguntas, pero al menos me relajo. O eso creo, pues de repente empiezo a darle a vueltas a todo lo que me preocupa.

En primer lugar Quique, no sé nada de él y no me he atrevido a llamarle. Lo más probable es que su familia lo haya ingresado en algún centro de

rehabilitación y lo tengan sin móvil. Aun así me gustaría saber cómo se encuentra. Pero llamar a su casa significa enfrentarme con sus padres y no me apetece.

Segunda cuestión, mis amigas. Siempre nos repetimos que no vamos a dejarnos de lado por un hombre y ayer, en vez de contar con ellas, me fui directa a los brazos de Daniel. Bueno, sí, me ayudó mucho, pero he de contactar con Gema y con Mapi; ellas tienen que conocer toda la historia y a buen seguro que sus opiniones serán de agradecer.

Y sin olvidar a Gaudi. Oh, cielo santo, ¿cuánto hace que no sueño con él?

Lo tengo arrinconado, apenas he pensado en él y eso no es bueno. Tengo que volver a verle, hablar con él y, por supuesto, retomar mis planes. Oh, por favor, soy una descarriada, como diría mi madre, pues estando enamorada hasta las trancas, que no se me olvide, me acuesto con otro.

—Tenemos que hablar... —repito en voz baja, pese a que estoy sola.

¿Y eso qué significa?

De repente me siento inquieta y nerviosa, necesito apoyo moral y eso sólo lo puedo obtener de mis amigas.

Busco rápidamente el móvil y envío un mensaje a nuestro grupo, pidiéndoles que nos reunamos, aunque yo antes he de ir a casa y vestirme de forma adecuada.

Me levanto y, tras pasar por el cuarto de baño, aprovecho para curiosear un poco. Sí, está muy mal, regañadme, pero lo voy a hacer.

El vestidor de Daniel, como creo que ya os he contado, es visto. No se trata de un armario con puertas, no, los colgadores, las estanterías y los cajones quedan a la vista, de tal forma que parece mucho más amplio. Lo tiene todo ordenado y clasificado.

Y yo empiezo a husmear en sus trajes. No tiene muchos, eso sí, todos elegantes y ninguno de diseñador; el resto de su ropa es similar, calidad y poco más.

Cómo no, abro los cajones. Primero me encuentro calcetines y después

ropa interior. Todo en su sitio, pocas prendas y ordenadas.

Me gustaría seguir, pero un aviso en el móvil me alerta de que tengo mensajes. Gema y Mapi me proponen ir a almorzar juntas, así que no puedo quedarme. Me visto, me hago una coleta y al salir veo las llaves que me ha dejado Daniel. Las cojo por si acaso, aunque no debería.

En casa, como no podía ser de otro modo, me espera mi madre, bastante enfadada por mi espantada de la noche anterior. Y, claro, no se le puede decir que he estado con un hombre, eso jamás. Así que miento, otra vez, y le digo que me pasé por casa de la tía Avelina. En cuanto lo suelto, le envío un mensaje para que me cubra. A ver, mi tía se lía un poco con el WhatsApp y me envía un pulgar hacia abajo en vez de hacia arriba, pero sé que no me delatará.

Aun así, como la conozco, en cuanto estoy a solas en mi cuarto, la llamo.

—Hola, tía, ¿has leído el mensaje?

—Sí, cariño. ¿Estás bien? Me llamó ayer tu madre horrorizada, porque dice que te drogas. ¿Te drogas, Sun?

—Son cosas de mi madre, es muy exagerada.

—Ay, cariño, no se te ocurra, ¿vale?

—Que no, tía.

—¿Y para qué necesitas que te cubra?

—Porque he pasado la noche en casa de un amigo.

—¿Un amigo? ¿No será algo más?

—No, tía.

—Pues es una pena, porque a lo mejor es un buen chico y te olvidas de ese que tú y yo sabemos.

A tía Avelina no merece la pena engañarla. Sabe guardar un secreto y entiende que cada una tomamos nuestras decisiones. Ella sabe mucho de callar durante años y por eso siempre me echa un cable. Bueno, también por tocarle un poco la moral a mi madre, que sigue aceptando a regañadientes que se haya casado con una mujer.

—Dale recuerdos a Marcelina y un beso.

—De tu parte, cielo, y ven a vernos una tarde.

—¡Lo haré! —prometo, porque son la mar de divertidas.

Con la coartada perfecta, me voy a la ducha, de donde salgo exfoliada y dispuesta a elegir un atuendo veraniego. Me decanto por una minifalda roja y camiseta de aire marinero, junto con unas sandalias planas.

Con ropa más adecuada, bolso, las llaves del coche y la tarjeta de crédito, me dirijo hacia el lugar de encuentro con mis amigas. Gema ya está allí, pero no voy a contar nada hasta que aparezca Mapi, que por suerte lo hace apenas cinco minutos tarde.

—No sé ni por dónde empezar... —digo mirándolas.

Y lo hago por el final, repitiéndoles la fase de Daniel, ante lo que ambas abren los ojos como platos. Aunque para llegar a eso antes he de hacer un resumen.

Hablamos de Quique, de cómo fui a buscarlo a un bar de mala muerte y en qué estado lo encontré. Gema asiente comprensiva y Mapi murmura:

—Se veía venir.

Les traslado mi preocupación por mi amigo. Pese a que se comportara como un auténtico cretino, sé que necesita ayuda y, en cuanto se ponga bien, quedaré con él. Las chicas también le desean lo mismo, por supuesto.

Cuando les comento lo del análisis de sangre, Gema resopla, porque piensa que soy una exagerada, en cambio Mapi, que me conoce, se solidariza conmigo.

Y como no podía ser de otro modo, volvemos al inicio de la charla.

—¡¿Eso te ha dicho?! —exclama Gema sonriendo—. Es muy bonito.

—Es peligroso —la contradice Mapi—. Mucho.

—A ver, que no me ha pedido que me case con él, no seáis tan exageradas —me veo obligada a decir.

—Pues sí que follaste bien para que soltara semejante bomba —reflexiona Gema.

Sonrío y hasta me sonrojo.

—Más que bien —admito y hasta suspiro.

—De ahí la confusión —tercia Mapi—. Tanto sexo embota la mente, porque ¿no te habrás enamorado?

—Humm, no —respondo sin toda la convicción que debería—. Ya sabes a quién quiero con toda mi alma.

—No te veo muy convencida —aduce Mapi, que me conoce bien.

—¿Y si Gaudi no es el hombre de tu vida? —sugiere Gema y ambas la fulminamos con la mirada—. Oye, en los últimos tiempos apenas nos hablas de él, por algo será.

—No vuelvas a decir algo así —le advierto.

—Es lo que pienso —se justifica encogiéndose de hombros—. Y por lo que cuentas el tipo se porta bien. Además, lo vimos en la boda de tu hermano y no está nada mal.

—Eso es verdad —admito a regañadientes.

—Bueno, centrémonos, ¿qué vas a hacer ahora?

—Intentar ver a Gaudi, desde luego, aunque se muestra cada vez más esquivo.

—Ya sé que me voy a ganar vuestro rencor eterno, pero ¿por qué no pruebas a tener algo, lo que sea, con Daniel? Para empezar, él no te manda a paseo, aguanta tus cosas de niña pija, en la cama es estupendo y además se lo ve sensato.

—Déjala, está saliendo con un camarero, no tiene mucha perspectiva —dice Mapi.

—Bueno, Daniel es profesor universitario, no es lo mismo —murmuro.

—Qué perra habéis cogido con mi novio.

—¿¿Novio?! —gritamos Mapi y yo horrorizadas.

—¿No era sólo un rollo? ¿Un pasatiempo?

—Pues sí, Alberto es mi novio y no voy a ocultarlo más —admite Gema y nosotras nos llevamos las manos a la cabeza—. Soy feliz, es un chico estupendo y nos llevamos bien.



—Al final te arrepentirás... —murmura Mapi.

—Eso no puedes saberlo y de momento tengo sexo —alega ella toda ufana.

—Eso es verdad —comento, pues me encuentro en la misma situación—. Aunque lo bueno sería sexo y chico ideal.

—Dejadme en paz, que a mí me van bien las cosas —protesta Gema y me señala—. La que no se decide es ésta.

—Como quieras —contesta Mapi—. Ahora vamos a solucionar el asunto de Sun.

—Soy toda oídos —digo yo, la interesada—. Ese «tenemos que hablar», ¿cómo lo interpreto?

—Yo me callo, que seguro que termináis enfadadas conmigo si digo lo que pienso —masculla Gema y hace el gesto universal de cerrarse la boca con una cremallera.

—Quiere algo serio contigo —sentencia Mapi y, en vez de horrorizarme y preocuparme como debería, sólo siento una ligera inquietud.

—Eso es muy bonito —dice Gema con la boca pequeña y yo sonrío—. Y halagador, por supuesto.

—Lo sé —admito.

—No te confundas, Sun —me corrige Mapi—, puede que sólo intente dar el braguetazo.

—¡Qué mal pensada eres! —exclama Gema, negando con la cabeza—. No tiene pinta de cazafortunas.

—Eso es verdad —salgo en defensa de Daniel—. Además, ya ha estado casado, no creo que quiera repetir.

—Pues más a mi favor —se obstina Mapi—. El sueño de tu vida es casarte.

—El sueño de mi vida es casarme con Gaudi —puntualizo.

—¡Pues entonces hay que retomar la operación reconquista! —exclaman ellas, levantando para brindar su zumo ecológico de melón y limón.

—De todas formas, no voy a dejarlo plantado, iré a esa cena y hablaré con él —afirmo, convencida de que es la mejor forma de despedirme de Daniel.

## Capítulo 19

La semana ha transcurrido de forma anodina. Mis padres intentando controlar mis idas y venidas. Vaya marcaje al que me han sometido.

Incluso pillé a mi madre hurgando entre mis cosas, por si hubiera escondido allí la mercancía. Se justificó diciéndome que se preocupaba por su hija, aunque yo más bien creo que, tras la visita de la madre de Quique, ésta le llenó la cabeza de pájaros y actuó en consecuencia: volviéndome loca.

He estado tentada de guardar un poco de bicarbonato en una bolsita para que lo encontrase y así darle la razón.

Y no ha estado sola en la tarea de martirizarme, Nora se ha unido al comité de dar por saco a Sun. Como no tiene otra ocupación, se pasa por casa todos los días por la mañana y, tras calentarle la cabeza a mi madre, intenta después comportarse como una amiga, fingiendo preocuparse por mí. Y mira que la mando a paseo, pero nada, insiste y, claro, me agobia tenerla pululando a mi alrededor.

Sigo sin entender por qué me tiene tanta inquina. ¿Qué gana tocándome las narices? Lo he reflexionado cientos de veces y no llego a ninguna conclusión, pues desde que Juanjo nos contó que se casaban, yo no me he opuesto. Cierto que no fui la primera en alegrarme, pero después acepté la decisión de mi hermano.

En fin, quiero pensar que en algún momento me dejará tranquila.

Yo de momento me estoy arreglando para mi cita con Daniel. No he sabido nada de él durante la semana. Ni un mensaje, ni una llamada, claro que yo tampoco me he puesto en contacto con él. He preferido que pasaran los días y ver hasta qué punto tengo las cosas claras.

Sólo me ha enviado un escueto mensaje indicándome la hora. El lugar ya lo sabía, tal como le sugerí.

Me observo en el espejo. Debería haber elegido un atuendo más sencillo, para que no se cree falsas expectativas, pero me apetecía ponerme este vestido. Verde oscuro, ajustado. Un diseño exclusivo con zapatos y bolso de la misma tela. Un conjunto precioso y que me queda estupendamente. No merece la pena ser modesta.

Para evitar el tercer grado por parte de mis padres, me he aprovechado de Nora, ya que tanto insiste en llevarse bien conmigo, y le he propuesto que organice una cena en el dúplex que paga mi hermano. A mi madre, que le entusiasma la idea de ir a curiosear en casa de su hijo, le ha parecido estupendo y yo, con el camino despejado, puedo salir sin ser interrogada y utilizar mi coche, que ya estoy un poco aburrida de recurrir al transporte público.

Arranco y miro la hora, voy bien de tiempo, así que no tengo por qué correr.

Nada más abandonar la urbanización, me suena el móvil. Por suerte, lo llevo conectado al sistema del coche, así que en la pantalla veo un número desconocido. Estoy tentada de no responder; sin embargo, lo hago.

—¿Diga? ¿Quién es?

—Sun, joder, menos mal que puedo hablar contigo.

—¿Quique?

—Sí, soy yo. Necesito que vengas, es urgente.

—No puedo, de verdad. Tengo un compromiso —me disculpo.

—Maldita sea, no te lo pediría si no fuera importante —insiste.

Detengo el coche junto a la acera, conducir con tacones y discutiendo es peligroso.

—¿Dónde estás? —pregunto, pues oigo ruido de fondo.

—En mi apartamento. Me he escapado de la clínica.

—¿Cómo?!

—Ven, por favor, Sun. No quiero estar solo, por favor.

Me lo pide de una manera que no puedo negarme.

¿Y qué hago yo ahora?

—Sun... por favor —insiste.

—Enseguida estoy ahí.

Corto la llamada y enseguida marco otro número. Me pasaré por casa de Quique, veré qué tal está y llegaré a mi cita con Daniel un pelín más tarde.

Lo llamo una y otra vez. Como no me responde, le envío un mensaje. Le pido una hora de margen, seguro que lo comprenderá.

Nada más aparcar delante del apartamento de mi amigo, compruebo el móvil, nada, no hay respuesta de Daniel, y me joroba bastante. Intento llamarle y salta el buzón de voz. Vaya mierda, se va a pensar que lo dejo plantado y no es cierto.

Llamo al telefonillo, dispuesta a hacer una visita relámpago a Quique y enseguida me abre. Me está esperando en la puerta, tiene mala cara y me hace un gesto para que entre.

Nada más poner un pie en el salón, se me cae el alma a los pies. Ha estado de juerga, no hay más que mirar los restos. Inspiro, porque me cabrea y mucho que vuelva a las andadas.

—¿Para esto me has llamado?

—Necesito un favor —me pide con un tono sospechosamente dócil.

Y ya es el colmo cuando me entrega unos billetes. En concreto, tres de quinientos.

—¿Quieres que pidamos pizza y pague con esto? —pregunto molesta.

—No, joder. Y deja de comportarte como mi madre. Quiero que vayas a esta dirección y recojas un paquete.

Abro los ojos como platos y no es para menos.

—¿Ése es el favor que me pides? —Asiente—. ¡¿Estás loco?!

—Es fácil, en menos de cuarenta minutos estás de vuelta —explica, como si me mandara al supermercado.

—¡Ni hablar!

—Sun, maldita sea, lo necesito. Ni te imaginas cómo lo estoy pasando —se lamenta.

Tengo dos opciones, compadecerme de Quique, hacer lo que me pide y no mirar, o ser responsable, ya que él no tiene intención de serlo, y negarme. Claro que me arriesgo a perder un amigo.

—¿Cómo es que has vuelto a tu apartamento? —pregunto para distraerlo.

Quique se tira en el sofá y me mira enfadado.

—Deja de joderme y haz ese puto recado, Sun.

—No voy a ir a ningún lado —asevero y me acerco hasta él para tirarle del brazo y que se incorpore—. Ahora mismo vamos a dejar esta mierda recogida, te vas a relajar y después, si quieres, pido algo de comer y vemos una peli juntos.

Nada más decir esto, sé que ya no voy a poder llegar a la cita con Daniel, pero ha de entenderlo.

—¿Te has vuelto loca? ¿Una peli? —pregunta con cara de asco—. Ya no tenemos quince años, Sun, no seas niñaata.

Qué paciencia, me digo en silencio.

—Pues hacemos cualquier otra cosa, algo que te distraiga y que no signifique ponerte en peligro —sugiero, con un ejercicio de contención sin igual, pues me gustaría abofetearlo para que espabile.

—Pues vamos a follar —me espeta, poniéndose en pie.

Me agarra de la muñeca con la clara intención de llevarme al dormitorio.

A ver, me he acostado con él cientos de veces, en su apartamento y en otros sitios, sin embargo, esta noche no me apetece.

—Espera un poco —le pido.

—Has dicho que hagamos algo y a lo mejor follando se me pasa esta mala hostia que tengo —explica rabioso.

Se quita la camiseta por la cabeza y empieza a desabrocharse los pantalones. Yo sigo de pie, mirándolo como si no lo conociera.

—Quique...

—¿A qué esperas? Joder, llevo sin echar un polvo decente dos semanas — explica como si tal cosa.

Se acerca a mí y se coloca a mi espalda para bajarme la cremallera, torpe e impaciente. Creo que lo primero es consecuencia de lo segundo.

El vestido cae al suelo y entonces silba con admiración.

—Vaya, al final sí se me va a pasar el cabreo —murmura y desde atrás comienza a tocarme.

Bueno, más bien a manosearme de una forma molesta. Nos conocemos, hemos jugado a interpretar roles sexuales, incluido el del tipo rudo que sólo quiere un polvo rápido, sin embargo, en esta ocasión me siento fuera de lugar.

No me apetece y aun así le permito que meta una mano dentro de mis bragas.

—Joder, Sun, haz algo.

—Aparta —le pido empujándolo—. No estoy de humor.

Recojo el vestido del suelo y me lo pongo. No es problema que me vea en ropa interior, es que hoy no es el día.

—¿Qué coño te pasa ahora? —gruñe y vuelve a tocarme.

No se conforma con eso, intenta besarme y es tan desagradable que me resisto hasta que logro separarme.

—He dicho que así no. Tranquilízate, Quique.

—Vaya mierda de amiga tengo —se queja y me señala con el dedo—. Siempre que tienes problemas con tu adorado Gaudi y has querido echar un polvo, me has tenido dispuesto y ahora que soy yo el que necesita follar, te vuelves una estrecha.

—Escúchame, no te estoy rechazando, simplemente quiero que te relajes, estás muy tenso y no me gusta nada —le explico.

—Ya, ¿y cómo cojones no voy a estar tenso? Te mando a que me compres lo que necesito y te niegas. Tampoco quieres echar un polvo, así que tú me dirás qué hacemos.

—Hablar —murmuro.

—¿Hablar? —se burla—. ¡Anda, no me jodas!

—En primer lugar, no deberías estar aquí. Se supone que te han ingresado en una clínica para rehabilitarte —le recuerdo y él me hace una pedorreta.

—A la mierda la clínica. Tú no sabes lo que es eso. Me han tenido una semana encerrado, incomunicado y comiendo basura, mientras una psicóloga arrugada me daba la chapa. No pienso volver.

—¿Y de dónde has sacado el dinero? —indago preocupada.

—Se lo he pedido a unos colegas.

—Quique, joder, que aún debes mucho.

—Bah, no sufras por eso. Mi padre liquidó la deuda para que no me rompieran la cara.

Niego con la cabeza.

—¿Te has metido algo? —pregunto y temo la respuesta.

—Sí, esta mañana, lo poco que tenía escondido en casa —admite.

Se me escapa una lágrima y voy hasta él para abrazarlo. Yo no puedo ayudarlo, no sé ni cómo hacerlo, pero al menos puedo estar a su lado para que no cometa más estupideces.

No obstante, malinterpreta mi gesto y vuelve a la carga. Mete la mano por debajo del vestido e intenta llegar a mi sexo. Cierro las piernas impidiéndoselo, aunque Quique insiste hasta que logra su objetivo.

—Venga, Sun, ánimo —murmura zalamero, mientras intenta meterme un dedo—. Lo vamos a pasar de puta madre, como antes.

Inspiro antes de rechazarle.

—¡He dicho que no! —exclamo apartándome.

Salgo escopetada del dormitorio y en el salón recupero mi bolso.

—Estrecha de mierda, lárgate de aquí, pero te lo advierto, cuando el picha floja de Gaudi te rechace por enésima vez, no vengas llorando. Ya encontraré a otra con la que follar.

Salgo de su apartamento alterada, con el vestido a medio abrochar y unas

ganas inmensas de llorar. Cuando llego al coche, lo hago, lloro a moco tendido y, a pesar de que he perdido a un amigo, llamo a sus padres para que se ocupen de él.

El señor Doncel me agradece el gesto con un escueto y frío «gracias». No le doy tiempo a que cargue contra mí y corto la llamada.

Después llamo a Daniel, dudo mucho que aún siga esperándome en el restaurante, así que pongo rumbo a su casa. Le pediré disculpas, eso para empezar.

Después ya se verá.

Nada más aparcar, busco en el bolso las llaves que me dio, pero he debido de dejármelas, así que he de llamar, confío en que esté en casa.

La suerte me sonrío y un vecino sale en este instante a sacar el perro, el típico paseador de perro nocturno con chándal y chuchos sin pedigrí. Lo saludo sin mucho énfasis y voy directa al ascensor.

¿Debo ensayar el discurso de disculpa? ¿Le hablo de Quique arriesgándome a predisponerlo en mi contra por nombrarlo? ¿Salto a sus brazos y que ocurra lo que tenga que ocurrir?

¡Menudo dilema!

Llamo al timbre, espero que ya esté en casa. No se oye nada e insisto una vez más. Si no, me daré la vuelta e iré a buscar las llaves.

Cuando estoy a punto de darme por vencida, se abre la puerta y sí, Daniel está en casa. Sonrío, porque no os hacéis una idea de lo contenta que me pongo de repente, pero se me va borrando la sonrisa al ver que me mira con cara extraña.

Está despeinado y se nota que se ha vestido de forma apresurada para abrir la puerta.

—No es buen momento, Sun —murmura y pone la mano en el marco para impedirme entrar.

—¿Qué ocurre?

—Es mejor que te vayas —me pide.



Y, claro, sospecho lo peor, y lo peor es que haya estado con otra. Y peor aún que los haya pillado in fraganti. Lo empujo y voy directa a su habitación.

Pues no, hay algo todavía mucho peor.

Cuando entro en el dormitorio, veo a Mapi vestirse a toda prisa y mirarme como si no se lo creyera.

Aunque la que no puede dar crédito soy yo.

Me doy la vuelta y salgo incapaz de articular una palabra.

Daniel está en el salón, sentado con la cabeza gacha. No sé si avergonzado, ya da igual. Me trae sin cuidado.

Me marchó con toda la dignidad de la que soy capaz, sin gritos, sin portazos y sin dejar entrever que me han hecho daño. Mucho.

Por segunda vez en esta noche tan asquerosa, me quedo en el coche, apoyada sobre el volante, llorando. Y sé que no debería derramar ni una lágrima por un hombre que no me importa, que sólo ha sido un pasatiempo, pero duele. Joder, vaya si duele, y encima con la traidora y desde ahora examiga Mapi.

No sé el tiempo que me quedo ahí, como una idiota, llorando por quien no se lo merece. Entonces la veo salir a Mapi del portal, con Daniel detrás. Ninguno de los dos habla, tienen gesto serio. Él permanece a su lado hasta que aparece un taxi. Le abre la puerta. No se despide de ella.

Daniel mira la calle y yo, por si acaso, agacho la cabeza, no vaya a ser que me descubra. Espero así, oculta un buen rato, y poco a poco me incorporo. Ya no hay nadie. Puedo marcharme a casa, lo que sería del todo contraproducente, así que pongo rumbo al chalet donde vive mi tía Avelina, que seguro que con ella y su mujer me puedo olvidar de todo.

O al menos intentarlo.

## Capítulo 20

Llevo tres días aislada del mundo con Marcelina y Avelina. Ésta ha llamado a mi madre para que no monte un dispositivo de búsqueda y se tranquilice.

Con estas dos mujeres es imposible aburrirse. No entiendo cómo llevan tantos años juntas y son de opiniones tan dispares. Ayer discutieron sobre la distribución de las macetas del jardín y yo las observé tumbada, con una sonrisa en los labios, porque al final se dieron un beso de reconciliación.

Marcelina ha intentado sonsacarme los detalles, porque el motivo de mi bajo estado de ánimo es evidente; sin embargo, se ha tenido que conformar con la versión oficial: una amiga me ha decepcionado. Y como saben que tengo dos, pues que hagan sus cábalas.

Hoy mi encierro ha llegado a su fin. No puedo pasarme el día así, por lo que he decidido volver al mundo real y para ello nada mejor que centrarme en mis planes, que se basan en uno solo: Gaudi.

Y con tal intención me voy a la oficina de [maskotasdeluxe.com](http://maskotasdeluxe.com), donde me encuentro con una Menchu apurada, porque no da abasto a responder al teléfono y a teclear en el ordenador.

Espero paciente a que tenga un rato y, cuando por fin ocurre, se levanta y me da ese achuchón de madre que me hace sonreír como una niña pequeña.

—Estás más delgada, eso no es bueno —me regaña—. He oído algunos rumores sobre ti que me han desvelado, hija.

No hace falta saber que mi querida cuñada ha estado por aquí de visita.

—Tranquila, Menchu. Estoy muy bien —comento para que deje de preocuparse—. Te invito a desayunar.

—Qué más quisiera yo que escaparme un ratito, pero estoy sola en la

oficina. Juanjo y Gaudi aún no han llegado. Y mira cómo tengo la mesa de papeles.

—¿Te echo un cable? —pregunto, pues si quiero ver al hombre de mi vida, he de esperar a que aparezca y quedaría muy feo pasarme aquí media mañana mano sobre mano.

—Mira, pues sí. Ya que lo dices —me entrega un juego de llaves—. Gaudi me ha pedido que le saque unas copias de las llaves de su casa...

¿Habéis oído lo mismo que yo?

—... pero aún no he podido ir. ¿Te importaría?

No, no ha sido producto de mi imaginación, me está ofreciendo las llaves, y yo, como buena amiga que soy, voy a hacer el recado encantada.

—Ya me ocupo.

—¿De verdad, Sun? Ay, una cosa que me quitas del medio.

Me da dinero para pagarlas y me explica cómo ir a una cerrajería que hay a diez minutos. De regreso a la oficina, pienso subirle el mejor desayuno del mundo.

Como me ha indicado Menchu, en diez minutos estoy en la tienda y le pido al chico que me atiende que me haga dos juegos de las llaves. En efecto, habéis captado a la primera cuál es mi intención. También le pido que me haga sólo factura de un juego, que el otro lo pago yo.

Con treinta euros menos en el bolsillo y una sonrisa espectacular, regreso a la oficina y cumplo la promesa de llevarle a Menchu un desayuno completo. A ella se le saltan las lágrimas por el detalle. Aunque, para ser sincera, soy yo quien debería estarle agradecida por la oportunidad que me ha brindado.

Con las llaves del apartamento de Gaudi en el bolso me siento inquieta, impaciente y con ganas de elaborar el plan perfecto, porque sólo necesito asegurarme de que estará en casa, nada más. Ya no hay margen de error posible.

Y de nuevo Menchu me sirve de fuente fiable de información. Conoce la agenda de Gaudi y sabe que pasado mañana no tiene ningún compromiso,

además, entre semana es raro que salga por la noche. Ahora sólo me falta elegir la ropa interior que voy a llevar.

Lo de fuera es secundario.

\* \* \*

Me hubiera gustado compartir con mis amigas este momentazo. Sin embargo, no va a ser posible. Con Mapi no me hablo, a pesar de que me ha llamado al móvil unas cuantas veces. Gema intenta que quedemos las tres y me recuerda la norma de no discutir por culpa de los tíos, pero esto es diferente, así que no cedo.

Daniel no se ha puesto en contacto conmigo. Nada. Esperaba, no sé..., algo más de su parte, pero fiel a su estilo, pasa de todo. No discute, no da la cara... Y así es mejor, ¿qué excusa va a ponerme? Prefiero no oírla, además, ya es agua pasada.

El futuro es y siempre ha sido Gaudi.

Y hoy es la noche.

¿Os imagináis mi estado?

Ebullición, ganas, deseo, excitación. Como en una nube.

Bueno, esto último es un poco cursi, no obstante, siento tal cantidad de emociones, todas buenas, que para maquillarme he tenido que respirar hondo al menos tres veces, porque me temblaba el pulso.

El trayecto se me ha hecho eterno. Veinticinco minutos conduciendo. Aparco cerca y miro hacia arriba. En efecto, hay luz en el piso, así que ya está en casa. Es jueves, un día tranquilo. Ya ha anochecido y no puedo esperar más.

He cuidado al detalle mi indumentaria. Un vestido veraniego de gasa azul petróleo, que se sujeta con un simple botón en el cuello, fácil de desabrochar. Y ropa interior mínima, sólo un *culotte* azul marino. Y por supuesto, *stiletto*s de diez centímetros.

Llevo condones, no sé si querrá usarlos, eso lo dejo a su entera elección.

¿Veis mi sonrisa radiante? ¿Mis ojos brillantes? ¿Las mariposas en mi estómago? ¿El hormigueo entre los muslos? Nada puede fallar. ¡Nada va a fallar! Hoy es la noche definitiva. Nuestra noche.

Sólo he estado dos veces en el apartamento de Gaudi, la primera cuando lo compré e hizo una especie de fiesta de inauguración, y la segunda cuando acompañé a Juanjo a traer unos papeles. Aun así, conozco muy bien la distribución, que por cierto es horrible, pero me da igual, pues en cuanto vivamos juntos nos trasladaremos a un ático de lujo.

Abro con cuidado la puerta, no quiero asustarlo. Veo luz al fondo, en su dormitorio. Mi sonrisa se amplía y camino despacio por el pasillo. Oigo unos gemidos masculinos y frunzo el cejo, sin embargo, avanzo.

¿Y si lo sorprendo viendo porno?

Bueno, no me voy a enfadar por eso.

La puerta del dormitorio está entornada; agarro el picaporte. Ahora es un gemido femenino el que oigo.

¿Qué está pasando aquí?

—Cómeselo bien a tu mujer —gruñe.

No puede estar con otra.

No, no y no.

Espera, rebobina, ¿qué ha dicho? ¿Habéis oído lo mismo que yo?

¡Miro a través de la rendija y me quedo muerta!

Gaudi no está solo; sin embargo, es la compañía la que me deja perpleja y derrotada. De repente lo entiendo todo.

Él sostiene a mi cuñada, recostada sobre su pecho y abierta de piernas, gimiendo porque hay otro hombre comiéndole el coño, y ese tipo no es ningún desconocido.

Ahogo un gemido que delataría mi presencia.

Comparte los apellidos conmigo.

—¿Te gusta, Nora? —pregunta Gaudi con voz ronza.

—Joder, claro que sí... —suspira ella.

Con cuidado para que no me descubran, doy un paso atrás, y otro, hasta poder alcanzar la puerta de entrada y salir de allí con el aspecto que podéis imaginar.

Abatida, hundida, decepcionada, son palabras bastante adecuadas para describir mi estado.

Soy dolorosamente consciente de que no tengo ya ninguna esperanza y entiendo el motivo de la animadversión de Nora hacia mí.

Todo este tiempo pensaba que se lo iba a quitar. Ella fue quien cambió a los huéspedes el día de la boda para que al ir a la habitación que en teoría ocupaba Gaudi no lo encontrara; de ahí la cara de guasa al sorprenderme por la mañana.

Y los constantes comentarios sobre mí cuando visita a mi familia.

¿Y mi hermano?

¿Cómo está metido en una relación a tres bandas?

Una cosa es hacer un trío y otra esto. Porque al encajar las piezas me doy cuenta de que llevan tiempo con este triángulo.

Y, como habéis adivinado..., Daniel lo sabía todo y no me lo dijo.

«Ese hombre no te conviene», era su frase, como si eso lo explicara todo.

Me duele tanto la cabeza, y los pies debido a los malditos tacones, que soy incapaz de pensar con claridad. Necesito dormir y, a ser posible, despertar y que todo haya sido un mal sueño.

\* \* \*

¿Y ahora qué? Os preguntaréis.

Lo mismo que yo al despertarme. Sola en mi habitación, con mi madre pululando alrededor con la bandeja del desayuno y el suplemento que me recetó el doctor Laguna. Se sienta en una esquina de la cama y me mira con cara de pena.

—María Asunción, hija, por mucho que digan esos análisis, yo no termino

de fiarme —comenta y yo suspiro, no me hace falta escuchar esto de boca de mi madre.

Su falta de confianza es desmotivadora cien por cien.

—A lo mejor voy a tener que meterme un par de rayas para darte la razón y que me dejes en paz —le espeto hastiada.

—¡No digas eso ni en broma!

—Pues deja ya de darme la lata con ese asunto. Por favor.

—De acuerdo, hija, pero dime qué te pasa. Estás tan mustia... ¿Ha ocurrido algo que yo deba saber? —pregunta con ese tono de madre tan característico, que viene a decir: cuéntame lo ocurrido, pero que no sea nada sexual, por favor.

Seguro que me entendéis. ¿Cómo le cuento yo a mi madre lo que he visto y oído sin que me mande a confesar y después les haga un exorcismo a mi hermano y a su mujer?

Eh, esperad... Se me acaba de ocurrir la solución perfecta.

Voy a tranquilizar a mi madre y después vais a ver.

—He discutido con Mapi —respondo y hago un puchero. Una verdad como un templo y, para que se calme del todo, añado—: Por un chico.

—¡Oh! —murmura y se levanta—. Cuánto lo siento.

Comprobado, el tema chicos y amigas a mi madre la preocupa, pero no lo suficiente como para darme la murga.

—No es serio, seguro que se soluciona —digo en tono conciliador.

—Sois las mejores amigas. Ya verás cómo enseguida os arregláis.

Con su espíritu optimista, se marcha y por fin puedo levantarme, vestirme para matar y llevar a cabo mi plan definitivo.

Ya sé que en los últimos tiempos todas mis previsiones han fallado, sin embargo, esta vez tengo no uno, sino cuatro ases en la manga. Y los voy a utilizar todos.

El destino baraja las cartas, ¿recordáis?

Yo las voy a jugar.

\* \* \*

Con un traje de ejecutiva, sí, no os sorprendáis, tengo alguno, me persono en las oficinas de maskotadeluxe.com. De nuevo recibo el abrazo y el achuchón de Menchu. Sin mucha parafernalia, pregunto por Gaudi y me dirijo a su despacho.

Ni siquiera llamo a la puerta, entro y lo sorprendo hablando por teléfono, me hace un gesto para que me siente. Ni hablar, prefiero desfilas delante de sus narices, la falda ajustada con abertura lateral es para lucirla, lo mismo que mis piernas.

Él está guapo a rabiar, con su camisa azul claro, un pelín conservadora, y los pantalones color camel.

—¡Que sorpresa! —dice levantándose para darme dos besos—. ¿Cómo así tú por aquí?

¿No te lo imaginas?, estoy tentada de soltarle, aunque le digo seria:

—He venido a hablar contigo.

—Tú dirás —contesta y toma asiento; yo hago lo mismo frente a él.

—Estoy enamorada de ti —anuncio a bocajarro, pese a que lo sabe, nunca me había atrevido a decírselo—. Desde hace años.

—Sun... por favor.

—He tratado de olvidarte con otros hombres, pero cuando me acostaba con ellos pensaba en ti.

Sólo con una notable excepción, que por razones obvias no voy a mencionarle.

—No sigas —me pide molesto.

Pues va listo. Hoy traigo toda la artillería preparada y la voy a utilizar.

—He intentado negar mis sentimientos por ti —prosigo con mi voz más modulada—, pero no lo he conseguido y ya no estoy dispuesta a perder más tiempo.



Gaudi se pone de pie y camina por su oficina, no es muy grande y yo la decoraría con mejor gusto, hasta que me mira como si no creyera mi osadía.

—Sun, me halagas; sin embargo, me temo que no es posible —dice con diplomacia.

No le va a servir de nada.

—Yo te quiero y en cuanto te des cuenta de que sientes lo mismo por mí, todo será maravilloso, Gaudi.

—Estoy enamorado de otra —afirma y me mira fijamente.

No le pregunto el nombre, ya sé quién es.

—Olvídate de ella —le exijo y niega con la cabeza.

—No, Sun, la quiero. Así que es mejor que no sigas diciendo cosas de las que te puedes arrepentir después.

—Te he querido desde que te conocí —confieso, aunque es un secreto a voces.

—Sun, no lo hagas más difícil —me ruega y se lo ve incómodo.

—No voy a ceder.

—Me veré obligado a ser desagradable.

¿Os ha sonado a amenaza?

A mí sí.

Muy bien, vamos con la traca final.

—Gaudi, nuestro destino es estar juntos —insisto por última vez.

—Es mejor que te vayas —contesta y me señala la puerta.

Inspiro.

—Muy bien, como desees —comienzo para que se confíe—. Pero a lo mejor, en la próxima reunión familiar, no sé, se me escapa algo sobre lo mucho que os gusta a ti y a Juanjo «compartir».

Gaudi pasa de molesto a perplejo. Me mira fijamente y yo saco el móvil, agitándolo delante de su cara.

—No sabes de lo que hablas.

—Y mi madre, que ya sabes que está pendiente de todo y las caza al vuelo,

preguntará y yo... Bueno..., ya sabes, no se debe mentir a la familia.

—No tienes pruebas —masculla tenso.

Agito el móvil delante de sus narices. Un farol, ya lo sabéis, pero su respuesta me lo ha confirmado. Primer as en la manga usado, a ver si necesito más.

—¿Imaginas el drama familiar? —sugiero, disfrutando de lo lindo.

Soy mala, ya lo sé, consecuencia de los muchos años sufriendo en silencio. No hagáis el chiste de las hemorroides, os lo pido por favor.

—Mi dulce y sofisticada cuñada dando explicaciones sobre sus vicios, ay, ay, ay,

—Sun, borra ese vídeo —ordena y hace amago de quitarme el móvil, aunque no lo consigue.

—Tengo copias, no te molestes, y a veces ya sabes lo que pasa en los grupos de WhatsApp, que una se confunde al compartir.

—Nunca habría pensado que fueras tan mala persona.

—Y tú tan obtuso.

—¿Qué quieres a cambio de destruirlo? —pregunta, dándose cuenta de que está en mis manos.

—Para empezar, que nos hagamos un selfie, los dos acaramelados, sonrientes y enamorados —indico, porque pienso compartir la foto en el grupo familiar—. Y este fin de semana cenamos en tu casa, nuestra primera cena de pareja —expongo mis condiciones.

Ya habréis adivinado que cenar implica también pasar la noche juntos. Y pasar la noche juntos es sinónimo de acostarnos.

—Tampoco pensaba que fueras una chantajista —me acusa y me encojo de hombros.

—No me has dejado más remedio.

No se muestra muy convencido; sin embargo, se sitúa junto a mí y me rodea la cintura con un brazo. No os imagináis el tiempo que llevo soñando con este contacto, aunque pueda parecer insignificante, os aseguro que para mí no lo es.

Levanto el teléfono y me pego bien a él para que la foto sea perfecta. Sonrío, pero Gaudi parece que se haya comido un sapo, así que me veo obligada a pedirle que se muestre más animado. Fuerza una sonrisa y hago clic.

Me suelta inmediatamente y yo reviso la instantánea. Es perfecta y todavía puede ser mejor.

—Ahora otra —le pido y Gaudi pone mala cara, pero peor la va a poner—. Y bésame.

A regañadientes, vuelve a posar y yo no espero más, le doy un beso en los labios, lo que queda recogido por mi iPhone.

—¿Contenta? —pregunta con retintín.

—Mucho —contesto—. Nos vemos este sábado. No me decepciones.

Salgo contenta, entusiasmada, y con ganas de gritar a los cuatro vientos que sí, que por fin lo he conseguido. Que Gaudi y yo vamos a estar juntos.

Sin embargo, ya no hace falta ser tan vulgar, ahora existen las redes sociales y el WhatsApp, así que comparto la foto en primer lugar en el grupo que tenemos las chicas y yo. Y a los cinco segundos me doy cuenta de que, me he dejado llevar por la euforia y lo verá Mapi, pero ya no puedo dar marcha atrás.

No importa que se entere y hasta con un poco de suerte se lo contará a Daniel, ahorrándome el trabajo.

## Capítulo 21

Hoy va a ser mi gran noche.

A pesar de todas las barreras, tropiezos y palos en las ruedas, por fin todo se ha solucionado. Gaudi, en cuanto pase una noche conmigo, se dará cuenta de que soy la mujer de su vida y se olvidará del resto. De eso me encargo yo.

Como hemos acordado, voy a su apartamento. Me está esperando, con la mesa puesta, espero. No sé si ha cocinado él, poco me importa ese detalle.

—Estás increíble, Sun —me piropea cuando pasamos al salón.

Ya os dije que la decoración es simplona, pero hoy no me preocupa.

Tomo asiento, lo cierto es que no quiero comer nada, pero ya que se ha molestado, lo probaré. La cena discurre tensa, apenas hablamos, Gaudi mira demasiado el reloj. Parece ausente y con ganas de que me atragante con algo y así poderme llevar a urgencias y librarse de mí.

Bueno, no pasa nada, un pequeño obstáculo. No todo iba a ser un camino de rosas.

—Comes muy poco —comenta distraído y, teniendo en cuenta lo parco en palabras que se muestra, lo considero un avance.

—No soy partidaria de cenas copiosas.

Ahora no es el momento, aunque tendré que ponerlo al corriente sobre mis preferencias culinarias.

—Entonces supongo que no querrás postre —dice con cierto retintín.

—Pues no, nunca lo tomo por la noche —replico, ahorrándome la parte de que nunca tomo postre.

Gaudi se pone en pie sin mucha ceremonia y me tiende la mano. Es una invitación más que evidente. Una que no voy a rechazar, como podéis suponer.

—Vamos entonces al meollo de la cuestión —dice sin el entusiasmo que se presupone; no obstante, yo tengo suficiente por los dos.

Lo sigo al dormitorio, por lo menos no es en el que lo pillé con mi cuñada y Juanjo. De haberme llevado allí, la situación desde luego me incomodaría, además, me aseguraría de que al menos las sábanas estuvieran cambiadas.

Aunque este cuarto de invitados es triste, parece una habitación de hotel cutre. Una cama más bien pequeña, con un horripilante edredón de flores que es mejor no mirar y así evitar sufrir alucinaciones.

Enciende una pequeña lámpara y el horror aumenta, la pared pintada en un tono salmón tan desfasado que mejor no pensar en él. Mejor fijarme en Gaudi, que se descalza sin mirarme y después empieza a desabotonarse la camisa.

Qué poco entusiasmo, creo que voy a tener que hacerlo yo todo, o al menos dar el primer paso.

—¿También vas a grabar esto? —pregunta con desdén, al verme coger el móvil.

Se queda con la camisa abierta y una ceja arqueada.

—¿Debería? —retruco y me acerco a él para darle un beso en los labios, antes de añadir—: Sólo quiero crear ambiente.

Pongo música, *Derroche*, una canción que últimamente se repite en mi cabeza. La escuché por primera vez durante el viaje con Daniel. Y sí, no debería pensar ni un minuto en él y menos ahora, que estoy tocando con los dedos mi sueño.

—Buena elección —comenta cuando reconoce la canción.

Ahora me toca caldear el ambiente. Tarareo la letra mientras bailo y me deshago del vestido. He captado su interés, eso es buena señal. Me contoneo y muevo las caderas, manteniendo sus ojos en mi cuerpo.

Se quita por fin la camisa, mostrándome su torso velludo. La semana que viene le pediré cita en el centro de depilación láser. Camina hacia mí, ya puedo tocarlo, sentirlo, deslizar las manos por su pecho.

Va a besarme y me humedezco los labios. Cuando lo hace, noto cierta

tirantez, como si fuera una obligación. No importa, a mí no va a desanimarme, además, es un hombre, tendré que ir directa al interruptor general. Gimo exagerando un poco e intento que sea un beso aceptable, al tiempo que coloco una mano sobre su entrepierna. No está muy por la labor, pero con un buen incentivo seguro que reacciona.

Sigo acariciándolo por encima del pantalón, mientras él me besa de forma más bien lamentable. Poco a poco noto que se va empalmando; sin embargo, no emite ni un gemido ni nada, parece un autómeta.

Le desabrocho la bragueta y sigo avanzando, porque a Gaudi, la verdad, lo veo con poca iniciativa. Lo agarro con ganas y emite el primer jadeo, un tanto desapasionado, pero se le está poniendo dura.

Confío en que sea debido a los nervios y que en el futuro funcione mejor.

El manoseo al que lo he sometido parece funcionar y me empuja hasta llegar a la cama. Se quita los pantalones junto con los calzoncillos y nos dejamos caer, él encima.

Vuelve a besarme, esta vez con más ímpetu, y yo cierro los ojos, dispuesta a disfrutar de la mejor noche de mi vida. He imaginado tanto tiempo este encuentro, que ahora... que ahora mi cuerpo no reacciona como debe. Mi cabeza sigue deseándole, sin embargo, mi cuerpo no coopera; ni rastro de humedad entre mis piernas, nada. Ni un leve hormiguelo. Me concentro, es Gaudi quien está encima, quien me acaricia los pezones. Cierro que me gusta más contundente, pero eso ya se lo explicaré en otro momento.

Me retuerzo y me froto contra él, eso siempre funciona. Igual que enredar las manos en su cabello y atraerlo hacia a mí.

Con el vello del torso me roza los pechos y eso, lejos de excitarme, me incomoda. Vuelvo a concentrarme, a repetirme que son las manos de Gaudi las que ahora se deslizan hacia abajo. Se detienen un instante en el borde de las bragas y poco a poco se van colando dentro. Me acaricia el pubis depilado y yo inspiro.

No sé qué me está ocurriendo, pero no consigo excitarme y lo va a notar de

un momento a otro. Me roza con un dedo, internándose luego en mi sexo y nada de nada.

—¿Sun? —musita y se detiene para mirarme—. ¿Todo bien?

—Sí —miento con un hilo de voz.

Vuelve a besarme, él ya está empalmado y yo debería estar jadeando y exigiéndole que me hiciera suya. Sí, quiero ser suya, para siempre. No obstante, por alguna extraña e inexplicable razón, no logro excitarme.

Intenta penetrarme con un dedo, lo cual me incomoda, incluso, en un acto reflejo, me aparto y justo en ese maldito momento me echo a llorar al darme cuenta de que no estoy enamorada de Gaudi.

Todo ha sido una ilusión, la de una cría obsesionada.

Él me mira e inmediatamente saca la mano de mis bragas. Me acaricia el pelo y murmura:

—¿Por qué lloras?

—¡Porque estoy enamorada de otro hombre! —lloriqueo y me vuelvo a un lado con una crisis de llanto de lo más inoportuna.

Noto que se tumba junto a mí. Permanece en silencio y yo me desahogo. Hasta que van remitiendo los sollozos y él me acaricia la espalda, un gesto sin duda de lo más tierno.

—¿Y te das cuenta ahora? —pregunta en voz baja.

No ha sonado a reproche, sólo a perplejidad. Y no lo culpo.

Me vuelvo hacia él y asiento. Me cubro los pechos con el brazo, un poco tarde, lo sé, y Gaudi se incorpora para buscar su camisa y pasármela.

—Toda mi vida he soñado contigo, con este momento, y cuando por fin ocurre... —confieso, llorando avergonzada— resulta que no soy capaz ni de excitarme, porque en realidad quiero a otro hombre.

—¿A Quique? —pregunta, y no me sorprende, pues muchos piensan igual.

Niego con la cabeza.

—No, a Quique le tengo cariño, pero no se trata de él. Estoy enamorada de... no te lo vas a creer —musito.

—¿Le conozco? —se extraña, frunciendo el cejo y haciendo un repaso rápido de sus conocidos y de los míos.

—Por desgracia, sí —afirmo y vuelvo a llorar de nuevo.

—Sun, joder, no llores.

Me echo en sus brazos y me acoge sin dudar. Lloro sobre su hombro, agradecida por el gesto.

—Dime de quién se trata —añade—. Me mata la curiosidad.

—Antes de nada, prométeme que no me criticarás ni se lo contarás a mi hermano.

Frunce el cejo.

—Prometido. Aunque no entiendo la razón de tanto misterio.

—Estoy enamorada de Daniel —confieso y de nuevo me echo a llorar como una cría de ocho años que se ha caído de la bicicleta.

—¿Daniel? ¿Qué Daniel? —pregunta, hasta que cae en la cuenta—. Joder, ¡Daniel! Vaya cabrón...

Esto último me sorprende.

—Se supone que sois amigos —murmuro.

—Por eso mismo, qué calladito se lo tenía el muy puñetero.

Lo miro sin comprender. Lo más lógico es que, como todos, hubiese presumido por haber estado conmigo. No me cuadra.

—Ahora entiendo por qué ha estado pasándose por la oficina tantos días... —añade con aire reflexivo—. Y haciendo preguntas sobre ti.

—¡Anda ya!

—A mí también me pareció raro, ya que es bastante reservado, y cuando salías en la conversación pensaba que sólo estaba siendo amable, tras haberte conocido en la boda —explica y ahora soy yo quien frunce el cejo.

—Sólo me lo estás diciendo para quedar bien —musito.

—No, es la verdad —contesta—. Así que has estado con él...

—¿Te parece mal?

—¡No! Todo lo contrario, me alegro de verdad.



—Pues me temo que sólo va a ser una aventurilla de verano, porque si te cuento lo que me hizo... —Hago una pausa porque todavía me escuece mencionarlo—. ¡Se acostó con Mapi! ¡Con mi mejor amiga!

—Eso te lo acabas de inventar —contesta y me mira muy serio, mientras yo niego con la cabeza—. Conozco a Daniel desde hace años y no es un tipo dado a estas cosas. Ni cuando estaba casado y discutía con su ex se fue con otra.

Le relato la noche en que me presenté en casa de Daniel y lo vi todo y termino llevándome un rapapolvo por mi afición a espiar a la gente.

—Tranquilo, ya no voy a meterme en casa de nadie más y, respecto a Daniel, me temo que ya está todo perdido, así que... —me encojo de hombros.

—Habla con él, Sun —me aconseja—. Es un tipo comprensivo y es evidente que está loco por ti. Además, no tienes nada que perder.

Me quedo tumbada boca arriba, con las manos cruzadas sobre el pecho. Gaudi sigue a mi lado, aún desnudo y yo, bueno, tampoco estoy muy tapada, aunque ese detalle ahora ya carece de importancia.

—Creo que es hora de irme a casa —murmuro al cabo de un rato.

—Es tarde, Sun. ¿Por qué no nos vestimos, nos vamos al salón, nos servimos una copa y charlamos como buenos amigos? —propone con una sonrisa amable.

—Me parece un buen plan, pero antes... —Me muerdo el labio y pongo carita picarona, además de quitarme la camisa que me ha prestado, mostrándole mi delantera.

—Sun, no soy de piedra y, aunque ha quedado demostrado que tú y yo no tenemos química sexual, todavía se puede complicar el asunto —dice con aire condescendiente.

—Sólo se trata de un pequeño favor. —Cojo el móvil—. Una foto de los dos en la cama, como si acabásemos de echar el polvo del siglo.

Hace una mueca, sin duda no esperaba tal petición.

—¿Y borrarás ese vídeo y no dirás nada?

—Palabra.

Nos acomodamos, yo recostada sobre su pecho y con cara de saciada. Él sonrío y me rodea con el brazo, dejando que su mano quede justo en mi culo. Con la mano libre se encarga de hacer varios selfies. Nada más terminar, los vemos juntos y nos echamos a reír. Yo, como habréis supuesto, tengo una información muy valiosa, que no compartiré con él.

—¿Me permites un consejo? —pregunto, mientras se levanta en busca de su ropa.

—Tú dirás.

—Conozco un sitio estupendo donde puedes hacerte la depilación láser —digo, señalando su vello corporal.

—¿El mismo donde tú te has quitado... —señala mi entrepierna—... todo?

—Sí, son de total confianza.

Se echa a reír, pero terminaré convenciéndolo para que se lo haga.

Me deja algo de ropa para estar por casa y acabamos en el salón, acomodados en el sofá. Voy a romper otra vez mi norma al tomarme un combinado a base de bebida azucarada y alcohol. Gaudi se ha descojonado a mi costa cuando le he pedido un refresco *light* y me ha pedido que, por favor, si deseo que nos llevemos bien en el futuro, no pida cosas raras.

Y aquí estamos, sentados el uno junto al otro, con música de fondo, como si de dos viejos amigos se tratara. Ahora, ya más tranquila al haber aceptado la realidad, y consciente de lo difícil, por no decir imposible, de intentar algo con Daniel, porque, uno, tendría que perdonarle y, dos, a él no lo he visto muy por la labor de contactar conmigo, lo que significa que no le intereso, no al menos como Gaudi piensa.

Así que ahora toca preocuparme por mi nuevo mejor amigo. ¿Quién lo iba a decir, de hombre ideal a amigo en apenas tres horas?

—¿Y qué pasa contigo y tu, digamos..., extraña relación? —le pregunto.

Gaudi echa la cabeza hacia atrás, estira las piernas y cierra los ojos.

—Es lo que hay —admite y noto su resignación.

—¿Y te conformas con eso?

—No hay alternativa; se ha casado con tu hermano —explica.

Lo miro de reojo, intuyo que hay una historia detrás de todo esto.

—Cuéntamelo, Gaudi —le pido en voz baja.

Le cuesta hablar, y lo entiendo, por lo que me limito a cogerle la mano y estrechársela.

Y entonces comienza a contarme cómo se conocieron. Daniel los presentó, a él y a Nora. No tenían una relación seria y de ahí que entrara Juanjo en escena; les pareció divertido probar nuevas experiencias. Todo fue un juego de tres, sin embargo, después se volvió más complicado. Gaudi iba en serio con ella, más en serio que con ninguna otra antes, pero mi querida cuñada quería casarse y, a pesar de poder hacerlo con Gaudi, prefirió los apellidos de mi hermano. Y éste aceptó para que mis padres dejaran de presionarlo para que buscara una esposa.

Fue un arreglo que en apariencia beneficiaba a los tres, pero yo creo que la única que ha salido ganando ha sido Nora. Desde luego, tonta no es.

—No sé cuál de los dos es más imbécil —comento—. Y, la verdad, con lo pavisosa que es Nora, no os entiendo.

—Parece mentira que tú digas eso.

—Vale, yo te he perseguido durante años, pero...

—Joder, Sun —dice, riéndose entre dientes—, me has acosado, provocado con esos minúsculos bikinis cada vez que iba a vuestra casa... No la critiques, cada uno hace lo que cree oportuno.

—Tú verás lo que haces, pero eso nunca sale bien. Siempre serás el otro, Gaudi. ¿Qué pasará si deciden no contar contigo?

—Pues que me emborracharé e iré a buscarte para contártelo todo — replica con ironía.

—Todavía estás a tiempo de pedir mi mano y así también entroncarás con los Peralta de la Merced y Luengo Medina.

Gaudi se ríe.

—No me tientes, que te he visto desnuda y no estás nada mal.

—Gracias por el cumplido —replico con voz mimosa, entonces me acuerdo de una canción y la tarareo—: «El olvido de amor se cura en soledad...».

—Cómo se nota que has estado con Daniel —sentencia y me río, contagiándolo en el acto.

## Capítulo 22

Nada más dejar el coche en el garaje de casa, recuerdo que es domingo y que tengo comida familiar. Un invento de mi madre para reunirnos a todos una vez al mes. No la culpo, aunque hoy es el día que menos me apetece ser cordial con mi cuñada. En fin, ya veremos cómo me las apaño.

El primer objetivo es llegar a mi dormitorio. El plan se trunca, pues mi madre, acompañada de Nora, me intercepta.

—¿Dónde has pasado la noche? —inquire con la desaprobación implícita, porque una no aparece en casa a media mañana de un domingo, vestida con un traje de fiesta.

Mi cuñada, como siempre, disfruta con mi desgracia. Ahora sé muy bien por qué. La lógica me dicta inventar una excusa para que mi madre me deje en paz, sin embargo, la Sun más combativa hace acto de presencia.

—En casa de Gaudi —respondo y ambas abren los ojos como platos.

—¿Has dormido con él? —masculla Nora y se da cuenta de la barbaridad que acaba de soltar.

—Sun, ¿qué ha pasado? —grita mi madre, nerviosa, tanto que, debido a su tono de voz, se han acercado Juanjo y mi padre.

—¿Por qué gritas? —pregunta mi hermano.

—Tu hermana, no tiene otra ocurrencia que dormir en casa de Gaudi.

¿Veis cómo disimulo a duras penas el regocijo? Nora está celosa y me encanta que por una vez tenga que morderse la lengua.

—¿Sun, es eso cierto? —interviene mi padre, molesto.

—Sí, claro. Somos amigos.

La cara de mis padres es un poema, porque tontos no son y si bien han

mirado hacia otro lado todos estos años, conocen mi obsesión con Gaudi. Juanjo también está al tanto, de ahí que también haya puesto cara rara.

—Y vengo cansada, mucho —añado, sólo para que Nora se joda—, así que si me disculpáis.

Comienzo a subir la escalera, los he dejado a todos sin palabras. Sonrío satisfecha. Esta noche, después de todo, ha sido especial y muy reveladora.

—Un momento —me detiene Juanjo, justo a la puerta del dormitorio, agarrándome de la muñeca para que no me escabulla—. ¿Has pasado la noche en casa de Gaudi con él?

—¿Qué tiene de malo? —replico, sólo por cabrearlo un poquito. Es tan divertido que no me puedo resistir.

—Sun, que nos conocemos, ¿qué has hecho? —inquieta con los dientes apretados.

Me suelto de su mano y lo miro a la cara.

—Tenía entendido que te gustaba «compartirlo» todo con tu amigo. ¿Qué problema hay?

Mi hermano me suelta como si se hubiera quemado y se da media vuelta, marchándose hecho un basilisco. Mejor, así aprenderá a no meterse en mi vida.

Como habéis visto, no me es posible escaquearme de la comida familiar, así que, tras un baño relajante para el que me tomo mi tiempo, pienso qué paso he de dar ahora que todo aquello en lo que creía se ha venido abajo.

¿Debo seguir el consejo de Gaudi y hablar con Daniel?

Vaya dilema. De nuevo angustiada por un hombre y aconsejada por otro. ¿No os parece que estoy otra vez en el punto de partida?

Cuando salgo de la bañera, miro las fotos que nos hicimos anoche y sonrío. Le envío la que más me gusta a Gema, además, necesito hablar con alguien de todo esto y ella es la única en quien puedo confiar.

Me responde con rapidez. Esta tarde, en su casa, así tendremos intimidad.

Bajo arreglada, no mucho, al comedor. Debo de ser el tema de

conversación, porque se callan cuando entro. Me trae sin cuidado. Ocupo mi sitio y sonrío.

Por suerte, durante la comida mi padre se pone a contarnos lo bien que va Dulces y Confituras Faustino Peralta e Hijos S. A. Lo que supone que seguiré recibiendo puntualmente mi asignación. Mi madre murmura con Nora sobre algo de la decoración que está llevando a cabo ésta en el dúplex y yo picoteo la comida, porque me trae sin cuidado. Cuando sirven el postre, me preparo para marcharme, sin embargo, Nora se pone de pie y dice:

—Tengo algo que anunciar. —Todos la miramos, qué remedio, pero cuando Juanjo se pone de pie a su lado, empiezo a preocuparme—. Estoy embarazada.

Mi madre se echa a llorar de emoción, por supuesto, y va corriendo a abrazar a Nora mientras dice: «Por fin un nieto, por fin». Mi padre palmea a Juanjo en la espalda, dando a entender que ha cumplido y la siguiente generación de Peralta de la Merced ya está en camino. Y yo... bueno, yo aguardo mi turno para darles la enhorabuena. Primero a mi hermano y después le doy dos besos a mi cuñada, a la par que le susurro:

—Espero que no haya que hacer una prueba de paternidad.

Ella se aparta, ojiplática, y se queda blanca como el papel.

—¿Estás bien, cariño? —se preocupa mi madre, que la ayuda a sentarse—. Mejor sube a descansar. Los primeros meses son los más delicados. Con Juanjo lo pasé mal, pero con Sun fue horrible, no conseguía retener nada en el estómago...

—Mamá, por favor —le pide Juanjo, para que no siga hablando de sus embarazos.

Por suerte, Nora se va a descansar, aunque el tema del embarazo me agota, así que me despido para acudir a mi cita con Gema. Como era de esperar, mi madre pone mala cara y Juanjo me sigue hasta el garaje.

—Dime qué sabes —exige, impidiéndome subir al coche.

—Todo, así que dile a tu querida mujercita que deje de tocarme la moral.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Una tiene sus fuentes —alego y veo a mi hermano controlar su cabreo—.  
Y ahora déjame tranquila, tengo una cita.

—¿Con Gaudi? —pregunta con retintín.

—Puede —replico altanera y abro la puerta del coche, empujándolo.

—¡Sun, joder!

No le doy pie a más conversación, pues arranco y maniobro para marcharme. A casa de Gema puedo ir andando, pero no me apetece, así que en menos de diez minutos estoy entrando por la puerta.

—Te está esperando en su cuarto —me dice su madre.

Murmuro un «gracias» y subo corriendo.

—Menuda pájara estás tú hecha —me espeta mi amiga nada más verme—.  
Cierra la puerta y cuéntamelo todo.

—No te lo vas a creer... —suspiro, tumbándome en su cama.

—Las fotos son muy explícitas. Joder, Sun, ¡lo has conseguido! Por fin Gaudi y tú...

—No es lo que parece —la interrumpo y me llevo las manos a la cabeza.

Justo en ese instante llaman a la puerta, supongo que es la madre de Gema, que nos trae algo de picar. Así que me siento en la cama.

—¡Mirad quién ha venido!

Tras la mujer se asoma Mapi, con cara de no haber roto un plato. No puedo insultarla y largarme como es mi deseo, así que finjo una sonrisa y espero a que nos dejen solas.

—Esto es una encerrona —mascullo mirando a Gema.

—Tenéis que hablar de una maldita vez. ¡Yo no aguanto más veros peleadas y menos por un hombre! —nos regaña la anfitriona.

—No quiero hablar con ella —contesto, dispuesta a largarme cuanto antes.

—Tienes que escucharla, es muy importante —se obstina Gema.

Mapi se sienta en la silla del escritorio y me mira. No quiero que me pida perdón, porque no estoy dispuesta a concedérselo. Me ha hecho daño.

—Sun, escucha... —dice en voz baja.



Me tapo los oídos. Sí, lo sé, una actitud pueril, pero no quiero oír nada.

Gema se acerca a mí y me obliga a prestar atención.

—No tenía intención de ir a su casa ni de nada. Me lo encontré a la salida del restaurante. Yo había tenido una cita horrorosa y a él le habían dado plantón. Sólo charlamos un par de minutos, como cortesía. Me propuso tomar algo al verme tan alicaída y yo, que ya sabes que no aguanto nada bien la bebida..., en fin, me puse cariñosa.

—Ya, vale, lo que tú digas —murmuro con desaprobación.

—Fui a su casa, una decisión estúpida, ya lo sé. Pero a ti no te importaba, siempre has querido a Gaudi. Para ti Daniel era un pasatiempo. Joder, si con Quique no te importaba que hiciéramos bromas sobre cedérselo.

—Sabías que él era diferente —mascullo, fulminándola con la mirada.

—¿Por qué?

—Porque sí —admito y sé que en este punto me tiene pillada.

—Da igual, al fin y al cabo también mentiste sobre las habilidades de Daniel en la cama. Fue el peor polvo de mi vida y te aseguro que tengo experiencia en malos polvos.

—¿Perdona?! —exclamo perpleja—. ¡Mientes!

—¿Por qué iba a inventármelo? —replica Mapi haciendo una mueca—. Tuve que fingir para que acabara rápido y poder marcharme, y lo peor fue al final.

Miro a ambas. Por la cara de Gema me da que ya conoce la historia, de ahí que se muestre tan serena y que haya preparado este encuentro a traición.

—Dijo tu nombre, Sun, mientras... ya me entiendes. ¿Hay algo más bochornoso?

—¿Cómo?!

—Sí, no fue una alucinación ni nada parecido. Cuando un hombre que se acuesta contigo por lástima, porque no fue otra cosa, encima de follar de pena dice el nombre de otra al final, la humillación es completa. Así que me levanté

dispuesta a largarme de allí cuanto antes y a olvidar una noche tan espantosa, pero entonces apareciste tú y bueno...

—No os di tiempo a esconder las pruebas —musito, no tan enfadada como cabría esperar.

—Ahora ya sabes la verdad —tercia Gema a mi lado—, aunque poco importa, pues por fin estás con Gaudi.

Niego con la cabeza.

—Es un montaje —confieso y ambas me miran ojipláticas.

—¿Perdona? —pregunta Gema.

—¿Un montaje?

—Sí, uno de los buenos, porque...

Les cuento la historia, empezando por el día que fui a casa de Gaudi sin avisar, tras haber conseguido las llaves de forma poco ortodoxa. Les digo lo que vi con mis propios ojos, advirtiéndoles que no pueden decirle nada a nadie. Ambas asienten convencidas.

Sigo desgranando mis cuitas. Cómo chantajeé a Gaudi y de ahí la primera foto, los dos acaramelados, y la cita posterior en su casa.

—Vaya película —comenta Gema—. Esto es ideal para escribir un libro.

—Y que lo digas —la secunda Mapi.

—Pues todavía falta lo mejor...

Pasmadas, con cara de «¿te estás quedando con nosotras?» e incapaces de salir de su estupor, me escuchan relatar mi cita con Gaudi. Pasando de la aburrida cena a la reveladora escena de dormitorio.

—¿Y no te habías dado cuenta antes? —pregunta Gema con un hilo de voz—. Vaya papeleta para el pobre Gaudi. Empalmado para nada.

—Oye, que yo también lo pasé fatal.

—Sí, claro.

—Lo peor es que ahora que me he dado cuenta de mi error, me siento culpable por habérselo hecho pasar tan mal —confieso con un suspiro.

—Mira el lado positivo, has ganado un amigo —dice Mapi.

—Sí, bueno —murmuro desanimada.

—El problema es que ahora que de verdad está enamorada, se comporta como una cagueta y, en vez de ir donde está el hombre por el que suspira, se dedica a lamentarse con sus amigas —dice Gema en claro tono de provocación.

—No puedo estar más de acuerdo —añade Mapi.

—Tiene gracia que digas tú eso —le recrimino.

—Aunque fuera el último hombre disponible del planeta, no volvería a acostarme con él —promete muy seria.

—Eso lo dices porque fue un fiasco —apunta Gema.

—Eso también —admite ella.

—Así pues, ¿damos por iniciada la operación reconquista dos? —pregunta la anfitriona.

—No lo veo claro...

—Clo, clo, clo... —cacarean las dos, moviéndose como dos gallinas—. Clo, clo, clo...

—Sois lo peor —me quejo, tapándome con la almohada.

—Clo, clo, clo...

—¡Id a tomar por saco!

—Clo, clo, clo...

—¡Vale, me rindo!

—Lo que hay que hacer por una amiga —se lamenta con teatralidad Mapi.

—Y que lo digas. Espero que después nos lo agradezca como es debido —añade Gema, hablando como si yo no estuviera presente.

—Aún no me habéis ayudado en nada —les recuerdo con acritud.

—Porque no te dejas.

—Vale, me dejo, ¿cuál es el plan?

## Capítulo 23

No sé en qué momento estuve tan desesperada como para dejarme guiar por dos locas de atar, que, con sus extravagantes ideas me han convencido para cambiar y aquí me hallo, sentada en el salón de belleza, a punto de que unas tijeras, espero que expertas, empiecen a hacer desaparecer mis extensiones.

Mis queridas y carísimas extensiones y, para que no me echara atrás, en vez de ir al estilista de siempre han reservado hora en una peluquería un tanto cutre.

—¿Estáis seguras de que esto es lo mejor? —pregunto, y mis amigas asienten con fervor.

—Ya lo decidimos ayer —me recuerda Gema con una sonrisa.

—Lo decidisteis vosotras —protesto.

—Ganó la mayoría —tercia Mapi, riéndose.

—Ya. Claro, dos contra una, muy democrático no fue.

Tras la confesión de lo acontecido con Gaudi y pasar del enfado con Mapi a volver a ser las mejores amigas, ellas sugirieron cómo debía actuar de cara a reconquistar a Daniel. Por supuesto, yo estaba en minoría, así que tuve que cerrar el pico y dejar que lo organizaran todo.

Le hago un gesto a la peluquera para que corte de una vez. Ya no tiene sentido echarse atrás. Pensaréis que soy una exagerada cuando se me escapa una lágrima al ver caer los mechones. Y sólo es el comienzo, pues las brujas de mis amigas han planeado algo todavía más monstruoso: teñirme el pelo de mi color natural.

Hora y media después, me miro al espejo, atónita ante al cambio. No me reconozco, tantos años de rubia que ya ni me acordaba de este aspecto.

—Estás...

—Horrible —respondo yo, poniéndome en pie—. ¡Parezco una treintañera!

—Es que lo eres —sentencia Mapi, y la fulmino con la mirada.

—Que nos hayamos reconciliado no significa que puedas hacer leña del árbol caído. Ya sé que en menos de un mes cumpliré treinta, pero eso no quita para que me dejes disfrutar de mis últimos días de veinteañera.

—Oh, qué quisquillosa estás hoy —tercia Gema riéndose—. Deja de ser tan petarda, estás espectacular.

—Te sienta fenomenal —la secunda la peluquera.

¿Y ella qué va a decir?

Suspiro, tendré que asumir el cambio, aunque cuando concluya la operación reconquista dos, (sí, lo sé, el nombre es una mierda pero no fuimos capaces de encontrar otro mejor), pienso volver a ser rubia.

Estoy nerviosa, lo admito, y prefiero no conducir, así que pedimos un taxi para ir a casa de Daniel. No sin antes asegurarnos de que está en su apartamento. Para ello recurrimos a Gaudi, que nos ha ayudado encantado. Ha estado muy simpático y hasta ha halagado mi nuevo *look*, no así mi hermano, que nos ha mirado con el cejo fruncido, porque no tenía ni idea de lo que estábamos tramando y tampoco se lo íbamos a contar.

Juanjo sigue enfadado conmigo porque he descubierto su secreto. Cree que si no hace lo que yo digo, me chivaré y, claro, mis padres jamás entenderían una relación tan complicada. Yo tampoco, la verdad, y menos conociendo a mi cuñada, tan sosa como ninguna. Allá ellos, sólo espero que Gaudi espabile y deje de conformarse con esos encuentros esporádicos. Aunque quién soy yo para dar consejos, cuando me he pasado media vida suspirando por el hombre equivocado.

—Éste es el plan —anuncia Gema—, subes, haces lo que tengas que hacer y si en media hora no has bajado a la calle, damos por concluida la misión con éxito.

—Y cuando dice «lo que tengas que hacer», quiere decir cualquier cosa,

¿entendido? —remata Mapi—. Nada de protestar, que nos conocemos.

—Ni se os ocurra decir mucha mierda —les advierto—. Es de mal gusto.

Nos abrazamos como tres locas. La gente que pasa nos mira. Ellas se van a una cafetería cercana, no sin antes levantar los pulgares hacia arriba.

Como tengo sus llaves... sí, al final no se las devolví, no llamo al telefonillo, pero sí lo hago a la puerta. Le he prometido a Gaudi no volver a entrar en casas ajenas sin avisar.

Nos hemos asegurado de que está en casa, pero la cuestión es: ¿solo o acompañado? Y, ya puestos, ¿querrá recibirme o me dará con la puerta en las narices? Y sin olvidar otra cuestión: ¿qué predisposición tendrá a admitir sus sentimientos hacia mí? Porque una cosa es lo que piensa Gaudi y otra la realidad. Admiro el optimismo del que ahora es mi mejor amigo, a la espera de que Quique vuelva a ser el de antes.

Llamo al timbre, respiro, me doy la vuelta, vuelvo a mirar al frente. No puedo parar quieta. Se supone que he ensayado un guion, sin embargo, ahora no me acuerdo ni de la primera palabra.

Oigo el chasquido de la cerradura.

Creo que esperaré a que Daniel dé el primer paso.

Llamadme antigua, pero será lo mejor.

Vale, también soy cobarde.

—¿Vienes a entregarme la invitación de boda? —me suelta, tras reconocermme con aire petulante.

Me ha mirado de arriba abajo. Dos veces a falta de una.

Ha disimulado bastante bien la sorpresa.

A veces tanta serenidad da rabia.

—¿Puedo pasar? —pregunto con educación, obviando su comentario destinado sin duda a provocarme.

—Depende. Puede que a tu futuro marido no le guste que visites a otros hombres —apostilla con cachondeo.

En fin, nadie ha dicho que fuera a ser fácil. Tendré que apañármelas en un

ambiente hostil.

Como no se aparta, lo hago yo y me cuelo hasta el salón.

—Tenemos que hablar —le suelto muy seria y muy digna; él arquea una ceja.

—¿Vas a tardar mucho? Lo pregunto por sacar unas cervecitas; acabo de llegar a casa después de una reunión soporífera y tengo sed.

Se nota, pienso, al observar su atuendo tan formal. Me da igual cómo vaya vestido, mi intención es desnudarlo cuanto antes.

—¿Te molesta que por fin mi sueño se haya hecho realidad? —pregunto, ya que, en vista de su actitud, mejor le sigo el juego, a ver hasta dónde me obliga a ir.

Como hay confianza, no espero a que me ofrezca nada de beber y me voy al frigorífico a birlarle un botellín de agua y ya de paso le sirvo esa cerveza que tanto le apetece tomar.

—No especialmente, aunque... ¿tu futuro marido sabe lo mucho que te gusta follar con otros mientras piensas en él?

Inspiro, es un dardo directo a mi orgullo. Un golpe bajo en toda regla, lo que quiere decir que está herido de verdad.

—Pensaba que no te sentirías mal al saber que has sido mi entretenimiento veraniego —le espeto, mirándolo sin pestañear.

Daniel, el muy cabrón, sonrío.

—No, para nada, me alegro incluso de haber contribuido a tu preparación como esposa. ¿Puedo preguntar si ya habéis elegido fecha y todo lo demás?

Idiota.

—Estamos en ello —le suelto, cabreada conmigo misma por no saber reconducir la conversación; así no avanzo nada.

No parece molesto y menos aún cuando saca su teléfono, ese al que no suele hacerle mucho caso, y comienza a trastear con él. Eso me enerva, pues, en teoría, estamos en medio de una conversación importante.

De repente esboza media sonrisa y se acerca con el móvil, mostrándome la

pantalla, en la que aparece una conversación de WhatsApp entre él y Gaudi.

Cuando Sun vaya a hablar contigo, no seas un gilipollas orgulloso y no te comportes como un cabrón resentido. Estás loco por ella, así que escúchala, dale una oportunidad porque te quiere, pese a que se empeña en ocultarlo.

—Si lo sabías... ¿por qué nada más verme has empezado a decir semejante sarta de majaderías? —le pregunto muy molesta, devolviéndole el teléfono, aunque me gustaría estrellarlo contra el suelo, pero debo contenerme.

Daniel me mira burlón.

—Porque eres incorregible y te gusta dar por el culo con tus tonterías. Te lo advertí una vez, jueguecitos infantiles conmigo no —afirma sin pestañear.

—Vale, a lo mejor no he sido muy madura, pero tienes que entenderlo, no he cumplido los treinta —me defiende y él tuerce el gesto.

Mala señal, que no cunda el pánico. Al menos no me ha echado a patadas de su casa. Si me remito a las palabras de Gaudi, está loco por mí, sólo que es muy orgulloso como para admitirlo sin más.

—Tú también has jugado a dar por el saco con una de mis mejores amigas —le recuerdo.

—No di por el saco. Follamos, a ver si te enteras bien de las cosas —dice, y parpadeo ante tanta sinceridad.

—Ya conozco los detalles, gracias, y tengo entendido que fue una faena pésima. —Daniel se acerca, sin duda molesto por mi respuesta—. Aun así, te perdono, por las dos cosas.

—¿Cómo dices?

—Por acostarte con Mapi y por ser un pésimo amante con ella —añado, dejándolo todavía más contrariado.

Da un buen trago a su cerveza y me mira de una forma extraña. Estoy a punto de gritarle, de romper algo para que deje de ser tan responsable; a lo mejor nos venía bien un poco de inmadurez para poder desahogarnos.



—Mira, Sun, tú no tienes nada que perdonarme. Hasta donde yo sé, no teníamos una relación lo bastante seria como para guardarnos fidelidad, o al menos eso es lo que me diste a entender.

—¿Cómo pudiste hacerme esto a mí?

—¿«Yo que te hubiese querido hasta el fin»? —replica con un aire guasón que me enerva.

Y, por si fuera poco, sonrío de medio lado y entonces reconozco la letra.

Como no quiero que me cante la canción entera, me centro en los hechos

—¡Se daba por supuesto! —exclamo y alzo los brazos ante la frustración que me está provocando todo esto.

—Ya, claro —murmura escéptico y me señala con el botellín de cerveza—. Así que la señorita Peralta se acostaba conmigo por diversión y cuando le apetecía, después se iba por ahí con su amiguito el gilipollas y, para rematar, pensando en otro, ¿y yo tengo que serte fiel? ¡No me jodas!

De acuerdo, ahí me ha pillado. Hice las cosas mal y ahora se vuelven en mi contra.

—Quique es un amigo, lo está pasando mal y necesita mi ayuda. Nada más —le explico y, pese a ello, Daniel pone cara de vete a otro con ese cuento.

—Eso dices, pero si me descuido, te lo montas aquí mismo con él, delante de mis narices —masculla, señalando el sofá donde pasó la noche Quique.

—Quizá debería habérmelo montado con uno de tus amigos sanos y decentes, para que no te sintieras tan mal —farfullo, sin dar crédito a cómo se están torciendo las cosas—. ¿Qué hubieras dicho entonces?

—Que te va la marcha —me suelta todo ufano y añade—: Y no te lo tomes como un insulto, es todo un cumplido. Porque contigo nunca se sabe, puede que sólo te guste tocarme la moral.

—¡Yo no hago esas cosas! —me defiendo.

—¡Anda ya! No me jodas. Venías aquí, follabas conmigo y pensabas en otro.

—Eso fue... De acuerdo, me equivoqué. Durante muchos años he creído

estar enamorada de un hombre y no era cierto. He sido estúpida y me he obsesionado, lo admito. Pero lo importante es que al final me he dado cuenta del error.

—Pues has tardado lo tuyo —arguye sarcástico—. Y todo, por supuesto, después de recurrir a todas las artimañas posibles, que no te has quedado quieta, Sun.

—Qué bien informado estás —replico y en el fondo me alegro, pues eso significa que ha estado pendiente de mí. Un comienzo sin duda—. Si tanto te molestaba..., ¿por qué no dijiste nada?

—Porque soy imbécil —admite, dejándome confundida, pues esperaba que siguiera a la defensiva.

—En eso estamos de acuerdo.

—No te pases, Sun —me advierte y cada vez está más cerca.

Debería haberme quedado en el salón y no permanecer tras la barra de la cocina, ahora, si quiere, puede acorralarme.

Bueno, seré sincera, me habéis pillado; si lo hace, no me importaría.

—No eres tan indiferente como te esfuerzas en aparentar, ¿voy descaminada? —le suelto, arriesgándome—. Te joroba que estuviera con otros al mismo tiempo que contigo. —Algo que no ocurrió, pero que Daniel cree que sí y me aprovecharé de ello.

—¿Cómo no iba a joderme, cuando día sí y día también te demostraba lo mucho que me importabas y tú seguías mirando a otro lado?

Ay, ay, ay, que va a ser verdad.

—Daniel...

—Joder, Sun, deberías ser un poco más observadora. Puede que todo comenzara debido a un error, no obstante, después las cosas cambiaron. Y claro que estoy loco por ti, aunque debería decir que me vuelves loco.

¡Cielo santo, lo ha dicho él primero!

¿Qué hago?

¿Hacerle sufrir un poco más?

¿Me lanzo a sus brazos?

—¿Qué has dicho?

—Lo que has oído.

—¿Podrías repetirlo?

—No te pases... Y sí, estoy loco por ti.

—¡Lo has dicho, lo has dicho! —canturreo victoriosa como una quinceañera, sólo para jorobarlo un poquito.

Daniel suspira ante mi comportamiento tan infantil.

—Sí, lo he dicho y no me avergüenzo —confirma sin un ápice de humor.

Apura el botellín de cerveza, lo deja sobre la encimera... ¿Qué va a hacer?

Se acerca, no, ya lo tengo enfrente.

Qué emoción, qué peligro.

—Bueno, ¿y qué más? —musito embobada, lo admito.

—Deja de jugar de una puta vez a ser una descerebrada.

Ya no hay escapatoria posible. Me encanta quedar acorralada. Voy a besarle de un momento a otro; no obstante, quiero pincharlo por última vez.

—Me encanta jugar... contigo.

Hasta me humedezco los labios.

—Sun... Estás acabando con mi paciencia —me advierte.

—Vale, yo también estoy loca por ti —confieso con voz ronca.

Que momentazo, por favor.

No espero ni medio segundo más, me lanzo a su cuello y lo atraigo hacia mí para besarlo. Tengo que ponerme de puntillas y esto me pasa por haber renunciado a los tacones.

Daniel gruñe algo parecido a «Joder, las ganas que tenía de esto» y responde tal como esperaba, con brío, metiendo las manos bajo mi vestido veraniego muy fácil de quitar, algo de lo que no se ha dado cuenta, pues prefiere ir en plan brutote y me lo sube hasta la cintura, dejándome con el tanga a la vista.

—En el dormitorio tengo un tubo de lubricante que lleva tu nombre —

murmura, amasándome el culo.

Bueno, según mis amigas, tengo que estar dispuesta a todo, ¿verdad?

\* \* \*

—¿Cuándo vas a pedirme que me case contigo? —pregunto tras dos rondas de sexo alucinante, tanto, que hasta me ha entrado hambre.

Daniel, a mi lado, permanece tumbado en la cama, boca arriba.

—Nunca —responde y me da un beso en el hombro a modo de consolación.

—¿Perdona? —mascullo, y me incorporo para mirarlo bien—. ¿Cómo que no vamos a casarnos?

—He dicho que no. Y no grites —dice tan pancho—. Ya he pasado por eso y te aseguro que el matrimonio es una pérdida de tiempo.

—Pero... pero... ¡Yo siempre he querido casarme por todo lo alto!

—Olvídate —sentencia, haciendo añicos uno de mis sueños.

—Pues tendrás que ser tú quien se lo diga a mis padres —le espeto, sabiendo que es una encerrona. No creo que pueda convencer a mi madre.

—De acuerdo —acepta sin más.

Frunzo el cejo, y él se ríe, incluso se pone más cómodo, doblando los brazos por detrás de la cabeza.

—¿Y dónde vamos a vivir? —pregunto, y él estira la mano para acariciarme el muslo, aunque no se lo permito.

—Aquí, supongo.

—¿Cómo?! ¡Ni hablar! —exclamo contrariada y le expongo los motivos por los que no puedo trasladarme a su piso.

—Lo tomas o lo dejas —dice inflexible—. Y si aceptas, ya te adelanto que no vas a reformar nada, que nos conocemos.

—¿Ni siquiera las horribles cortinas del salón? —pregunto sarcástica.

Daniel se echa a reír y niega con la cabeza. Se lo está pasando en grande.

—Y antes de que se me olvide, ya puedes ir buscando trabajo —añade y

me deja patidifusa—. Porque no pienso mantenerte.

—Recibo una asignación muy generosa, no me hace falta tu dinero...

Se incorpora de repente y me pone un dedo en los labios.

—Ni hablar. No te quiero ociosa, mano sobre mano, gastando por ahí sin conocimiento y tan aburrida que después vengas a tocarme los cojones. Te buscas un empleo, me da igual en qué. Y si no quieres trabajar para otro, habla con tu padre o con tu hermano, así tendrás una ocupación.

—No estás hablando en serio... —musito, alarmada ante semejante perspectiva.

—Me temo que en este aspecto no voy a ceder, Sun —contesta y me sonrío—. Y ahora que hemos dejado las cosas claras...

Se inclina para besarme, se lo permito y lo hace despacio, ya no tiene tanta prisa como antes y me dejo llevar hasta que acabo tumbada de espaldas, deliciosamente excitada por un tipo que se empeña a batir el récord de orgasmos por hora. Sin embargo, pese a sus excelentes maniobras de distracción, caigo en la cuenta de un detalle.

—Un momento... —Daniel gruñe cuando lo detengo—. Si voy a aceptar tus condiciones y a hacer un esfuerzo, ¿qué gano yo a cambio?

—Estaba a punto de hacerte un resumen —bromea y acerca la mano a mi sexo.

—Yo también tengo condiciones.

Suspira y se aparta.

—Oigámoslas —dice, como si me estuviera haciendo un favor.

Como comprenderéis no voy a decírselas tumbada y abierta de piernas, así que me siento en la cama antes de hablar.

—Para empezar, ese tonito condescendiente te lo metes por donde te quepa —le suelto, y Daniel se ríe.

—Ve al grano.

—Sólo tengo una duda.

Intenta tocarme para distraerme, pero va listo.

—Dispara.

—¿Has hecho alguna vez un trío? —Arquea una ceja—. Y en caso afirmativo, ¿volverías a hacerlo?

—Sí a la primera, depende de ti a la segunda. ¿Algo más?

—Cuánta sinceridad —farfullo.

—¿Qué esperabas?

Hago una mueca. Ha dejado la pelota en mi tejado, como siempre.

—¿Y qué significa que depende de mí?

Inspira, porque está claro que el tema le aburre.

—No es algo que me entusiasme, pero como te gusta recordarme, tengo una edad, y por lo tanto he experimentado más cosas que tú, en todos los ámbitos. Por eso entiendo que a ti, en un momento dado, te apetezca probar —me suelta, y a veces, de verdad, tanta madurez me repatea.

—Yo tampoco soy muy aficionada —replico, dejando implícito que ya he probado, que no soy tan inexperta.

—Te propongo un pacto. —Es mi turno de arquear una ceja y él prosigue —: Si dentro de diez años nos aburrimos y tú empiezas a fingir y yo a inventar excusas para no follar, buscamos a alguien para hacer un trío.

—¿Chico o chica?

—Me da igual, lo que tú quieras.

Otra vez su maldita serenidad.

—Hummm, no me convence —digo pensativa, lo cual tiene mérito, porque Daniel me ha vuelto a tumbar y está arrodillándose entre mis muslos.

—Es un trato justo... —alega y siento su lengua internarse en mi sexo.

—Eres mayor que yo... —me detengo cuando presiona sobre el clítoris con la punta, gimo e intento seguir mi argumentación—: y dentro de diez años...

—¿Sí? —pregunta impertinente, apartándose lo imprescindible antes de volver a enredar.

—Estarás muy cascado para hacer tríos —remato, y Daniel se lo toma como una afrenta personal.

¿Y qué queréis que os diga? Claro que me voy a enterar, a eso he venido.

## Epílogo 1

Apago el fuego, pues las verduras salteadas ya están listas. Miro el reloj y compruebo que Sun llega tarde a cenar. No me importa, porque sé que últimamente anda bastante liada en su trabajo. Sí, ahora trabaja, y mucho además, algo en lo que ni ella misma creía y que ahora la tiene entusiasmada.

Reconozco que le impuse unas condiciones un tanto duras cuando se presentó aquel día con cara de no haber roto un plato y con la clara intención de hablar conmigo sobre nuestra relación. Y aunque yo la pinché a base de bien, admito que, además de divertido, fue revelador, pues ella, en vez de soltarme un bofetón, mantuvo el tipo.

Y pese a que no lo admitiría ni muerto delante de ella, para que no se le suba a la cabeza, yo estaba dispuesto a todo, incluso a tragarme mi orgullo e ir en su busca. Lo de arrodillarme hubiera sido el último recurso, porque sé que acostándome con su mejor amiga le hice mucho daño. Ahí no estuve nada elegante, pues podía haber acabado con cualquier mujer. Sin embargo, me sentí tan menospreciado cuando me dejó plantado que no supe controlar mi mala hostia.

Llevamos ya bastante tiempo juntos, si no me equivoco, pronto hará dos años que Sun invadió mi casa. Cuando vi el camión de la mudanza aparcado junto a portal pensé que era una jodida broma, pero no, eran «parte» de sus cosas, ya que mucho se quedaba en casa de sus padres.

Tuve que convencerla para que eligiera lo más elemental y además cederle una parte importante de mi estudio para que guardara sus cachivaches. Nunca podía haber imaginado que una persona necesitara tantas cosas.

Y hasta aquí hemos llegado, yo recogiendo la casa y esperando a Sun.



Como no tengo ni idea de si va a tardar mucho o no, aprovecho y ordeno la ropa que nos ha dejado la asistenta planchada y termino soltando un juramento, porque lo ha vuelto hacer.

Cree que soy tonto y no me doy cuenta. Me he ido callando para no tener jaleo, pero estoy hasta los cojones de que cambie mi ropa por una similar y de marca. Empezó con los bóxers. De la noche a la mañana, pasé de tener unos cuantos normales, de buena calidad, a otros de diseño que cuando averigüé lo que costaba cada uno me quedé sin habla. Para que os hagáis una idea, por el precio de uno de los que llevo ahora, por obligación, podría tener seis de los de antes y, la verdad, ni mi trasero ni yo notamos la diferencia.

Debí entonces poner freno a esa manía, pero empezábamos la convivencia y tampoco quería presionarla más. Después pasé a tener camisas de vestir elegantes y de calidad a ver en el vestidor otras con logotipos que desconocía y que algunas compañeras de trabajo me han hecho saber lo carísimas que son.

Y así poco a poco ha ido cambiando todo. No le permití reformar la casa y aun así ha reformado mi vida. Todos los productos de aseo personal han ido cambiando, algo por lo que en principio nadie se quejaría, pero Sun ha sido ladina y a la chita callando ha hecho de su capa un sayo.

Ahora ha comprado ropa de cama nueva. Frunzo el cejo, a saber lo que se ha gastado en unas sábanas.

En el único aspecto que no me ha importado aceptar los cambios es en la alimentación, joder, si hasta mi médico me ha felicitado al hacerme la última revisión, mi colesterol es un ejemplo.

Claro que yo también he disfrutado de mi particular venganza...

Un día, harto de encontrarme ropa nueva y de que la mía acabara a saber dónde, abrí el cajón de su ropa interior y lo metí todo en una bolsa que llevé al trastero. Luego sustituí su cara lencería (joder, me dio apuro, porque no os imagináis las prendas que tenía y el uso que se les podía dar) por bragas, sujetadores y medias comprados en el bazar del barrio. Por cincuenta euros le llené el cajón.

No os hacéis una idea del grito de terror que dio Sun cuando una mañana fue a vestirse y tuvo que ir al trabajo con bragas de oferta. Debido a las risas, no fui capaz de grabar su reacción.

Aun así, ella siempre gana y he aprendido a sobrellevar sus manías. De vez en cuando le hago alguna putadita y listo. Desde luego, no nos hemos aburrido en estos casi dos años.

Sun ha cambiado o, mejor dicho, ha modificado algunos hábitos, lo mismo que yo, y por eso creo que ha llegado el momento de avanzar un paso más. De ahí que haya decidido darle una buena sorpresa, pero Sun llega tarde y empiezo a impacientarme. En el frigorífico, sujeto con un par de imanes, tengo algo que sé que le va a gustar muchísimo, porque en su momento lo hablamos y yo me negué en redondo, aunque creo que es hora de que tenga un pequeño capricho. Se ha esforzado por dejar de ser una chica consentida que vive de las rentas.

—¡Ya estoy en casa! —canturrea con ironía una voz que conozco perfectamente.

Se acerca a la cocina y resopla mientras se descalza, dejando tirados de cualquier manera unos zapatos de tacón imposible.

Se acerca a mí para darme un beso rápido en los labios. Frunce el cejo y resopla. Mala señal.

—Siéntate, la cena está lista —le digo, pero eso no evita que Sun siga con mala cara.

—Estoy molida —masculla y se frota un pie.

—¿Por qué no llevas zapatos planos? —sugiero, no por primera vez, pero ¿veis la cara que ha puesto?

—¿Tú estás mal de la cabeza? ¿Un traje sastre con zapatos planos? Lo que tengo que oír...

—No he dicho nada —musito, porque en asuntos de moda jamás discuto con ella—. Y dime, ¿cómo te ha ido el día?

Sirvo la cena y Sun empieza a despotricar sobre los chinos con los que

ahora está negociando la expansión de Dulces y Confituras Faustino Peralta e Hijos S. A. Traducido, quiere venderles chuches a los chinos, pero no es tan sencillo como esperaba, de ahí que llegue a casa casi todos los días enfurruñada. La escucho sonriendo de medio lado, porque me encanta verla así, ocupada en algo, entusiasmada incluso.

—¿Y tú a quién has aburrido hoy con tus lecciones de derecho mercantil?

—A unos pocos —respondo riéndome—. Lo mejor ha venido después, cuando me han ofrecido participar en un congreso que se va a celebrar en Estados Unidos. Uno de los ponentes no va a poder asistir y me lo han propuesto a mí. Es el mes que viene y me gustaría que me acompañases.

—¿De verdad? ¿Para aburrirme yo sola en un hotel que no será de lujo durante horas? No, gracias.

—El congreso dura tres días y después... —Cojo del frigorífico los billetes donde figura el verdadero destino.

El congreso me importa un pimiento, es uno de esos compromisos a los que me veo obligado a asistir para que figure en mi currículum, aunque el verdadero motivo del viaje es otro.

—¿Las Vegas? —pregunta Sun sin mucho entusiasmo.

Me coloco detrás de ella y saco del bolsillo un pequeño estuche de joyería. Se lo muestro y ella se vuelve para mirarme por encima del hombro. Está completamente perdida. No la culpo.

—¿Quieres casarte conmigo? —le pregunto en voz baja.

Con Sun he aprendido a no dar nada por sentado. Sin embargo, en esta ocasión juego con ventaja, pues sé lo mucho que desea una boda y, bueno, yo he dicho que jamás me casaría de nuevo; no obstante, haré una excepción por ella.

—Hoy no es veintiocho de diciembre, ve a gastar bromas a otra, que yo estoy que me caigo de sueño.

Sun se baja del taburete. Pasando del anillo y dejándome perplejo, se encamina hacia el dormitorio. La sigo, por supuesto, esto no puede quedar así.

—Creo no haberme expresado con claridad, te he pedido que te cases conmigo. Sun, esto es un anillo de compromiso —le digo mostrándoselo.

—Que sí, que ya te he oído. —Bosteza y se encierra en el baño.

Yo me quedo sentado en el borde de la cama, con el estuche en la mano, sintiéndome un gilipollas y preguntándome qué he hecho mal.

Sigo dándole vueltas, cuando un grito histérico procedente del baño me saca de mis elucubraciones.

—¡Sí! —vuelve a gritar Sun a pleno pulmón—. ¡Me lo ha pedido con el anillo más cutre del universo!

Me echo a reír, porque se lo está contando a alguna de sus amigas o, peor aún, a su madre, que me tiene frito cada vez que me ve, recordándome que vivimos en pecado y que quiere nietos, pero en ese orden.

—¡Claro que quiero casarme! —continúa gritando.

Me sitúo junto a la puerta del baño y llamo a la puerta. Ella abre con el teléfono en la mano.

—No hace falta gritar tanto —bromeo—. ¿Doy por hecho que aceptas?

—Espera un minuto —me pide y por cómo se despide de su interlocutor es evidente que se trata de una de sus amigas.

Cruzo los brazos aguardando a que me haga caso, lo cual tiene cierta guasa, porque se supone que éste es un momento de los dos, no de un trío de locas.

—¿Has acabado ya?

—Sí —responde y se cuelga de mi cuello—. Sí, joder, sí —repite y comienza a besarme.

—Lo del anillo cutre me ha llegado al alma —le digo mientras a trompicones consigo llegar a la cama con ella sin tropezar.

—Tendré que conformarme —musita y me besa.

—Ya no pareces tan cansada —la pincho cuando empieza a desabotonarme la camisa, aunque no lo hace de manera agresiva.

—No te confundas. Esta noche, una vez que te desnude, me voy a tumbar y no pienso hacer nada, sólo gemir y disfrutar.

—Abrirás las piernas por lo menos —murmuro, mientras comienzo a desvestirla.

—Por supuesto —responde y se comporta de forma maleable.

—Entonces, trato hecho —afirmo y a partir de aquí, mejor seguimos solos.

## Epílogo 2

Cuando me despierto, en una lujosa *suite* de un hotel de Las Vegas, tras mi noche de bodas, ¿qué pensáis que miro primero? ¿A mi marido o el anillo de boda que llevo en mi dedo?

Por supuesto lo segundo. A Daniel lo tengo muy visto.

Y ahora os preguntaréis, ¿cómo fue la boda?

Hummm, estrafalaria, ridícula y con carencia absoluta de estilo. Sólo acudieron, y fueron nuestros testigos, mi tía Avelina y su mujer. El resto de la familia tendrá que esperar a que Daniel se deje convencer para organizar una recepción como ha de ser. Porque además, lo que hemos hecho aquí carece de validez legal, debemos ir al consulado para que sea efectivo.

Me casé con un pichi vaquero, unas *sneakers* rosas y una camiseta de tirantes negra. Con el maquillaje justo y una coleta hecha a toda prisa. Ojalá las fotos se pierdan por ahí, porque no se las pienso enseñar a nadie.

Y luego vino la noche de bodas, otro fiasco.

Porque acompañados de mi tía y Marcelina, tras salir de la capilla nos fuimos al casino y allí, como ninguno quería apostar, nos pusimos a beber combinados hasta que nos dieron las tantas. Y es que, de verdad, Daniel y esas dos son un peligro.

Mis padres, cuando se enteraron de nuestra relación y Daniel tuvo que pasar por una especie de presentación oficial, no se mostraron muy contentos, en especial cuando él dijo alto y claro que de boda ni hablar. A mi madre le dio un perrenque y casi se echa a llorar. Mi padre torció el gesto, confiando en hacernos recapacitar, es decir, persuadirnos. Juanjo estuvo cordial, pero extrañado, pues jamás habría imaginado que Daniel y yo acabaríamos juntos.

Nora, la que ahora casi ni respira cuando estoy cerca, nos felicitó y poco más. Y por último, mi tía Avelina, que se mostró encantada y que junto a Marcelina piroppearon sin pudor a Daniel. Desde entonces, son un trío muy peligroso cuando se juntan.

Así que llegamos a la *suite* nupcial con un pedo del quince, sujetándonos mutuamente y con ganas de echar el polvo del siglo una vez casados, pero lo único de lo que fuimos capaces fue de desvestirnos y meternos en la cama.

Yo tengo una resaca monumental, pero me doy la vuelta, una vez que me he deleitado contemplando el anillo en mi mano, para ver si mi «anciano» esposo aún vive.

—Por lo menos respira —murmuro besuqueándole el cuello.

—¿Qué pasa? —gruñe y se da la vuelta, rechazando mis atenciones.

Podía no decir nada y pasarlo por alto, pero no. Una oportunidad para pincharlo un poco nunca se desperdicia.

—Que no hemos consumado, cariño —ronroneo y me restriego de forma exagerada contra él.

Daniel gruñe de nuevo y dice:

—Pues lo siento mucho, eso tendrá que esperar.

Me río ante su tono tan dramático.

—Porfa...

—Que no, hoy nada de sexo. Apáñatelas tú sola —dice con voz pastosa.

De acuerdo, yo también noto los síntomas de la resaca y a lo mejor la cabeza empieza a darme vueltas si me pongo juguetona, así que me quedo quietecita. En teoría, debería dormirme otra vez; sin embargo, me cuesta, así que estiro el brazo y cojo el móvil. Para entretenerme.

Veo cuarenta mensajes de las chicas. Las pobres no han podido venir y bien que lo siento. Os preguntaréis cómo les va, pues bien, como tenemos tiempo, ya que mi marido está fuera de juego, os lo contaré.

Gema, que empezó a salir con Alberto, el camarero al que conoció en la boda de Juanjo, ahora va en serio con él, pese a que Mapi y yo no apostamos

nunca por semejante relación. Pensamos incluso que sus padres no la verían con buenos ojos, pero nos equivocamos. Los padres de Gema están encantados con el chico, que por cierto ya no es sólo camarero, ya que montó su propio local y ahora es empresario. Gema no se cansa de restregárnoslo, porque encima le van bien las cosas.

No tienen de momento pensado casarse, aunque me da que no tardarán mucho en anunciar su boda y, de verdad, me hace muchísima ilusión.

Para Mapi ni la situación sentimental ni la económica es boyante. Su padre sigue en la cárcel y encima tiene dos nuevos juicios pendientes, así que la familia disimula como puede y vive con las cuentas embargadas y con lo justo. Ella nos ha contado de forma confidencial que aún les queda dinero que su padre escondió, aunque no lo pueden utilizar de golpe para no levantar sospechas.

Y en el terreno sentimental también le va de culo, y bien que lo sentimos. Hice de casamentera y le presenté a dos compañeros de trabajo de Daniel, un catedrático y un administrativo, pero no cuajó con ninguno. Así que, como ella misma reconoce, va de polvo mediocre a polvo decepcionante, porque ni siquiera el sexo es bueno.

Por lo que sigue soltera, a la espera de conocer a alguien que por lo menos la entretenga un poco. Claro que, como le hemos dicho Gema y yo, tiene el listón demasiado alto en cuanto a ingresos del sujeto se refiere y eso reduce bastante la lista de candidatos. En lo referente al aspecto físico, ahí es más laxa en cuanto a requisitos.

Pensé incluso hablar con Gaudi sobre la idea de juntarles, pero la desestimé. Por dos razones, Mapi no quería y él, bueno, él sigue atontado con Nora.

Con el que, por desgracia, llevo más de un año sin hablar es con Quique. No consigue recuperarse. Va recayendo ni se sabe ya las veces y la última vez que nos vimos fue bastante peliaguda. Se mostró receloso y victimista, como si yo tuviera la culpa del acoso y control al que lo someten sus padres, y que no



obtiene el resultado esperado, ya que, tras recibir el alta de la clínica, apenas aguanta un mes antes de recaer.

Me gustaría hacer algo, sin embargo, me veo incapaz cuando ni siquiera él se esfuerza. Además, cada vez las lía más gordas, porque ya le da igual todo y el dinero de su familia tapa muchas faltas.

De mi cuñada, la devorahombres, y mi hermano, poco hay que decir, ella sigue manejándolo y viviendo a su costa. Sí, ahora que trabajo cada día soy consciente del esfuerzo que supone y por eso me joroba que Nora no dé un palo al agua. De acuerdo, yo me vi obligada por el tipo que duerme a mi lado a lanzarme al mundo laboral, pero no me arrepiento.

Tengo un sobrino, da igual quién sea su padre biológico, al que adoro y que tiene a mi madre loca, lo que hace que me recuerde cada dos por tres que quiere más, previo paso por la vicaría.

Juanjo y Gaudi siguen con su empresa y les va de maravilla, han aumentado el volumen de negocio y hasta han ampliado la plantilla, de lo cual me alegro una barbaridad, porque sé que trabajan duro.

Y me queda Gaudi, ains, mi querido Gaudi, mi amor veinteañero, el hombre por el que suspiré tantos años y que se ha convertido en mi mejor amigo. Por desgracia, es incapaz de romper esa relación a tres bandas que mantiene con Juanjo y con Nora. Es mayorcito, no obstante, me da rabia por él y me gustaría tanto que encontrara una mujer que no lo tratara como un accesorio, que es lo que hace Nora.

Daniel me dice que ni se me ocurra inmiscuirme en esa relación, que los deje a su aire, pero no puedo, cada vez que tengo la oportunidad de fastidiar a mi cuñada, lo hago, y ahora ella ni se atreve a rechistar.

Fue otra de las que se quedó sin palabras cuando supo que Daniel y yo estábamos juntos. Luego la pillé hablando con mi marido (qué bien suena, ¿eh?), diciéndole que yo era una caprichosa, frívola e inmadura. Y él, aparte de darle la razón (Daniel es así de puñetero), añadió que eso le encantaba. Así que mi cuñada tuvo que recular y cerrar el pico.

Tras toda esta reflexión, miro la hora en el teléfono, ya ha descansado suficiente. Dejo el móvil sobre la mesilla, por muy amigas que sean, a Mapi y a Gema no les pienso enviar ninguna foto de la boda, son un esperpento, les cuento en cambio que estoy en la cama y que tengo que dejarlas. Ellas me responden con pulgares hacia arriba y muchos corazones.

Como Daniel está de espaldas a mí, le recorro a besos la columna vertebral. Murmura algo parecido a «estate quieta de una puta vez», pero sin mucha convicción, lo que me anima a proseguir.

—Así te vas a hacer daño —me guaseo cuando se coloca boca abajo—. Y a tu edad hay que ir con cuidado.

—Tranquila —dice con la voz amortiguada por la almohada—, si consigues ponérmela dura, tomaré las medidas oportunas.

Le doy un buen azote en el culo y lo pellizco; ahora que ha perdido esos dos kilitos que le sobraban, me es más difícil pillar chicha.

—¿Te acordaste de meter el lubricante en la maleta? —le pregunto y paso un dedo por la separación de sus nalgas.

Yo sé que no, por el tema de control de aduanas; sin embargo, sólo lo he mencionado para provocarle.

—Anda, ve a comprarlo y vuelve dentro de un rato —me espeta.

—Daniel... —gimoteo—... Anda, porfa...

Le repatea que me comporte con frivolidad.

—Joder, qué cruz. Déjame dormir un rato, anda, luego follamos.

—Hummm, vale, pero con una condición —acepto, aunque no dejo de acariciarle—. Cuando volvamos a casa, vamos a casarnos otra vez, por todo lo alto. Invitados, ceremonia, vestido de novia exclusivo, regalos carísimos, luna de miel...

—No te pases...

—Seguro que a tu madre le entusiasma —añado, porque es cierto—, y no digamos ya a tus hermanas...

Cuando conocí a su familia, tan diferente de la mía, no hubo preguntas

incómodas ni nada raro. Fue sencillo y enseguida se mostraron las tres encantadas conmigo, algo que agradecí, pues confieso que estaba de los nervios.

—Eso es jugar sucio —protesta.

—Tú eliges, ¿sexo o bodorrio?

Daniel, consciente de que no voy a parar, se da la vuelta y me mira con el cejo fruncido. Se pasa las manos por el pelo y yo me fijo en que le han salido más canas. Bueno, prefiero un marido canoso a uno calvo.

—Sun, ya me he casado contigo, así que no des por saco —me advierte y en un movimiento rápido que me pilla desprevenida se me coloca encima—. Separa las piernas.

—¿Así? —pregunto con retintín.

—Perfecto...

Y yo que pensaba que a su edad no se iba a recuperar tan rápido tras una noche de juega y borrachera, comienza a besarme y a tantear mi sexo. Se frota con descaro, empuja sin penetrarme, todo con tal de jorobarme un poco. Hasta que no dejo escapar un buen jadeo sigue así. Y sólo cuando alzo las caderas, le clavo las uñas en el hombro y le digo que le quiero, me embiste y empieza a follarme.

No está siendo el polvo de nuestras vidas, pero aun así algo me dice que lo vamos a recordar y más aún cuando Daniel, que podrá estar cansado y resacoso, pero a locuacidad no lo gana nadie, suelta sus perlas sobre algunas partes de mi cuerpo y lo que va a hacer en ellas en cuanto se recupere.

## Nota de la autora

Escribir sobre el mundo pijo podría parecer sencillo, pero nada más alejado de la realidad, pues un personaje como María Asunción, perdón, Sun, es más complicado de lo que parece. Siempre hay que documentarse para saber «lo que no hay que escribir», así que imaginad mi perplejidad cuando empecé a interesarme por el tema que apasiona a Sun: el maquillaje y la cosmética.

Para ello recurrí a la única persona que podía iluminarme en ese mundillo en el que yo andaba tan perdida. Y por eso, Leo, has terminado siendo un personaje, secundario, lo sé, porque sin tus consejos yo seguiría perdida. Desde aquí te digo, aparte de gracias, que intento seguir tus recomendaciones, pero que soy muy comodona.

Para el personaje de Daniel tuve que seguir otra línea de investigación, el pop español de los ochenta y sí, lo confieso, ahí no tuve que empezar de cero.

Siempre intento moldear los personajes a mi conveniencia, pero nunca lo consigo, se me desmadran y optan por seguir su propio camino, de ahí que me vea casi obligada a escribir el segundo volumen de la serie «Pijas y divinas».

## Biografía



Nací en Burgos, lugar donde resido. Soy lectora empedernida y escritora en constante proceso creativo. He publicado más de veinte novelas de diferentes estilos y no tengo intención de parar.

Comencé en el mundo de la escritura con mucha timidez y desde la primera novela, que vio la luz en 2011, hasta hoy, he recorrido un largo camino.

Si quieres saber más sobre mi obra, lo tienes muy fácil. Puedes visitar mi blog, [noe-casado.blogspot.com.es](http://noe-casado.blogspot.com.es), donde encontrarás toda la información de los títulos que componen cada serie y también

algún que otro avance sobre mis próximos proyectos.

## Referencias a las canciones

*Valió la pena*, © 2004 Sony Music Entertainment Inc., interpretada por Marc Anthony. (N. de la e.)

*Can't Take My Eyes off You*, © © Makondo, interpretada por Andy Williams. (N. de la e.)

*Annabel Lee*, © 1984 Sony Music Entertainment España, S.L./© 1985 Sony Music Entertainment España, S.L./© 1987 Sony Music Entertainment España, S.L./© 1988 Sony Music Entertainment España, S.L./© 1990 Sony Music Entertainment España, S.L./© 1992 Sony Music Entertainment España, S.L., interpretada por Radio Futura. (N. de la e.)

*Fly Me to The Moon*, © 2009 One Media Publishing, interpretada por Frank Sinatra. (N. de la e.)

*Más y más*, © 2013 Nut Music - Krik Music, interpretada por La Unión. (N. de la e.)

*Derroche*, © de esta compilación. 2008 Sony bmg Music Entertainment España, S.L. Ana Belén. (N. de la e.)

*Porque tú lo vales*  
Noe Casado

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta  
© de la imagen de la cubierta: Shutterstock  
© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Noemí Ordóñez Casado, 2019  
© Editorial Planeta, S. A., 2019  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.edicioneszafiro.com](http://www.edicioneszafiro.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2019

ISBN: 978-84-08-21094-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima  
lectura!**

NOVELA  
**ROMÁNTICA**



**¡Síguenos en redes sociales!**





**NOE CASADO**  
PORQUE TÚ  
LO VALES



zafiro